



la mía, el país juzgará; pero yo necesito hacer constar en plena Cámara y ante el país entero, que S. S. me ha atribuido pasiones é intereses que rechazo; y ya que en plena Cámara me ha dicho que le deje en paz, en plena Cámara contesto: quédese en paz S. S., porque yo, tranquilo en mi conciencia, como hombre consecuente que jamás he faltado á mis principios ni he faltado á un amigo, más que cuando el amigo me ha faltado primero, me iré al escano rojo del diputado, ó me iré á mi casa llevándome la fidelidad y pureza de mis principios, y recordando palabras que he aprendido del Sr. Sagasta y que pronunciaba en 11 de Enero de 1862.

«Los que vienen al Gobierno á plantear lo contrario de lo que dijeron en la oposición, esos olvidan sus promesas, faltan á su palabra, reniegan de su historia, defraudan las esperanzas del país y le engañan.»

No era bastante esto, y aludido por el Sr. Balaguer se levantó el Sr. Moret, haciendo un breve discurso, elocuente como todos los suyos, pero más elocuente en sus conclusiones, de verdadera importancia, porque el Sr. Moret era el apoyo más firme con que el Gobierno podía contar en la Cámara, y buenas pruebas tiene dadas en cuantas cuestiones se han suscitado últimamente, y en todas las cuales más parecía el distinguido demócrata el jefe de la mayoría que no el Sr. D. Venancio González. Sus palabras fueron de esas que no se prestan á variadas interpretaciones; acusan el fin de la benevolencia de los demócratas dinásticos.

«Yo he cumplido,—decía el Sr. Moret,—con el deber que me imponía el cargo de presidente de la comisión, y apelo al testimonio del Sr. Torres; pero he de hacerle, para concluir, una advertencia al Sr. Sagasta: ya que S. S. abre los brazos y estrecha en ellos con tanto amor á ciertos elementos, no extrañe que los que representamos otros ideales flojeemos algo en nuestro entusiasmo, y nos retiremos á otro lado.»

Tal es la situación, poco envidiable en verdad, en que se halla colocado hoy el señor presidente del Consejo. Tendiendo constantemente hácia la derecha, sin extender una mano que le sujete para no rodar al abismo de la reacción que se abre á sus pies, encuéntrase divorciado de sus amigos de siempre, que se le han llevado, lo que es más de sentir, la bandera del partido constitucional; privado del auxilio de los demócratas-dinásticos, perderá también el de las demás fracciones democráticas, y entonces ¿cuál será su conducta? ¿Por qué caminos se lanzará, sin amigos, sin ideales, instrumento de sus constantes adversarios, empeñado en la ingrata tarea de luchar con sus sentimientos de toda la vida, con las ilusiones que alimentó en sus triunfos, que le sostuvieron en sus adversidades?

Y como si esto no fuera bastante, empieza á susurrarse que el duque de la Torre no está conforme tampoco con la conducta que sigue el señor Sagasta, y que en la primera ocasión que se le ofrezca hará patente su descontento.

Todos convienen en que el fin está próximo, muy próximo. Pronto, pues, vamos á presenciar grandes acontecimientos en la política española.

No se sabe si obedecerá al deseo de procurarse amigos en regiones más elevadas, ya que uno á uno va perdiendo los que tenía en la propia esfera en que se mueve, la presentación de un proyecto de ley que el día 29 leyó en las Cortes el señor ministro de Hacienda, y que causó en todo el país un movimiento general de asombro, primero—porque la audacia asombra—y otro de indignación, después. Por este proyecto, que no tardará en ser ley, dada la ductilidad de la Cámara, pero que será el título mejor que pueda presentar el Gobierno fusionista para la justificación de los que combaten su gestión política, se consigna en el presupuesto una carga de justicia de un millón de reales á favor de doña Isabel II, en equivalencia del saldo que á favor de la casa real ofrece la liquidación practicada entre la misma y el Estado por sus cuentas y cuestiones pendientes.

La protesta es general, la acogen todos los partidos, todas las clases; el efecto que tan inoportuno proyecto de ley ha causado es tan grande, que se necesita estar dejado de la mano de Dios, como vulgarmente se dice, para que un ministro la patrocine y cubra con su nombre. Cuando el país está esquilado por las contribuciones, cuando hay regiones enteras á quien la pérdida de las cosechas entrega al hambre, cuando los contribuyentes no pueden con los impuestos que les arrebatan todo el fruto de sus afanes sin dejarlos el pedazo de pan que necesitan para vivir; cuando tenemos descuidadas atenciones que debían ser preferentes, como el fomento de la marina, por falta de dinero, exigir un sacrificio de tal entidad al país para aumentar en un millón anual la pensión de tres millones que cobra del Estado doña Isabel II, es un absurdo tan grande que se resiste á todo cálculo.

Dícese que ese millón es pago de antiguos servicios, de influencias soberanas que antes del 8 de Febrero de 1881 se interpusieron á favor del señor Sagasta en el ánimo del poder moderador, provocando el ejercicio de la régia prerrogativa. Pero sea lo que quiera, faltábale al Sr. Sagasta este acto, ante el cual retrocedió el mismo Sr. Cánovas en los seis años que fué ministro, para eliminarle las simpatías de todos los liberales.

Quizá en nuestra próxima Revista tengamos algo más que decir respecto á lo que ha dado en llamarse el tercer apóstol, aludiendo á otros dos

millones célebres en otra situación presidida igualmente por el Sr. Sagasta.

Si el desconcierto y el disgusto han reinado en la esfera política, fuera de ella todo han sido fiestas.

Háse desarrollado entre nosotros la fiebre de las exposiciones, y, como si en pocos días quisiéramos ganar el tiempo perdido durante el cual las demás naciones nos han tomado gran delantera, solo en breve plazo hemos celebrado la de Horticultura, la de ganados, la de plantas y flores, la de la Sociedad de Acuarelistas, la del Círculo de Bellas Artes, la artística del Sr. Bosch, y aún nos preparamos á celebrar otra, artística también, del señor Hernandez, distinguido *marchant de tableau*. No se dirá ahora que somos poco amigos de exposiciones.

Todas estas Exposiciones han dado lugar á fiestas; en todas ellas, ménos en las artísticas, porque el arte es lo de ménos en este país en que los artistas y los maestros de escuela se mueren de hambre y los toreros se mueren de gordos, en todas ellas ha habido premios que se han disputado los expositores y han sido distribuidos por los reyes. Entrar en el exámen ó la descripción de estos hermosos certámenes, sería muy prolijo y más que prolijo, inútil, pues los periódicos diarios nos han ahorrado esta tarea, dando á la suya un carácter de actualidad que por las condiciones de publicación de LA AMÉRICA no podía tener la nuestra. Limitámonos, pues, á enviar un aplauso desde estas columnas á los que toman parte en estas fiestas del trabajo que llevan al hombre á su mejoramiento moral y material.

Otro espectáculo admirable hemos presenciado desde nuestra anterior Revista general: la reunión del Congreso pedagógico, que inauguró sus tareas el día 29 del pasado mes de Mayo, terminándolas el día 5 del presente Junio, después de seis sesiones que seguramente producirán gran provecho á la enseñanza. La falta de espacio nos impide publicar en este número un artículo que teníamos dispuesto, en el cual hacemos reseña de las sesiones celebradas, exponemos los temas que en ellas se han discutido y las conclusiones á que se ha llegado; pero en el próximo número le insertaremos, y para entonces reservamos dar nuestra opinión sobre este congreso de maestros, que tanto por ser el primero organizado en nuestra patria, como por la preferente atención que hoy despierta en las personas estudiosas cuanto se refiere á la primera enseñanza de los niños, base de la educación intelectual de los hombres, tiene una importancia que no puede ménos de reconocerse al más refractario á este género de discusiones, que contribuyendo á estrechar los lazos de compañerismo que deben unir á los que dedican sus desvelos á formar las sociedades del porvenir, contribuyen también á la propagación de los sistemas de enseñanza ménos defectuosos y á que todos se convengan de las reformas más convenientes que deben adoptarse en la instrucción.

Nada queríamos decir de la Asamblea federal, que bajo la presidencia del Sr. Pí ha celebrado sus sesiones estos últimos días. Por más que nos lastimen los extravíos de esos hombres, que una vez perdieron la libertad y mataron la república, y volverían á matarla con sus intransigencias si al resucitar, como el fénix de sus cenizas, se encontraran cerca de ella; duélenos más, mucho más, que expongan á las miradas de sus enemigos las divisiones que les corroen, la falta de unidad de miras, la ininteligencia en que se hallan los unos respecto de los otros. Creímos hasta ahora que el mayor mal que podía producir la Asamblea consistía en hacer patente su intransigencia, la poca seguridad en sus principios, mal determinados y peor comprendidos, pero la asistencia á sus sesiones, nos ha probado que ofrecen un peligro más grave todavía, y es el de ponerse en ridículo.

Y nuestro sentimiento es natural. Al fin y al cabo, los hombres que profesan esas ideas son liberales, son republicanos. Si están extraviados, es su mismo amor á la libertad el que los ha extraviado; si vagan ciegos sin ver el abismo que costean, y al cual pueden caer á poco que se descuiden, es que los rayos de esa misma libertad á que rinden culto deslumbró sus ojos y los cegó por un instante.

Comprendemos el daño que con sus exageraciones hacen á nuestras ideas, presentándolas como utopía incompatible con la realidad, como sueño incompatible con la práctica; pero no nos atrevemos á anatematizarlos; lejos de eso, compadecemos su extravío, lamentamos su ceguera, y esperamos que en el día en que el triunfo definitivo de la República pida el concurso de todos sus creyentes, ellos estarán á nuestro lado, en el campo de batalla, para luchar con nosotros; en el altar de nuestras ideas, para cantar sus alabanzas.

Una triste nueva nos ha comunicado el Exterior: la muerte de Garibaldi ocurrida el día 2 en Caprea, á consecuencia de los padecimientos que hace años le impedían tomar en los negocios de su país la parte activa que sus merecimientos reclamaban.

Garibaldi no es una gloria italiana; es una gloria universal, una gloria de la democracia, que contándole entre sus hijos, ostenta el título más hermoso que la puede hacer acreedora al reconocimiento del mundo. Figura legendaria que se destaca entre las brumas de nuestro siglo, será inmortal, porque cuando la Europa no sea más que un cadáver, cuando el movimiento y la vida hayan emigrado á América ó á África, aunque las naciones hayan desaparecido y sus monumentos se hayan desmoronado, mordidos por el tiempo; aunque la historia misma haya roto sus libros para llorar sobre sus hojas desgarradas, él vivirá, porque él es la tradición, y la tradición es eterna, sobrevive aún al pueblo que la crea, y al crearla dá su vida, su esencia, su modo de ser, la adorna con sus virtudes, la hace foco lumínico, en torno del cual giran los seres y las cosas en revuelta confusión.

Grande como la Italia que él soñó cuando la Italia de sus sueños no existía, fecundó con su sangre generosa aquellos campos, áridos y secos, que más tarde habían de producir el esperado fruto. Su idea y él se confunden de tal manera, que la unidad italiana es Garibaldi, y Garibaldi es la unidad italiana. No puede explicarse la institución sin el hombre; no se comprende el hombre sin la institución. Para vivir tranquilo, para morir resignado, el patriota necesitaba una Italia fuerte, poderosa, libre; para que Italia fuese una, necesitaba un hombre de esfuerzo incansable, de fortaleza sin igual, de valor inmenso, de patriotismo acendrado. Su historia es, más que historia, una epopeya. Luchar constantemente uno contra ciento, contra mil, no por miedo personal, sino en provecho de la patria; no engreirse con el triunfo, ni abatirse con la derrota; levantarse, cual otro Anteo, más temible después de cada caída; no descuidar nunca el deber, ni transigir con la conciencia; sacrificarse á todas horas, todos los días, en aras de la causa santa, siguiendo desde el destierro, desde la conspiración, desde la batalla, todas sus vicisitudes... Esto es hermoso, muy hermoso, y esto es lo que ha hecho Garibaldi.

Unido íntimamente á su pueblo, fundióse con él en su constante, en su eterna aspiración y el ideal se encarnó en él. Por eso es un héroe popular, un héroe legendario, grande como nuestro Cid, que hasta después de muerto ganaba batallas y vencía á sus enemigos. Que tal es el carácter de esas figuras que de tal modo encarnan el sentimiento popular de una época ó de un país, que basta saber su historia para saber los sufrimientos, los placeres, los gozos, los martirios, los deseos de toda una generación.

No es nuestro siglo, incrédulo y burlón, el más á propósito para la creación de esos mitos que llenan con su nombre la literatura popular de todos los países, y que recordados constantemente en los relatos del pueblo en las veladas del hogar, crecen más cuanto más se apartan de la memoria, y son más grandes á medida que aumenta la distancia que los separa de los vivos; y, sin embargo, á pesar de esto, Garibaldi es un héroe legendario, y como tal vivirá con el pueblo en que nació mientras éste viva, y le sobrevivirá después cuando éste muera.

Sus grandes hechos están en la memoria de todos, y no hay para qué evocarlos. Su nombre solo es más elocuente que todos los libros que puedan dedicarse á narrar sus campañas, que todas las oraciones fúnebres que puedan pronunciarse á su memoria.

El calendario de la democracia europea, tiene un nuevo día que consagrar: el 2 de Junio; el templo de la libertad tiene un nuevo santo que venerar en sus altares: Garibaldi.

Diversas fases ha recorrido, desde la publicación de nuestro último número, la llamada cuestión de Egipto.

Por un momento se creyó que todo se arreglaría. Los cónsules extranjeros enviaron al jedive un *ultimatum*, con el cual no se conformó Arabibey, que presentó la dimisión. Creyóse conjurado el conflicto por entonces, pero lejos de eso, entonces fué cuando tomó más fuerza. Los militares impusieron nuevamente el poder al ministro dimisionario, y Arabi volvió á encargarse de la cartera de la Guerra, con gran asombro de cuantos siguen con interés la cuestión egipcia y no desconocen que el rebelde ministro es opuesto á toda intervención extranjera en los asuntos interiores de su país. Entre tanto el jedive convocaba una reunión de notables, ulemas y oficiales á los que exponía el verdadero carácter de la intervención anglo-francesa, y el partido militar se retiraba tumultuosamente del palacio, exponiendo antes sus ideas contrarias á toda intervención que no sea la de Turquía, haciéndose de este modo los defensores de la libertad y la independencia del Egipto contra el jedive, dócil á la influencia de los extranjeros.

En vista de que nada adelanta la cuestión, el ministro francés propuso celebrar una conferencia en Constantinopla para llegar á un acuerdo, y acogida la idea por el ministro inglés acordóse invitar á las potencias extranjeras que tienen intereses en Egipto á esta conferencia en que se tratará cuanto concierne al porvenir de esta parte del África, que Francia é Inglaterra quieren arrancar á la influencia de Turquía.

Pero no será esto seguramente sin oposición del sultan, que segun los últimos telégramas con-

sidera inoportuna la conferencia y lo espera todo de un comisario que ha enviado al Cairo con instrucciones para restablecer la autoridad del jedive, licenciar las tropas egipcias y desaprobando las manifestaciones del partido militar.

En tanto esto sucede, las escuadras anglo-francesas continúan fondeadas en Alejandría, reforzadas por dos buques que el gabinete de Washington ha enviado allí para proteger los intereses de los súbditos norte-americanos si llegase un momento de peligro. Por su parte el sultan tiene 10.000 soldados en la isla de Rodas, prontos á desembarcar en el Cairo si el sultan se lo manda, y los anglo-franceses no se oponen, lo cual es más que problemático. La situación de las potencias interventoras no puede ser más desairada, reducidas á desahogarse en notas diplomáticas, y prepararlo todo para una conferencia en Constantinopla que, dado caso que llegara á verificarse, haría inútil la estancia de sus escuadras frente á Alejandría.

Diffícil es aventurar juicios sobre el resultado que tendrá la crisis que atraviesa Egipto en estos momentos, pero á nadie puede ocultarse que es sumamente peligrosa.

HOE.

## LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

CHILE, MÉJICO, LA REPÚBLICA ARGENTINA, EL PERÚ.

Nuestra opinión, con tanta insistencia proclamada en LA AMERICA, de que las Repúblicas Hispano-americanas deben ser los jueces exclusivos de sus destinos, vá encontrando eco en aquellos pueblos, que nos merecen las más vehementes simpatías.

Vemos con satisfacción inmensa, que no solo la prensa de Chile es hostil á la intervencion norte-americana en las cuestiones que corresponde resolver á los Estados de origen latino de comun acuerdo, sino que los periódicos que ven la luz pública en las dos riberas del Rio de la Plata, á pesar de que no son muy favorables á Chile en la lucha terrible y sangrienta sostenida contra el Perú, concuerdan en el patriótico pensamiento de rechazar la ingerencia interesada y avasalladora de los Estados-Unidos en la resolución de los problemas que afectan al porvenir de aquellas Repúblicas.

Lo hemos dicho, y no cesaremos de repetirlo una y cien veces. Será en vano que invoquen las mágicas teorías de libertad, de igualdad y de independencia, si los hechos no están en armonía con tan sublimes ideales.

Los pueblos que no saben precaverse de los insidiosos lazos que les tienden para aprisionarlos, con mentidos halagos de falsa amistad una potencia más fuerte y más astuta, y proceden con imprevision y ligereza al aceptar artificiosas y funestas intervenciones, caen más ó ménos tarde en los abismos de la abyeccion, desdoran su dignidad y sacrifican sus intereses más legítimos, sus derechos más sagrados en aras de egoísmo más vil, disfrazado con la máscara de un servicio generoso.

Por fortuna, ya están en guardia nuestros hermanos chilenos y argentinos contra tan pérfida asechanzas, y reconocen, como no podían ménos de reconocer, que naciones como el Brasil, la República Argentina, Colombia, etc., tienen más derecho á intervenir en los asuntos de Sud-América que la República del Norte. Que esta se limite á desarrollar sus libérrimas instituciones, á poblar sus inmensos desiertos con la emigracion europea, y merecerá los plácemes de admiracion y de entusiasmo por todos los amantes sinceros del progreso y de la democracia.

Pero querer imponer su voluntad soberbia y dominadora en las Repúblicas de origen español que hablan el idioma de Cervantes, que no tienen nada de comun con el anglo-americano; que pertenecen á razas tan distintas, de tendencias tan opuestas, de carácter, de temperamento, de impresiones, de recuerdos, de aspiraciones, de costumbres tan diversas, es una pretension soberanamente ridícula de los Estados-Unidos, y sobre todo del famoso M. Blaine, que se atrevió á afirmar en un documento público que Europa no podía mezclarse en los negocios que conciernen á las naciones hispano-americanas, porque no profesaban doctrinas republicanas como la América del Norte, que debe ser por esta razon, segun la enfática circular del presuntuoso diplomático, el tutor de aquellos pueblos.

Ya conocemos algunos pupilos, cuyos caudales han sido malversados por sus tutores.

Mucho deploramos que el gran pensamiento iniciado por los Estados-Unidos de Colombia, como ya dijimos oportunamente en LA AMERICA, no se haya realizado, y entónces como ahora, hemos de combatir la inercia de los Gobiernos de aquellos Estados que no han cooperado eficazmente, como deberian haberlo hecho, á la constitucion del Congreso de Panamá, inspirado por la idea más patriótica y salvadora de la independencia de aquellos pueblos. Si algunos han sido impulsados por móviles egoistas para no enviar sus representantes al citado Congreso, merecen nuestra censura más severa.

Como hemos dado pruebas reiteradas de nuestro afecto sincero y profundo por el progreso material, político y moral de las Repúblicas hispano-

americanas, como en los tiempos aciagos de la intrusion de un imperio en Méjico, le combatimos enérgicamente, menospreciando nuestros intereses sacrificados entónces por el Gobierno del desgraciado Maximiliano, que prohibió la circulacion de nuestra revista LA AMERICA en los Estados mejicanos, como el hijo político del íntegro patriota Sr. Juárez, nos dirigió una carta muy expresiva y cariñosa en nombre del que fué ilustre presidente de aquella República, cuando se encontraba en el ostracismo, dándonos las gracias más honrosas por nuestra entusiasta defensa á favor de la independencia de un pueblo hermano, creemos haber adquirido el derecho de que se crea nuestra voz amiga, ajena á la lisonja del poderoso, destituida de elocuencia, pero vibrante de espontaneidad y de patriotismo, y por tan nobles móviles excitada la levantamos muy alto para que resuene en la conciencia de los que no saben comprender los deberes que ligan á pueblos hermanos, porque es un acto contrario á las doctrinas que se vanaglorian de profesar el abandono de una causa tan digna y generosa.

Mucho nos complace el desenvolvimiento, que merced á algunos años de paz, se está operando en la República mejicana, de los valiosos elementos que atesora su fecundo suelo. Las exposiciones que se celebran en aquel territorio, que son las fiestas del trabajo, de la agricultura y de la industria, patentizan los notables adelantos de aquel país privilegiado por los copiosos y variados productos de su feraz naturaleza.

Hace poco tiempo se verificó un certámen de los productos mejicanos en Orizaba; despues el de Querétaro, animadísimo y espléndido por la reciente inauguracion del ferro-carril central.

Allí se han ostentado las manufacturas de las ciudades del interior, San Luis, Leon, Guanajuato, que revelan los progresos de su industria y las preciosas colecciones de sus ricos minerales, tan famosos en tiempos antiguos, que produjeron fabulosa riqueza, que en vez de decrecer, se aumenta más y más cada día.

Descuella por sus máquinas y talleres la ciudad de Leon, y Querétaro vestida de gala brindó á los miles de viajeros que la visitaron los más seductores atractivos; allí lucieron los primorosos bordados de delicadas manos femeniles y magníficos artefactos.

¡Qué produccion tan magnífica ostenta aquella tierra feracísima! La caoba, el cedro fino, lignum vitae, etc.; los terrenos cafeteros comenzando en Costa Rica se extienden por toda la costa del Pacífico y terminan en el Istmo de Tehuantepec.

Existen terrenos que contienen tres diferentes zonas ó climas: calientes cerca de la costa, son fértiles para el cultivo del algodón, azúcar, añil, vainilla, las piñas y los plátanos de diversas clases, las sabrosas frutas tropicales; los frutos de la tierra fria, del trigo, de la uva, la pera, el melocoton, el higo, el melon; hay bosques impenetrables de naranjos y de limoneros, la naturaleza les ha regalado el tabaco y la caña de azúcar; y el tráfico de frutas entre las islas de las Antillas, la costa de centro de América y los grandes mercados americanos, que antes se hacian por goletas, hoy necesitan vapores, y varias empresas conducen los frutos tropicales, siendo Nueva-Orleans uno de los principales puertos á donde dichos productos se dirigen, por estar ventajosamente situada en el golfo de Méjico, y encontrarse en rápida comunicacion con las islas del mar de Colon, la costa de Méjico, de Centro América y del Istmo Guatemala y Honduras se comunican por vapor; Lima tiene tambien dos vapores, y de Colon salen cinco cada vez con cargamento de frutas. Guatemala, Honduras y Costa Rica prefieren el mercado de Nueva Orleans. La produccion se ha de aumentar mucho más con la demanda y la facilidad para el envío de los diversos artículos que constituyen el tráfico.

Se permitió el año anterior la introduccion de sal extranjera por el puerto de Veracruz, hasta la cantidad de 6 250 toneladas, libre de derechos, porque la sal es imprescindible para los metales, y las salinas del Estado de Yucatan, que han sido casi las únicas que han surtido á los minerales de varios Estados de la República, fueron escasas, porque la demanda ha aumentado con el mayor desarrollo de la minería.

La sal de Yucatan, que tenia en Veracruz el mercado principal y el precio de 15 rs. carga (un real por arroba) llegó á valer en Veracruz siete y medio pesos la carga; un precio exorbitante. En los minerales del Estado de Hidalgo, se consumen al año 5 000 000 arrobas de sal; de ese gran trabajo obtienen su subsistencia, directa ó indirectamente, cien mil personas, y como contribuyen en la esfera de sus recursos á las cargas del mismo Estado, suspendidos ó paralizados sus trabajos, hubieran quedado sepultadas en la miseria esas cien mil personas, siendo nulos los beneficios fiscales y suspendidos igualmente los tres millones y medio de pesos que se acuñan anualmente en Méjico del producto de esas empresas mineras, que tanto sirven para la circulacion y prosperidad del comercio de la capital.

Estas fueron las consideraciones que sometió el presidente de la República al Congreso, fundadas en la solicitud presentada por el apoderado de la Junta directiva de la Sociedad Aviadora de Minas del Real del Monte y Pachuca, pidiendo la libre importacion por dicha compañía de cinco mil

toneladas métricas de sal, destinadas al beneficio de metales en el Estado de Hidalgo.

Los ferro-carriles llevan la vida y la animacion á todas las ciudades más importantes, su comercio se ensancha y se engrandece, y algunas que eran antes miserables aldeas en el Estado de Chihuahua aumentan rápidamente en poblacion; se han trasformado casi por encanto, y el Paso del Norte progresa de un modo extraordinario, para ser en breve tiempo una ciudad poderosa y floreciente, á pesar de que lucha con las dificultades suscitadas por los anglo-americanos que han combatido siempre la cuestion de la Zona libre, defendida con justicia por los vecinos del Paso del Norte, que se han visto sin cesar acometidos por los bárbaros fronterizos, y que necesitan la proteccion decidida del Gobierno para vencer á las tribus salvajes, que no comprenden los beneficios de la civilizacion.

Aquellos indios, excitados por un fanatismo religioso, han cometido los más horribles crímenes, y concedores del terreno en que luchan, han sido un peligro constante para los moradores de aquellas comarcas. Y, sin embargo, el egoísmo de los Estados-Unidos, solicitó repetidas veces que fuese suprimida la zona libre, que es la única garantía que tienen sus habitantes para que prospere su comercio de buena fé, en vez de ser conducido á su ruina por la desventajosa proporcion que guarda con el de la línea americana, y por el fraude que ocasiona el contrabando.

La ciudad de Méjico, en comunicacion inmediata con la Tierra caliente, por su via férrea á Cuautla, desarrollará su proverbial riqueza, exportando el sobrante de sus grandiosos productos, unida con el camino del golfo, por el ferro-carril de Vera-cruz; así como la via hasta Acapulco y la de Tehuantepec, son una obra gigantesca; segun ha hecho notar uno de nuestros colegas mejicanos, han de ser los rivales más temibles para los ferro-carriles Norte-americanos.

El café mejicano aumenta considerablemente en demanda, y las sabrosas frutas de aquella tierra bendecida por la Providencia, apenas sean exportadas y conocidas en Europa, han de proporcionar inmensos beneficios á sus cultivadores.

Las finas maderas y la riqueza mineral que abundan en aquel país, han de eclipsar algun dia el astro hoy resplandeciente de espléndido desarrollo de California y Colorado.

Las máquinas agrícolas, ya muy extendidas en algunas localidades, ahorrando el trabajo del labrador, para hacer la siembra y recojer la cosecha rápidamente, han producido los resultados más satisfactorios, mejorando los métodos rutinarios de labranza, y obteniendo ganancias efectivas.

Los millares de trabajadores empleados en la constuccion de sus caminos, que ascienden á más de 15.000, han duplicado ó triplicado sus jornales anteriores, y en vez de andar descalzos y sin sombrero, ya van vestidos y con sombrero en consonancia con los zapatos.

Una Revista de los Estados-Unidos atribuye á las autoridades mejicanas, en las empresas de ferro-carriles, un plan teórico de estadística, profundo y sagaz, tanto para realizar proyectos comerciales, como planes políticos, porque han de crear lazos recíprocos de unidad entre Estados distintos, y separados en una extension tan grande de territorio, debilitada la obediencia al gobierno nacional, por falta de comunicacion entre los pueblos.

Nos parece muy fundada esta observacion; las vias férreas y telegráficas, agentes poderosos de civilizacion, han de unir estrechamente el país de Norte á Sur, y de Este á Oeste, robusteciendo el poder nacional, que se extenderá vigoroso desde el centro del Gobierno hasta las extremidades del cuerpo social.

Una convencion entre los Gobiernos de Méjico y de Bélgica ha sido ratificada por los plenipotenciarios de ambas naciones, para la extradicion de los criminales, exceptuados los perseguidos ó condenados por delitos políticos.

Varias reformas ha propuesto el poder ejecutivo de la República en el servicio postal.

Predomina la idea, que nosotros defendimos enérgicamente, pero en vano, ante el Gobierno nacido de la revolucion de 1868, de ser erróneo el concepto de que el correo es más bien que un servicio público, una fuente de recurso para el Estado.

Dos son hasta ahora los poderes públicos que rigen los destinos de las Repúblicas hispano-americanas, que han venido á confirmar nuestro pensamiento; el del presidente de Venezuela y el de Méjico. Pero nuestra desventurada España siempre permanece sujeta y esclavizada por el yugo secular del despotismo y de la rutina, al que obedecen con deplorable frecuencia los hombres llamados á la gobernacion del país, despues que este, tantas veces defraudado en sus legítimas esperanzas, se ha visto impulsado á explosiones revolucionarias.

El Gobierno mejicano se preocupa sobre todo, de uniformar la práctica en el servicio de la correspondencia dirigida al extranjero, aspira á reducir la tarifa para el franqueo de la correspondencia interior, porque merced al aumento del tráfico mercantil, y otras causas que tienen poderosa influencia sobre las rentas públicas, estas crecen, y en su virtud propone innovaciones importantes que ponen de relieve el celo patriótico



y la solicitud digna de encomio de la administracion de aquel país.

El Monte de Piedad establecido en Méjico con el humanitario objeto de combatir la usura, que es el cáncer social, ha extendido sus operaciones benéficas de un modo extraordinario; como sus directores no han sido escitados por el mezquino interés, sino por el noble deseo de hacer el bien, y de socorrer las necesidades de los pobres, el Monte de Piedad goza de un crédito ilimitado en toda la República, su papel es el mejor aceptado en los bancos que allí existen, y aunque ha constituido sucursales en varios Estados, pretende extenderlas á todos los Estados de la República.

Son dignos de nuestros elogios don Mariano Riva Palacio, que inició el primero las mejoras que ha desarrollado despues el Sr. García.

El mes pasado se inauguraron en Buenos-Aires las sesiones del Congreso pedagógico, que fué un grandioso acontecimiento por su significacion y por ser el primero celebrado en América. Leyó un notable discurso, que tenemos á la vista, el presidente del Congreso, Dr. Donésimo Leguizamón, saludado por unánimes aplausos.

Inició esta idea el Dr. Pizarro cuando desempeñaba el Ministerio de Instrucción pública.

También el ministro Dr. Plaza dió lectura de otro importante discurso.

El Sr. Napp, en una obra sobre la República Argentina, notaba que los procedimientos empleados para la elaboracion de los vinos no habian cambiado desde la época de la reconquista. «Se prepara el vino en la misma forma que lo hacian en otro tiempo los españoles.» Y, sin embargo, un industrial ha revelado que existen 500 leguas de terrenos aptos para el cultivo de la vid en la zona comprendida entre las provincias andinas de Mendoza, San Juan, Rioja, Catamarca, Salto y Jujuy.

Este industrial, que se llama el Sr. Cordero, valúa cada pipa de vino en 25 pesos fuertes, indicando que cada legua puede producir un millón, y por consiguiente toda la extension de ese terreno, cultivado con éxito, produciría 500 millones de pesos fuertes al año. Exageradas ó no estas cifras, el Sr. Cordero presentó datos, en su opinion, justificativos.

Parece un hecho que las provincias del interior se bastan á sí en la produccion y consumo de vinos que importan 12 millones de pesos fuertes ahorrados al extranjero.

La industria vinícola argentina puede abrir grandes horizontes al capital y al espíritu mercantil.

Pero es una necesidad imperiosa el reglamentar las tarifas de los ferro-carriles y aduanas, porque nuestro estimable colega *La República* de Buenos Aires, expone ciertos datos que demuestran claramente el error de cálculo que existe entre las tarifas de los ferro-carriles de la República Argentina y las tarifas aduaneras, independientemente de la proteccion que pueden tener las industrias nacionales, porque en un trayecto de cincuenta y tantas leguas se paga una tarifa casi igual á la que se cobra en un trayecto de ciento setenta leguas, y cita el ejemplo de que el transporte de una pipa de vino desde la estacion de Recreo á la de Córdoba, en 50 leguas paga 500 pesos fuertes, y una idem desde Córdoba á Buenos Aires en 170 leguas, paga 750 pesos fuertes.

Este dato es funesto para las industrias vinícolas, porque despues de vencer tantos obstáculos para llegar á una vía férrea los productos elaborados, las tarifas consumen todas las utilidades posibles, y contrasta enormemente con el transporte de una pipa de vino desde Europa á América, que cuesta mitad más ó menos que el transporte desde Recreo á Buenos Aires.

Nos inspira vivo interés el progreso material y moral de aquella república, y deseamos que se esfirpen de raíz todos los obstáculos que impiden su desarrollo.

Los Bancos Nacional y Mercantil de Méjico, han adquirido un gran incremento. Como la riqueza pública y privada se ha aumentado, los Bancos han ensanchado su esfera de accion, lo que reporta beneficios considerables á los accionistas y al país en general.

El establecimiento de las negociaciones de minas, contribuye tanto al progreso de Rosario, que su poblacion ha acrecido notablemente, y merced al desenvolvimiento de sus riquezas naturales, esta ciudad está llamada á un brillante porvenir.

El Dr. Antonio Belat va á publicar un periódico quincenal con el título *Eco de Méjico*, consagrado especialmente á las mejoras materiales; deseamos conocerle, porque nos interesa vivamente todo cuanto tienda á la prosperidad de aquel hermoso país.

Este heroico pueblo, celoso de su independencia, celebró en 5 de Mayo último el vigésimo aniversario de la victoria obtenida por sus tropas sobre los franceses en Puebla en 1862.

Los mejicanos residentes en Nueva-York conmemoraron aquel triunfo tan glorioso para los verdaderos patriotas con un suntuoso banquete iniciado por el valeroso y veterano héroe de aquella guerra, el general D. Ignacio R. Alatorre, al que asistieron el general Benavides, el cónsul general de Méjico, D. Juan N. Navarro, el primer secretario de la legacion mejicana en Washington, don José T. de Cuellar, D. Ismael Talavera, D. E. L'Enfer, D. Feliciano Navarro, D. Leopoldo Albertos, don Amadeo Canton, D. Enrique M. Muñoz, doctor Alvarado, D. Nicanor Ancona, D. Carlos Ra-

mirez, D. José Lizárraga, D. Andrés Aznar Perez, don Oton M. Velez, licenciado D. Alfonso Cámara, general Millén, redactor de *El Heraldo*, señor Hernandez, y nuestros estimables colegas los redactores de *Las Novedades*, donde se pronunciaron brindis entusiastas y se dirigieron telegramas saludando al presidente de la República mejicana y su ilustre representante en Washington, D. Matías Romero.

LA AMÉRICA, participe de tan buenos sentimientos, envía á los mejicanos sus más afectuosos plácemes.

El *celebérrimo* M. Blaine, protestó contra toda intrusion de un Gobierno extranjero «para desnacionalizar» á un ciudadano americano, segun el convenio hecho entre el Gobierno de nuestra patria y el de Washington, con el fin de dar una solucion á las reclamaciones, acordando expresamente los Estados Unidos que España tendria derecho á protegerse á sí misma en contra de los fraudes de naturalizacion. M. Blaine rechazó el fallo del árbitro, dictando reglas caprichosas para el ejercicio de los poderes de la comision; pero *El Heraldo* y *Las Novedades* hacen resaltar tan ridícula protesta, que anulára el nuevo secretario de Estado, Frelinghuyten.

Todavía no se han concertado las bases de la paz para que cese la guerra desastrosa entre Chile y el Perú. Aparece ahora que los agentes intermediarios de estas desgraciadas Repúblicas americanas, de cincuenta años á esta parte, han constituido una fortuna. Se han pagado enormes cantidades á especuladores inmorales por reclamaciones americanas contra el Perú, no existiendo, en realidad, ninguna de estas reclamaciones, á excepcion, quizás, de una de la viuda é hijos de Henry Meigo.

Seria demasiado largo este artículo, si hiciésemos mencion de todos los fraudes y sobornos que se han cometido en la cuestion del guano, y cuando estén probados plenamente los hechos, y algunos lo están, al parecer, en todos sus detalles, los expondremos en otra ocasion, condenando enérgicamente á los que explotan la miseria pública, el duelo y la guerra de las naciones para enriquecerse, y estos actos vituperables deben merecer la severa censura y el justo anatema de los hombres honrados.

¡Qué cúmulo de calamidades abruma al infortunado Perú!

EUSEBIO ASQUERINO.

## LA VIDA PÚBLICA Y LA VIDA PRIVADA.

Tal y tan miserable es la condicion de los tiempos que alcanzamos, que vivimos contentos y satisfechos con la invencion de sofismas y logomaguías que bastan para adormecernos al arrullo del indiferentismo que enerva y empequeñece á pueblos civilizados por excelencia, cuyos vicios y cuyas miserias dejan muy atrás á los vicios y miserias de las babilónicas regiones, el degenerado pueblo griego y la menguada civilizacion romana en los nefandos y luctuosos últimos momentos del degradado imperio latino.

Poetas llamados eminentes, artistas notables, elocuentísimos oradores, tribunos egregios, celebridades científicas, periodistas famosos, aristocráticas entidades, individuos de estirpe régia que no debieran elevar los ojos hácia lo alto, que debieran huir de la luz de la vida pública, que darian una prueba de buen juicio actuándose voluntariamente de la esfera de actividad honrada de las naciones en que existen, se ofrecen en público espectáculo, haciendo gala de bochornosos vicios, de corrupcion sin límites y desenfreno sin calificativo, frecuentando con desenfado notorio, lo mismo aristocráticos salones que espectáculos públicos, academias científicas que senados y congresos políticos, siendo en todas esas partes, como en la vía pública, objeto de la comun atencion, y encontrando por do quier hombres y mujeres de reconocida honradez, que los saludan y agasajan, y tienen en mucho su amistad y no abandonan las relaciones de esos desdichados hitos negros de la moderna civilizacion, si bien en la intimidad del hogar relatan con espanto los vicios de esas modernas celebridades y en el fuero de la conciencia execran y anatematizan la conducta de todos esos felices de la época presente.

Las nociones más sencillas de la moral, aparecen desnaturalizadas y completamente metamorfoseadas, en preceptos de escándalo y utilitarismo personal, segun la táctica de los *imperturbables*.

Los hábiles de profesion, los despreocupados de oficio, las mujeres que ocupan el primer rango en las bochornosas categorías del escándalo, han inventado algunas frases que pasan ya por apotegma:—«La vida privada es independiente de la vida pública.»—«La vida privada, debe ser respetada en absoluto.»

No y mil veces no.

Es necesario protestar contra esos pueriles sofismas, inventados por las conciencias laxas, para librarse del público anatema.

Respétese la vida privada de todo ciudadano; esto dispone la ley natural, esto manda el sentido comun, esto dicta la caridad; pero respétese en toda persona que, viviendo la vida del hogar, á su conciencia debe la respuesta en el juicio supremo, de sus acciones y pensamientos.

Pero cuando el hombre ó la mujer brillan y se

destacan en el vasto escenario del mundo, es necesario aquilatar su vida íntima, para juzgar mejor la pública.

El príncipe cruel con su familia, libidinoso en su conducta y falto de la grandeza de corazón que su mision le impone, no puede ser buen príncipe, absoluto ó constitucional.

El orador mujeriego y devorado por apetitos vergonzosos, el tribuno envidioso, disoluto, gloton, mordido por la pasion de la envidia, esclavo de sus apetitos, no pueden presentarse ante el público, predicando verdades que desconocen, virtudes que no practican, hacer leyes de las que se mofan en los recónditos antros de su corrompida conciencia.

El general victorioso, el hombre de estado notable, cuyas mancebas el pueblo señala con el dedo, cuyas rapiñas son notorias á grandes y pequeños, cuya insolencia y cuyo orgullo llegan á frisar en los límites de una odiosa repulsion, no están disculpados por su valor ó por su talento, de vivir honrada y dignamente; lo que hoy se llama *debilidades* de esos principales actores del drama universal, son vicios y astucias, que filtrándose por la masa social, llevan la gangrena á la familia, el excepticismo al corazón, la muerte al alma.

Los publicistas de todo género, cuya desordenada vida oscila entre la irreligiosidad y el adulterio, la holganza y el sarcasmo, la soberbia y el orgullo, la apostasía y el dolo, son indignos del público aprecio y la honrada palabra de sus conciudadanos.

Los banqueros como los aristócratas, inmorales en la familia, cuyo rápido engrandecimiento carece de lógica explicacion; cuyas pasiones y miserias, y corrupcion y escándalos, traspasan los muros de la vivienda en que vanamente pretenden ocultar las torpezas de una vida consagrada al ágio, de una existencia inerte, caracterizada por una holganza punible, no pueden alzar la frente erguida ante las muchedumbres, no pueden ni deben ser considerados, respetados, honrados, por nadie, absolutamente por nadie, porque ellos mismos han hecho almoneda de su pudor y su dignidad, que han trocado por un cinismo acerbo y una desfachatez cruda, manchando timbres de nobleza, oscurecidos por nieblas de terrible depravacion moral.

Los políticos que, ayer pobres y necesitados de todo, hoy viven vida de crápula y dissipacion; los políticos, que demagogos y ultra-radicales, tribunos de la plebe con exageraciones insólitas de entusiasmo una época, conversos *al buen camino*, juiciosos, prudentes y previsores despues, en fuerza de apostasías, encubriendo por más ó menos tiempo tendencias arteras de reprobado egoísmo, se agitan en las delicias de Cápuá, y disimulados y diplomáticos, practican la máxima de que «el fin justifica los medios,» ora invocando libertad, ora haciendo de la religion el escalón de posiciones basadas en una estudiada hipocresía y una liviandad ya del dominio público, esos hombres deben ser rechazados por todos los partidos y condenados al público desprecio.

Los sacerdotes, que viviendo vida puramente carnal hacen caso omiso de sus deberes espiritualmente apostólicos y manchan la santidad de un estado, cuya consagracion rodea de prestigio y respeto; los sacerdotes, cuya palabra en el púlpito brota de impuros lábios, menos impuros que sus corazones, cancerados por impíos desvanecimientos y mortales escándalos; los ministros de una religion de paz y de amor, cuya conducta desnaturaliza las verdades más sublimes del Evangelio, ni pueden ni deben celebrar los divinos misterios, ni tienen derecho á ser creídos, mientras su vida privada no cambie radicalmente de condicion y de esencia.

Todas esas mujeres, *crema* de la sociedad, como hoy se dice, que desde las alturas de la aristocracias del talento, el nacimiento y el dinero, mejor que viven, se agitan en las nieblas de un naturalismo epicúreo luciendo ficticios encantos; todas esas mujeres, incapaces de regenerar el hogar, merced á la severidad de la práctica de respetables virtudes; inútiles á sí mismas, inútiles á sus deudos, objeto de la murmuracion de su servidumbre y el desvío de las gentes honradas y amantes del bien y la justicia, hacen repulsiva la riqueza, y ni pueden ni deben ser consideradas, porque sobre sus marchitas frentes, fulgura formidable el rayo del escándalo forjado en los misterios de la doméstica intimidad, profanada por toda clase de miserias, profanada por vergonzosos vitandos apetitos.

La vida privada es la auréola de la vida pública; la vida pública es el reflejo de la vida privada.

No es la honradez el patrimonio de un partido, el signo de una creencia, la manifestacion de una idea religiosa.

Lo que en los pequeños y en los humildes se reprende y anatematiza, debe execrarse en los grandes y los soberbios con infinita valentía.

Alma de la vida de los pueblos, es el ejemplo.

La moral es ruda, severa, terrible, incondicional, tanto, cuanto hermosa, santa, consoladora y sublime.

Una cosa son las pequeñas miserias del hogar, las faltas que todos cometemos cada dia, cada hora; una cosa son los extravíos de la mente, las obcecaciones del momento, las debilidades, en una palabra, de que la criatura racional se redime en fuerza de arrepentimiento, oraciones, lágrimas, tristeza y esperanza, verdadera expiacion de las

conciencias rectas, y otra cosa es esa conducta alevosa, ruin, depravada, misteriosa ó audazmente hipócrita, norma del modo de ser de todos aquellos que debieran ofrecerse como ejemplo de los demás por su posición ó especiales condiciones.

¿Con qué derecho, el sacerdote corrompido predica una virtud que detesta y mancilla?

¿Con qué sanción, el magistrado civil, deshonrado en la familia, dicta leyes y administra justicia?

¿Qué ejemplaridad presta á la producción del poeta concienzudo la actriz que vive vida de torpe barraganza?

Cuando la vida privada se ha fundido en el crisol de la creencia, el sacrificio y la virtud, al calor concentrado de las lágrimas, las tristezas, el buen ejemplo, la enseñanza, el Evangelio y la caridad, entonces, la vida pública aparece severa, activa, enérgica, grandilocuente, hermosísima.

Los caracteres corrompidos, las almas bajas, los corazones abyectos, son producto del fermento de las miserias, los escándalos, las torpezas é infidelidades que dentro del hogar se incuban, y estallan y llevan callada y lenta al alma la corrupción espantosísima que absorbe paulatinamente las instituciones sociales y prepara escenas como las del reinado del soberbio Luis XIV; horrores como los de la regencia del gran excéptico Felipe II de Orleans; corrupción como la de la época de Luis XV; mascaradas como el Terror, abominaciones como las del Directorio; risibles sainetes como los de las postrimerías de la casa de Austria en España; liviandades como las de la corte de María Luisa.

Ahí las tenéis recientes de ayer; los últimos años del reinado del gran utilitario político, Luis Felipe de Orleans, lo publican; acordados de la in-moral época del famoso ministro Guizot, conservador fatal á la dinastía, á pesar de la personal honradez de dicho ministro; acordados del asesinato de la duquesa de Praslin y del famoso proceso de Mrs. Teste, Pellaprá y Parmentier; acordados de las iniquidades de todo género de aquella época fatal para Francia y para Europa; recientes como se ostentan á nuestra vista: el segundo imperio napoleónico, se derrumba herido por el dedo de Dios.

Todo lo ha previsto el hijo de la reina Hortensia; todo menos la educación del pueblo, todo menos la reforma de las costumbres. El gran imperante se agita en las torturas de un cesarismo escrito con sangre en París, en Oriente, en Italia, en Méjico, China, Cochinchina, ayudado en su tendencia liberticida por los Morny, los Maupas, los Saint-Arnaud, los Rouher, los Troplong y demás actores que providencialmente preparan el triste lígubre drama que termina en Sedán.

—¡A Berlín, ¡A Berlín!—grita Girardin.  
Francia envía la flor de sus hijos á combatir al extranjero cuando el extranjero ha hollado el suelo de la patria.

Strasburgo sucumbe, Belfort sucumbe, París sucumbe y los hombres del Rhin invaden de nuevo la capital, que hollaron los bridones de los coligados en 1815.

¿Es que Francia ha sucumbido para siempre? No; es que el imperio ha pretendido hacer de un gran pueblo una Sibaris moderna.

Es que Esparta ha cedido su puesto á Sodoma y Gomorra.

Todo para la carne y el goce, todo para el sensualismo y el placer grosero.

Nada para la severidad de las costumbres y la altivez nobilísima del sentimiento nacional.

Cuando las cortesanas imponen la frivolidad de la moda, cuando la corrupción en las costumbres devora las entrañas del hogar, la mano flaquea al peso de la lanza, el patriotismo retrocede avergonzado ante las menguadas imposiciones del bienestar material, y entonces, baluartes como Metz sucumben sin gloria y sin prestigio; pueblos como París escriben á la luz siniestra de los incendios, la vergüenza del dominio por horas, del extranjero.

¡La vida privada!  
¡La vida pública!

¡Oh! Es imposible separarlas.

La honradez, la virtud, el patriotismo, no pueden capitular con la deshonra, el vicio y el indiferentismo.

Entiéndanlo los poderes públicos.  
Entiéndanlo los pueblos.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

## LOS HIJOS VENGADORES, EN LA LITERATURA DRAMÁTICA.

ORÉSTES.—EL CID.—HAMLET.

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

### VI.

LEYENDA PRIMITIVA DE HAMLET.

(Traducción de la relación latina de Saxo-Grammaticus.)

Por aquel tiempo Rorico (1) le dió por sucesores á Horvendilo y Fengo, cuyo padre Gervendilo había sido virey de Yutlanda. Durante un reinado de tres años, Horvendilo se grangeó tal renombre

(1) Décimo octavo Rey de Dinamarca en la *Crónica de Saxo-Grammaticus*.

como pirata, que Colero, rey de Dinamarca, enviádo de su gloria, juzgó que para él sería mengua no eclipsar con proezas superiores á aquel famoso navegante. Recorrió el mar en busca de su armada, y al cabo dió con ella. Había en medio de aquel mar una isla, cuya amena ribera atrajo á ambos piratas con sus naves. La grata perspectiva indujo á los caudillos á internarse en la arboleda y en la maleza y á recorrer la selva, muy abundante en caza. Encontráronse en una de sus correrías Colero y Horvendilo, y esto dió margen á un reto. Horvendilo preguntó entonces al Rey qué especie de combate sería más de su agrado para poner término á aquella disensión, añadiendo que era preferible el menor número posible de campeones, y que no había medio más seguro para alcanzar la palma de la victoria que acudir á un combate singular, pues el valor verdadero prescinde de ajena ayuda.

Colero, cautivado por el valeroso lenguaje de su adversario, le contestó:

«No cabe en mí negarme á la propuesta que me haces; sólo requiere el brio de dos hombres, y evita toda incertidumbre. Así es, en verdad, como se logra el triunfo con mayor prontitud y aliento. En este punto concuerdan nuestros pensamientos. Mas el éxito es dudoso; hay que tener en cuenta los sentimientos humanos, y no nos cumple dejarnos llevar á tal punto de las impresiones del momento, que olvidemos los últimos deberes. Tregua al encono que enciende nuestro ánimo, para atender oportunamente á los fueros de la piedad. Si la discordia de nuestros corazones nos separa, nos avienen los derechos de la naturaleza, y comun conciencia nos liga, á despecho de la envidia que nuestras almas emponzoña. Dejémosnos gobernar ahora por la piedad, y quede encargado el vencedor de las honras funerales del vencido. Así se satisface la obligación postrera de la humanidad, de la cual no se exime ningún hombre piadoso. Cumple á todo campeón rendir á su adversario tal homenaje cuando el odio se halla extinguido. La suerte pondrá fin á nuestra querrela, y los funerales apaciguarán nuestra animosidad. No quede rastro de crueldad entre nosotros, á pesar del resentimiento que en vida nos aparta, y respetemos nuestras cenizas. Gala será del vencedor hacer con pompa el duelo del vencido. Honrar los muertos granjea la voluntad de los vivos: todos tienen por noble acción otorgar á los difuntos cuanto á la dignidad humana es debido.

»Heridas graves nos afligen á veces con males no menos lamentables. Un adalid pierde uno de sus miembros y conserva el soplo de la vida: justo creo, en tal caso, guardarle miramientos, del propio modo que cuando ha espirado. Semejante contratiempo es considerado como más desastroso que el trance postrero. La muerte nos libra de la memoria de nuestros males: el vivo no puede olvidar la ruina de su propio cuerpo. Hay que dar alivio á tamaña desgracia. Convergamos en que aquel que hiera al otro, ha de darle, como indemnización, diez libras de oro. Debemos compadecer los males ajenos; pero es más natural todavía que nos apiademos de los males propios. Nadie debe prescindir de sí mismo, y quien lo hace se hiere como con mano parricida.»

Hecha recíprocamente la promesa, trabaron el combate, pues ni lo casual del encuentro, ni los apacibles encantos de aquel paraje, fueron parte á evitar que desnudasen los aceros. Llevado Horvendilo de su ardimiento, más pensaba en atacar que en defenderse: arrojó la adarga y empuñó la espada con ambas manos. El éxito coronó su arrojo. Derribó á Colero, exánime, después de haberle roto su escudo con redoblados golpes y de haberle cortado un pié (1).

No olvidó lo convenido. Con régia grandeza erigió en honor del vencido una suntuosa tumba, y celebró sus funerales con pompa extraordinaria. Poco tiempo después atacó y mató á Sela, hermana de Colero, la cual tomaba parte en las empresas de los piratas (2) y estaba acostumbrada á batallar.

Después de tres años de guerreras hazañas, Horvendilo ofreció á Rorico escogido y rico botín, con el fin de granjearse el primer lugar en su voluntad. Logró, en efecto, su favor y obtuvo la mano de su hija Geruta. De esta unión nació Amleto.

En vista de tamaña ventura, Fengo, enardecido por la envidia, formó el propósito de tender lazos á su hermano. Ni el hombre más esforzado está al abrigo de la perfidia de sus más cercanos parientes. Hallando ocasión para el parricidio (3), sació con sangre el ansia funesta de su corazón.

Fengo añadió al asesinato el incesto, apoderándose de la esposa de su hermano, á quien había degollado. El que se ha engolfado en la sangre no se para ante nuevas maldades. Un crimen lleva á otro crimen. A fin de disculpar sus atrocidades con las apariencias de un motivo laudable, acudió á la más osada arteria, cohonestando el parricidio con el nombre de una acción honrada. Afir-mó que había dado muerte á su hermano con el único fin de librar á Geruta, dechado de humildad y dulzura, é incapaz de dañar á nadie, de las violencias de su esposo, que profundamente la aborrecía. Coronó el éxito de su abominable empresa,

(1) En el *Hamlet* de Shakspeare hay una alusión á este combate. Dice Horatio, ante la aparición del Rey:  
*Such was the very armour he had on,  
When he the ambitious Norway combated.*

Acto I, esc. I.

(2) Claro es que á los piratas de la *Crónica de Saxo* no puede atribuirse la significación vulgar que tiene en nuestro tiempo. Eran aquellos formidables guerreros normandos reyes del mar, que imponían tributos á Inglaterra, y donde quiera aterraban las costas y los mares.

(3) Saxo dice *parricidio*, acaso porque Horvendilo era su hermano mayor y su Rey.

porque la mentira fácilmente es bien recibida entre los magnates, donde los truhanes suelen hallar favor, y los calumniadores honra. Por donde Fengo no titubeó en entregar su parricida mano á torpes caricias, dando remate á su doble impiedad con un nuevo crimen.

Temeroso Amleto, después de tales actos, de parecer peligroso á su tío si obrase como un sér dotado de razón, aparentó haber perdido el seso; fingióse bobo, y con tal traza ocultó sus prendas naturales, atendiendo á su salvación. A vista de su madre se revolcaba todos los días en sitios asquerosos, poniéndose sucio y repugnante. La descomposición y el desaseo de su rostro le daban el aspecto de un loco estrafalario. Sus palabras denotaban delirio, y sus acciones carencia de entendimiento. En suma, no parecía un sér humano, sino un monstruo, que en su vil condición se gozaba. Colocábase á veces en cuclillas junto al hogar, removiendo la ceniza con las manos, y entretenido en labrar estacas que endurecía al fuego, uniéndolas después con garfios que colocaba en los cabos, para darles mayor consistencia. Cuando le preguntaban cuál era su objeto, contestaba que hacía agudos dardos para vengar la muerte de su padre. Esta contestación provocó grandemente á risa y fué escuchada con desprecio. Más adelante, sin embargo, aquella obra de las estacas le fué muy provechosa en su empresa. No faltaban gentes de más delicado discernimiento, que, en vista de aquella tarea, concibieron la primera sospecha de que allí había alguna sutileza escondida. Por sencilla que fuese la obra, revelaba cierto instinto de arifíce, y no era dable creer en la enajenación mental de quien con tanto afán ejercitaba la mano en aquel oficio. Además de esto, iba Amleto guardando cuidadosamente todos aquellos palos endurecidos al fuego. Persuadidos de que había en todo ello una astucia encaminada á disimular profundas intenciones del corazón, algunos cortesanos imaginaban que tras de aquella supuesta flaqueza del entendimiento se columbraba la cordura de un alma sana. Pensaban, pues, que el medio más eficaz para poner en claro la sagacidad de Amleto, sería proporcionarle en paraje lejano, el encuentro de una mujer de singular belleza, que encendiese en sus sentidos los deseos del deleite. El súbito arranque de la naturaleza le impediría persistir en el disimulo; la astucia no podría sobreponerse á un impulso tan poderoso, y el Príncipe mancebo olvidaría su fingimiento, arrastrado por un incentivo irresistible. Escogieron personas que acompañasen á Amleto en una excursión á caballo hacia la parte más distante de la selva, donde debía verificarse la tentación proyectada. Por casualidad era una de ellas un hermano de leche de Amleto, que no había olvidado el afecto que los unió en la edad temprana; y más enamorado de lo pasado que de lo presente, formó el leal propósito de advertir á su amigo de la intención engañosa de los cortesanos que le rodeaban.

Había comprendido el riesgo á que Amleto quedaría expuesto si llegaba á manifestar el menor destello de cordura ó se rendía al embeleso del amor. Amleto, por su parte, no estaba desprevenido. Cuando le mandaron que montase á caballo, se colocó de espaldas á las crines y mirando á la cola, la cual agarró como para que le sirviese de brida. Con la ingeniosa traza desbarató en aquel punto la trama de su tío, evitando caer en el lazo. Fué irrisorio el espectáculo cuando el caballo echó á andar guiado por la cola.

Ya en camino, Amleto encontró un lobo en la espesura. Dijéronle sus compañeros que era un potro, y él replicó que Fengo tenía en su caballería pocos animales de tal ralea, haciendo así, en forma donairoso, una alusión maligna á la situación de su tío (1). Discreta pareció esta réplica, y él añadió que deliberadamente se había expresado en aquellos términos, para no ser motejado de embustero; pues deseoso de ser tenido por enemigo del engaño, confundía en sus palabras lo verdadero con lo fingido, á fin de que no faltase la verdad en ellas, y que al propio tiempo la ingenuidad no frustrase la sutileza.

Caminando á orillas del mar, hallaron sus compañeros el timón de una nave que había naufragado, y exclamaron que era un cuchillo de desmesurado tamaño. Amleto dijo que serviría para cortar inmensos perniles, indicando así la inmensidad del mar. Cuando en las dunas le enseñaron la arena, dándole por harina, dijo que había sido molida por las espumosas ondas del mar. Al aplaudir sus compañeros esta réplica, él les afirmó que lo había hecho con todo su sentido.

Dejáronle al cabo solo, para que procediese con entera libertad, y á poco encontró á una doncella que su tío había hecho colocar en un lugar distante. Acaso se habría dejado llevar de sus naturales impulsos, si su hermano de leche, por medio de una señal secreta, no le hubiera infundido recelos de las asechanzas de que era blanco. Pensando en el modo de darle un consejo reservado y de contener los peligrosos ímpetus sensuales de la juventud, ocurrió al hermano de leche sujetar una pajita en la extremidad de un tábano. Al punto encaminó al insecto hacia el sitio donde Amleto se hallaba, prestándole con esta advertencia un favor

(1) Conjetura Hettmüller que el sentido de estas palabras es que Fengo tiene pocos soldados tan arrojados como el lobo.

insigne, pues la señal fué comprendida con la misma perspicacia que la había sugerido. En cuanto atisbó Amleto el tábano que llevaba la paja, entendió que era misterioso aviso de una traición, de la cual era forzoso precaverse. Alarmado y cauteloso, llevó consigo á la doncella á un sitio distante, pantanoso y casi inaccesible, á fin de poder gozar de sus caricias con absoluta seguridad. Logró su objeto, rogó con vivo encarecimiento á la jóven que á nadie revelase lo que había acontecido. Ella y Amleto habían sido criados en su infancia por unas mismas personas. La costumbre de vivir juntos había inspirado á la niña afición al Príncipe: así es que la promesa por éste requerida fué fácil y sinceramente otorgada.

De vuelta al palacio todos le preguntaron, en son de burlas, si había gozado con la niña de los deleites del amor. Respondió afirmativamente. Hicieronle otras preguntas acerca del sitio y la manera, y dijo que había descansado sobre el casco de una acémila, sobre la cresta de un gallo y sobre un tejado, porque al marchar con la mujer había recogido fragmentos de aquellas cosas, á fin de evitar la mentira. Tan extraña contestación hizo reír á todos los presentes, aunque la broma del príncipe en nada alteraba los hechos. Preguntaron entonces á la jóven, y ella aseguró que nada de aquello había ocurrido. Creyeronla con tanta mayor facilidad cuanto que los que acompañaron á Amleto nada habían advertido.

El que había prevenido del riesgo al príncipe por medio del tábano, deseoso de manifestarle que su astucia le había salvado, dijo que poco ántes había tenido de él especial cuidado. Amleto contestó con igual discreción. Para demostrar á su amigo que le había entendido, refirió haber visto un pajero, sostenido con alas, bajar repentinamente con una paja sujeta en la parte posterior del cuerpo. Esta respuesta, que causó risa á los demás, dejó á dicho amigo muy complacido de su cordura.

Evitados aquellos lazos, sin que se lograra descubrir el misterio de las facultades intelectuales de Amleto, un amigo de Fengo, más presuntuoso que hábil, fué de dictámen que no era fácil cojer desprevenida, con trazas vulgares, la extremada sagacidad del ingenio del príncipe, y que con medios ordinarios y sencillos sería en balde poner á prueba su obstinada y singular astucia. Añadió que le había ocurrido un plan por todo extremo ingenioso, el cual, sin ofrecer inconveniente alguno, daría desde luego el resultado que el Rey apetecía. Con pretexto de negocios graves, se ausentaría Fengo durante algún tiempo.

Entonces se encerraría á Amleto con su madre, y sin que ellos lo supiesen, se escondería una persona en algún sitio recóndito de la habitación (1), á fin de escuchar todas sus conversaciones. Si el hijo estaba en uso de razón, no titubearía en declararlo á su madre, pues no podía abrigar desconfianza alguna de la mujer á quien debía la vida.

Brindóse para el oficio de espía el mismo que daba este consejo, mostrándose tan oficioso en sugerir el plan como en llevarlo á cabo. Cautivó á Fengo la idea, y partió, pretextando un largo viaje. El consejero se introdujo cautelosamente en la cámara donde Amleto se hallaba encerrado con su madre, y para mejor ocultarse, se metió debajo de una cama de paja (2). Amleto, temeroso de que alguien le escuchase, supo preservarse de aquel ardido acudiendo á sus extravagancias de loco. Empezó á cantar cual los gallos al despertar; sacudió los brazos á guisa de alas, y saltó encima de la paja, donde se puso á bailar, haciendo contorsiones con el cuerpo para cerciorarse de si había allí algo escondido. Sintiendo cierta mole bajo las plantas, registró con la espada el sitio donde estaba, y habiendo sacado al espía, le dió muerte (3). Cortó el cuerpo en pedazos, los hizo hervir en agua y los echó en el muladar, á la vista de unos cerdos, que hallaron sabroso alimento en aquellos tristes despojos. Libre así de la pesada asechanza, volvió á la cámara de la Reina.

Cuando Geruta empezó á deplorar la violenta demencia que acababa de desplegar su hijo, éste le dijo:

«Tú, la más vil de las mujeres, ¿por qué intentas ocultar el más execrable de los delitos, bajo la falsa apariencia de tus lamentaciones? ¡Tú, que, cual prostituta, has aceptado un horrendo y criminal enlace, entregándote con incestuoso afecto al asesino de tu esposo! ¡Tú, que halagas con vergonzosas caricias al que ha dado muerte al padre de tu hijo! Así se juntan las yeguas á los vencedores de sus machos.

«Propio es de animales unirse de tal modo donde quiera que les aguija su apetito. A ejemplo suyo, has arrancado de tu corazón la memoria de tu primer esposo. Con fundado motivo estoy fingiendo la locura. No hay duda que quien asesinó á su hermano, haría igualmente al hijo de éste blanco de su sangriento encono. Para dar alguna garantía á mi seguridad, más vale parecer demente que entendido. Pero el ansia de vengar á mi padre no muere en mi corazón: estoy en acecho de la ocasión, y espero que me ayuden las

(1) Dice el texto de Saxo: *...qui ambobus insciis in obscura ódis parte consisteret.*

(2) *«Submissusque stramento delituit.»*

(3) *«Consenso stramento corpus crebris saltibus libere capiti, si quid illic clausum delitesceret, experturus. At ubi subjectam pedibus molem persensit ferro locum rimatus suppositum confodit, egestumque latebra trucidabit.»*

circunstancias. No sale todo bien siempre y donde quiera. Contra un alma cruel y torcida hay que valerse de la astucia. A tí mal te cuadra conolerte de mi demencia; mejor te estaría llorar tu propia mengua. Por lo demás, fuerza será que calles.»

Destrozando Amleto con tales reconvencciones el corazón de su madre, despertó en ella el sentimiento de la virtud, y la indujo á anteponer á la liviandad pre-ente el recuerdo de su amor primero. Fengo, á su regreso, buscó solícito á su confidente, y como nadie le había visto, preguntó por broma á Amleto si tenía noticia de su paradero.

Contó el príncipe que, habiendo ido aquel hombre á la letrina demasiado repleto de alimentos, había caído dentro, y que allí, por no poder levantarse, lo habían devorado los cerdos. Los presentes tomaron como de un loco aquella contestación verídica. Fengo, no obstante, recelaba sin tregua de los engaños de su hijastro, y habría querido deshacerse de él. Mas le contenían miramientos al abuelo Rorico y á su propia esposa. Resolvió valerse para ello del Rey de Britania ó Bretaña, salvando así las apariencias con el empleo de mano extraña. Prefería esconder su fiereza, haciendo recaer en un amigo la responsabilidad de su crimen.

Amleto, al marchar, rogó reservadamente á su madre que mandase cubrir con muy dobles y tupidos paños el salón de los banquetes, y que, trascurrido un año, hiciese celebrar en él sus funerales, prometiéndole volver para aquella época. Partieron con él dos hombres de la servidumbre de Fengo, á quienes confió éste una carta grabada en madera, modo usual de escribir en aquel tiempo. En la carta Fengo prevenía al rey que diese muerte al príncipe. Pero entró él en sus camarotes mientras dormían, leyó las tablas, raspó lo escrito, y cambiando los términos, puso en lugar de su nombre el de sus compañeros. No satisfecho con haber eludido el peligro, apartando de sí la funesta sentencia, añadió, en nombre de Fengo, una falsa demanda de la mano de la hija del rey para el virtuoso mancebo que le enviaba.

En cuanto desembarcaron en Bretaña, pasaron los enviados á presentarse al rey, y le entregaron la carta, que encerraba su propia sentencia, cuando la juzgaban instrumento de muerte para otro. Disimuló el rey, y los acogió con la más urbana hospitalidad.

Amleto, en el regio banquete, manifestó desvío á todos los manjares, como si fueran vulgar sustento. Todos se asombraron al ver que el príncipe extranjero se abstenía de todas las bebidas y de todos los esmerados platos de la mesa real, como si aquel festín ostentoso fuese un obsequio mal escogido. Cuando terminado el banquete se despidieron los huéspedes, retirándose á sus habitaciones para pasar la noche, dispuso el rey que se escondiese en ellas una persona que pudiese escuchar sus pláticas. Los que acompañaban á Amleto le preguntaron por qué se había abstenido en la comida como si temiese ser envenenado. Contestó que el pan sabía á sangre y la bebida á hierro, y que los manjares de carne oían como los cadáveres y recordaban los cementerios. Añadió que el rey tenía mirada de siervo, y que la reina en tres ocasiones había mostrado modales de criada. Los del séquito del príncipe atribuyeron á extravío mental la áspera censura que hacía, no sólo de la comida, sino de los que la habían dado, y se burlaron de su atolondramiento. Dijéronle que hacía mal en ofender con descortesías palabras á un rey esclarecido y á una dama de tan nobles costumbres, y que había correspondido mal á su cordial hospitalidad.

Enterado de todo el rey por su confidente, quedó persuadido de que quien había proferido tales razones no era un mortal como los demás. Sólo cabía en un sabio ó un loco encerrar así en tan pocas palabras intuición tan profunda. Llamó á su presencia para pedirle informes al mayordomo que había proporcionado el pan; el mayordomo transfirió el asunto al panadero de la Casa Real el cual fué igualmente llamado.

Preguntóle el rey de qué terreno procedía el trigo que había producido la harina, y si había en él vestigios de hombres muertos. Contó el panadero que aquel terreno había sido campo de batalla, que estaba lleno de huesos humanos, evidentes indicios de una gran matanza, y que en él habían hecho la siembra con la esperanza de abundante cosecha, sin imaginar que el trigo pudiese tomar mal sabor. Esta explicación hizo comprender al rey que tenía fundamento lo que Amleto había dicho, y preguntó de dónde provenía el tocino. Le informaron de que, habiéndose escapado un día los cerdos por descuido del porquero, comieron hasta la saciedad del cadáver podrido de un ladrón, de modo que pudo inficionarlos la carne corrompida. Viendo el rey que también en esto había acertado Amleto, preguntó con qué líquido habían compuesto la bebida. Cuando supo que era una mezcla de cebada y agua, mandó cavar el pozo. Hallaron en el fondo espadas corroidas por el orin, que habían debido comunicar al agua un gusto desabrido. No faltó quien explicase el mal sabor de la bebida por la circunstancia de que, al sacarla, se encontraron abejas que se habían alimentado en el abdomen de un muerto; tal vez la peste que transmitieron á sus panales, había pasado al líquido (1).

(1) Algunos traductores juzgan, no sin motivo, algo

Al ver el rey que la censura del festín no era infundada, pensó que su mirada, que había sido tachada de traidora, podría emanar de impureza de raza. Se avistó secretamente con su madre, y le preguntó quién era su verdadero padre.

Contestó ella que sólo con el rey, su esposo, había tenido amorosas conexiones. Amenazóla su hijo con la tortura, y logró de este modo la confesión de su ilegítimo nacimiento. Su padre era un esclavo. Mortificóle en gran manera esta revelación afrentosa; pero no pudo menos de admirar la perspicacia del jóven. Preguntóle por qué causa había ajado á la reina atribuyéndole modales de criada, y á fuerza de darse por resentido del desfavorable juicio que el príncipe extranjero había formado de su esposa, acabó por saber que era ésta de servil ralea. Amleto le dijo que había notado tres veces en la reina actos de criada: se había cubierto la cabeza con un manton; se había recogido el vestido al andar, y por último, había mascado un mondadientes de madera. Fuera de esto, recordaba el rey que la madre de la reina, á consecuencia de haber caído prisionera, había sido esclava, por donde su hija, así en modales como en origen, era de condición servil.

Convencido de que Amleto estaba dotado de ingenio casi divino, le otorgó la mano de su hija. Cuanto decía Amleto le parecía fruto de inspiración sobrehumana. A fin de dar cumplimiento al encargo de su amigo, mandó ahorcar al día siguiente á los compañeros del príncipe. Aparentó Amleto ofenderse de lo que le complacía, y el rey, para desagradarle, le dió una pepita de oro. Amleto hizo fundir el oro, y le escondió en dos varales huecos.

Al cabo de un año se despidió y regresó á su país, sin llevar de toda aquella régia opulencia más que las dos varas rellenas de oro. Al llegar á Yutlanda, dejando su porte de los últimos tiempos, volvió á sus antiguas apariencias de desaseo y á los estrafalarios ademanes que le habían sido tan provechosos.

Habiase divulgado la falsa noticia de su muerte, y cuando se presentó de improviso, cubierto de harapos, en el salón donde se celebraba el banquete de sus funerales, quedaron todos consternados. Pero pasada la sorpresa, al terror sucedió la risa, y los circunstantes señalaban con mofa á aquel cuyo duelo estaban haciendo. Preguntáronle por sus compañeros, y enseñó como tales los dos varales. Aquí está uno, dijo; aquí está el otro. No es fácil determinar lo que predominaba en estas palabras, si la verdad ó la burla. Si bien la contestación parecía desvariar, no se desviaba mucho de los hechos, pues presentaba en lugar de los hombres la indemnización por ellos recibida. Colocóse entonces entre los escanciadores, y para aumentar el regocijo de los convidados, se esmeraba en servirles la bebida. Molestábale al andar la excesiva anchura de su ropa, y para recogerla, se ciñó una espada, la desenvainó, y adrede se hirió los dedos con el filo. Al verlo, los que estaban cerca sujetaron la hoja á la vaina por medio de un clavo. Para realizar con más seguridad sus propósitos, Amleto llenaba sin descanso las copas de los próceres convidados. Todos se rindieron al vino: ya no podían moverse, y quedaron postrados en el regio salón, que les sirvió de cama después del banquete.

Habían caído en las redes de Amleto, y viendo éste que era propicia la ocasión para dar cima á sus designios, sacó del escondite en que se hallaban, las estacas que había preparado, y volvió al palacio, donde los magnates se revolcaban en el suelo, dominados por la embriaguez y el sueño.

Arrancando en seguida á viva fuerza las varas de hierro que sostenían los tapices colocados por su madre en las paredes del salón, los hizo caer sobre los durmientes, y los sujetó de tal manera con intrincados nudos, valiéndose de las estacas con ganchos, que ni uno solo de los que se hallaban debajo, por más esfuerzos que hicieron, pudo levantarse. Al punto prendió fuego al edificio, y un voraz incendio, rápidamente propagado por todas partes, abrasó á los convidados, que dormían ó en balde pugnaban por levantarse. Sin demora se encaminó Amleto á la cámara de Fengo, á quien ántes habían acostado personas de su servidumbre; cogió su espada, que por casualidad estaba colgada junto á su lecho, y la reemplazó con la suya propia. Despertó entonces á su tío, y después de participarle que los magnates habían perecido en el fuego, «aquí está Amleto, le dijo, poderoso con la ayuda de sus ganchos de otro tiempo, y ansioso de exigir el justo castigo por el asesinato de su padre.» Al oír estas palabras, Fengo saltó del lecho y fué muerto, mientras infructuosamente intentaba, á falta de la suya, desenvainar la espada de Amleto (1).

Tal fué aquel animoso Príncipe, digno de eterno aplauso, que se defendió cuerdamente, escondiendo con la ficción de la demencia un entendimiento superior á la índole humana. Así no solamente preservó su vida de perversas asechanzas, sino que logró tomar venganza, preparada de un modo peregrino, del asesinato de su padre. Hábil guardador de sí mismo, brioso vengador de su sangre, no se sabe qué admirar más en él, si el valor ó la cordura.

confuso este pasaje. Uno de ellos conjetura que la bebida era hidromel hecho con miel alterada.

(1) Como recordará el lector, los cortesanos habían sujetado esta espada á la vaina con una clavija.

Aquí acaba el tercer libro. Comienza el cuarto. (*Historia de los Reyes y Héroes de Dinamarca, de Saxo Grammaticus, folio 30*)

Amleto, después de satisfecha su venganza, andaba temeroso de someter su triunfo al fallo inseguro de la multitud. Juzgó prudente guardar reserva hasta ver el rumbo que tomaba la plebe, escasa de discernimiento. Las gentes de las cercanías, que habían divisado el incendio nocturno, acudieron temprano para enterarse de la causa, y hallaron el alcazar del rey convertido en escombros. Registraron las ruinas, calientes todavía, y sólo descubrieron informes restos de cadáveres abrasados. Todo había sido devorado por las llamas inexorables, y no quedaba rastro por donde hubiera podido columbrarse la causa de tamaño desastre. Encontróse también, entre los vestigios sangrientos, el cadáver de Fengo, traspasado por el acero. Unos sintieron indignación; otros, tristeza; otros, secreta alegría. Quién deploraba la muerte del caudillo, quién se complacía en la desaparición del tirano parricida. La muerte violenta del rey causó diversas impresiones. La pacífica actitud del pueblo animó á Amleto á salir del paraje donde se hallaba oculto. Reunió desde luego á algunos que le habían manifestado constante adhesión, y después convocó una asamblea á la cual habló de esta manera:

«Si aún os doleis del fin desventurado de Hordenvilo, si respetáis la lealtad de los súbditos y la piedad de los hijos, no habeis de conmoveros ahora por la calamidad de que han sido víctimas vuestros señores. Aquí no se presenta á vuestros ojos la muerte de un príncipe, sino la de un parricida.

Más digno de conmiseración era aquel monarca asesinado por el más atroz de los malvados, que no merecía el nombre de hermano. Todos habeis contemplado con lágrimas los miembros ensangrentados de Hordenvilo, su cuerpo cubierto de heridas. Este odioso verdugo obró así (es indudable) para privar á la nación de sus fueros; de tal manera, que de un sólo golpe dió á él la muerte y á vosotros la esclavitud. ¿Quién ha de ser tan desatentado que prefiera la crueldad de Fengo á la venerable memoria de Hordenvilo? Recordad con cuánto amor mi padre os atendía, cómo respetaba vuestros derechos, cómo os colmaba de bondades. Pensad en la pérdida del más benévolo de los señores y del más justo de los padres, reemplazado por un tirano, muerto por un asesino: volved los ojos á vuestras franquicias desconocidas y violadas, á vuestro país manchado por crímenes, al yugo que abruma vuestros hombros. Mas ya llegó el término de tantos males. El delincuente cayó al peso de sus propios delitos; el parricida recibió el castigo de sus iniquidades. ¿Qué hombre cuerdo ha de preferir el daño al beneficio? ¿A qué alma, dueña de sí misma, le pesaría ver caer la sangre sobre la cabeza del que la ha derramado? ¿Quién se afligiría por la ruina del más sanginario de los verdugos? ¿Quién lamentaría la caída del más despiadado de los tiranos?

Yo, que ante vosotros me presento, soy autor de cuanto ha acontecido. Me declaro vengador de mi padre y de mi patria. He hecho sólo lo que hubiéramos debido hacer juntos. Nadie me ha dado auxilio en semejante empresa, nadie me ha ayudado á llevarla á glorioso remate. No ignoro, sin embargo, que no me habrías negado generoso apoyo, si os lo hubiese pedido en nombre de la fidelidad debida á vuestro legítimo príncipe; pero no he querido exponeros á riesgo alguno para castigar á los malvados, ni echar sobre vuestros hombros una carga que bastaban á llevar los míos.

No he quemado, como los demás, el cuerpo de Fengo, á fin de que, entregándolo á las llamas, podáis saciar en él vuestra justa venganza. No os detengais: levantad la hoguera, quemad ese cuerpo maldito, esparcid las cenizas del malvado, arrojad al viento esos restos odiosos: ni urna ni sepulcro encierren los vestigios impíos de esos huesos. No quede rastro alguno del parricida. No descanen sus miembros en la tierra, ni contagien lugar alguno. No se manchen el mar ni la tierra dando abrigo á este cuerpo vil.

Lo demás ya lo he hecho. Sólo os queda cumplir este último deber piadoso. Esos son los funerales que merece el tirano: ese es el duelo debido al parricida. No debe conservar la nación los restos de quien le impuso dura servidumbre. En fin, ¿qué necesidad tengo de recordaros las penalidades que he sufrido, mis grandes cuitas y las desventuras, que conozco mejor que yo mismo? Años enteros he pasado en la angustia, amenazado de muerte por mi padrastro, despreciado por mi madre, escarnecido por mis amigos: mi vida ha sido un infortunio sin tregua, una serie de sobresaltos y peligros. En una palabra: he vivido abismado en horrenda calamidad. Las quejas íntimas, con que á veces deplorábais mi locura como obstáculo al castigo del parricidio, eran para mí testimonio secreto de vuestra simpatía, y además, claro indicio de que no había salido de vuestro ánimo la sagrada memoria de la afrentosa pérdida de vuestro rey. ¿Quién habría podido tener el alma tan dura y el corazón tan empedernido, que no se compadeciese de mis penas, ni se conmoviese ante el espectáculo de mi infortunio? Vosotros no habeis manchado vuestras manos con la sangre de Hordenvilo, y no podeis menos de apiadaros de este desventurado, que se ha criado entre vosotros. Tened asimismo lástima de mi aflijida madre, de vuestra antigua reina, libre ya de la vergonzosa obligación, carga harto pesada para los flacos hombros de una mujer, de amar al hermano y al asesino de su esposo.

Ya veis las circunstancias que me han obligado, para dar cima á mi venganza, á envilecer mi inteligencia dándome trazas de bobo, á esconder la luz de la razón, á aparentar demencia. Juzgad ahora del acierto y eficacia de los medios empleados para lograr mi objeto. Me complazco en que seais los jueces de mi empresa. Hollad los restos del parricida, ensañados con las cenizas de quien ha degradado á la esposa de su hermano inmolado, cometido todos los delitos, causado tantos desastres, puesto la traidora mano en su legítimo soberano, introducido la odiosa tiranía, y coronado con el incesto del parricidio. Llegó el momento de que deis vuestro amparo á quien ha sido ministro de la venganza y ejecutor de tan justo castigo. Prestadme ayuda y devolvedme mis

derechos. He preservado de la mengua á la nación, he salvado de la infamia á mi madre, he acabado con la opresión, he sido juez del parricida, he evitado, volviéndolos en contra suya, los mortíferos é interminables ardores de mi tío. Yo padecía con los atentados cometidos contra mi patria y contra mi padre. He aniquilado al que tendía sobre vosotros su cetro de hierro, y ejercía mayor autoridad que la que conviene al hombre.

Reconoced estos beneficios y el ingenio que los ha inspirado, y si la he merecido, otorgadme la potestad suprema. Recibidme cual cumple al autor de bien tamaño, como al sucesor de mi padre, que llega á vosotros no manchado con sangre generosa, sino como legítimo heredero del trono, como vengador leal del crimen cometido contra su padre. Me debeis el bien de vuestra libertad recobrada, de vuestra cadena y vuestro yugo hechos pedazos. He puesto fin á un reinado afrentoso y á un poder tiránico: os he salvado de la esclavitud, os he vuelto á vuestro verdadero ser, os he restituido vuestra dignidad y vuestra gloria, he destruido al tirano, he triunfado del verdugo. En vuestras manos está el premio: ya conocéis mis merecimientos: mi título al galardón es mi valor.»

Esta oración del brioso mancebo cautivó todas las voluntades é hizo derramar lágrimas. Calmada la primera impresión dolorosa, fué Amleto declarado Rey por aclamación universal. Todos cifraban sus esperanzas en el claro entendimiento de un Príncipe que había sabido cubrir con un tupido velo su difícil empresa, y llevarla á feliz término con incomparable entereza. De admirar es, en efecto, que durante tan largo espacio lograse esconder á todos sus misteriosos designios.

Después de su triunfo en Dinamarca, volvió Amleto á Bretaña, con tres bajeles espléndidamente equipados, para volver á ver á su suegro y á su esposa. Llevaba consigo la flor y nata de la juventud dinamarquesa, bien adiestrada en las armas y llena de gentileza y gallardía; que si en otro tiempo afectaba menesterosa y sórdida traza, ahora ostentaba pompa y magnificencia.

Era antes dado á la pobreza; ahora hacia alarde de elegancia y de bizarría. Hizo pintar en su escudo todos sus actos gloriosos desde su primera juventud (1) Diestro pincel había representado en él las principales escenas de sus desventuras y de su animosa constancia. Allí se veían: Hordenvilo asesinado; Fengo, parricida incestuoso, tío criminal; el sobrino, blanco de la irrisión de los cortesanos; las estacas con sus ganchos; los recelos del padrastro; el disimulo del hiastro; los diferentes lances y pruebas; la mujer empleada en la tentación del paseo campestre; el lobo amenazador; el timon encontrado en la playa; la entrada en la selva; el tábano con la paja; el joven Amleto advertido del manejo insidioso, y sus caricias á la doncella, resguardado del acecho de los que le seguían. Representaba también el escudo de la mansión real; la entrevista del príncipe con su madre; el espía descuartizado; los pedazos de su cadáver hervidos, arrojados al muladar y devorados por cerdos feroces. Veíase igualmente á Amleto descubriendo el secreto de los emisarios dormidos, y sustituyendo unas palabras á otras; rehusando con desdenosa grima los manjares y la bebida; observando la mirada del rey y los vulgares modales de la reina. Asimismo reproducían las figuras: los emisarios ahorcados; las bodas del príncipe; su regreso á su patria; las varas rellenas de oro, presentadas á la corte dinamarquesa en lugar de aquellos emisarios; el príncipe haciendo de escancador; la espada desenvainada que le hiere los dedos; la hoja sujeta con una clavija; el aumento del regocijo y el tumulto del festín; los tapices echados sobre los dormidos y sujetos con nudos y ganchos; el incendio del palacio; los convidados abrasados; Amleto junto al lecho de Fengo, reemplazando la espada de éste con la suya inutilizada; por último, el rey espirando á manos de su hijastro, que le hiere con su propia espada. Con arte primoroso había expresado hábil pintor todos estos hechos en el escudo de guerra de Amleto, reproduciendo la narración con el dibujo y realizando la obra con los matices del colorido. Los que acompañaban al nuevo rey, para presentarse con más lucimiento, llevaban también escudos con adornos de oro.

Recibióles el Rey de Bretaña con afabilidad y ostentación. Preguntó, durante la comida, á Amleto si Fengo vivía prósperamente, y su yerno le dijo que aquel por cuyo bienestar se interesaba, había perecido á mano armada. Con vivo afán hizo nuevas preguntas, y se llenó su alma de espanto al saber que era Amleto autor de aquella muerte violenta.

El y Fengo habían concertado que cualquiera de los dos que sobreviviese al otro, tomaría venganza de su muerte. Hallábase, pues, el Rey en la más penosa perplejidad. Movíale, por una parte, la obligación en que estaba respecto á su hija, y el afecto que á su yerno profesaba; por otra parte, la piadosa memoria de su amigo y el imperioso deber de cumplir su promesa y su juramento.

La fé jurada triunfó al cabo de los vínculos de la sangre, y á la alianza del parentesco se sobre-

(1) «In clientelam quoque armis prestantem juventutem adiverat exquisito decoris genere cultam; ut sicut cuncta despiciabili dudum habitu gesserat, ita nunc magnificis ad omnia paratibus uteretur, et quidquid olim paupertate tribuerat, ad luxurie impensum converteret. In scuto quoque sibi parari jusserat omnem operum suorum contextum ab ineuntis ætatis primordiis auspiciatus: exquisitis picturæ notis adumbrandum curavit...»

Saxo, Dan. Reg. Her. Historia.

puso la obligación sagrada de vengar á su amigo.

Grave delito le parecía, sin embargo, violar las leyes de la hospitalidad, y así juzgó lo más acertado valerse de mano ajena para el acto de la venganza, y esconder sus desafueros en el misterio y en las apariencias de la inocencia. Ocultó sus redes bajo el velo de urbanas atenciones, y la intención de dañar, con fingidas demostraciones de buena voluntad.

Habiendo fallecido recientemente la Reina, su esposa, dió á Amleto el encargo de negociar para él un nuevo enlace, manifestándole que el tino singular de que había dado tantas pruebas, era la razón que le había inducido á escogerle para misión tan escabrosa. Le refirió que la mujer, cuya alianza le convenía, reinaba en Escocia y se negaba á toda propuesta de casamiento, no tan sólo por su pudor extraordinario, sino también porque, á causa de su altivo carácter, detestaba á tal punto el matrimonio, que hacia matar á cuantos llegaban á pedir su mano. Ni uno siquiera de sus muchos pretendientes se había librado del suplicio. No obstante el riesgo que tal embajada ofrecía, partió Amleto para llevarla á cabo, confiado en el valor de su gente y de la que le había dado el Rey. Ya en Escocia, estableció sus reales con avanzadas, no lejos de la residencia de la Reina, en una risueña pradera, junto al camino, que ofrecía pasto abundante á los caballos, y donde convidaba al descanso el dulce murmullo de un arroyo.

Enterada la Reina de la llegada de aquella gente forastera, envió, en guisa de reconocimiento, á diez donceles, que debían darle cabal noticia de su aspecto y de su actitud. Uno de ellos, que á los demás se aventajaba en arrojo y astucia, logró, esquivando los centinelas, llegar hasta el mismo Amleto, que dormía con la cabeza apoyada en su escudo.

Con singular destreza, sin turbar el sueño del príncipe ni de ningún otro de los hombres de la expedición, sacó suavemente el escudo y lo presentó á su señora, no sólo como testimonio del éxito de su encargo, sino asimismo para que viese quién era el recién venido. Con la misma habilidad había sustraído del sitio donde estaba guardada, la carta del rey de Bretaña.

La reina examinó el escudo: comprendió por los letreros de las pinturas su interesante significación, y supo de este modo que iba á ver al hombre de superior entendimiento, que había castigado en su tío al asesino de su padre. Enterada igualmente del contenido de las láminas de madera en que estaba consignada la demanda de su mano, borró todo lo escrito. Le inspiraba horror el enlace con un anciano, y lo deseaba con un joven. En lugar de lo borrado, escribió una carta, procedente, al parecer, del rey de Bretaña y firmada con su nombre, en la cual solicitaba la mano de la reina para el portador de la misiva. Deliberadamente mencionó ella en el escrito los hechos recordados en el escudo, por donde la carta y el escudo recibían en la apariencia mútua confirmación. Mandó después á los mismos que había enviado al reconocimiento de los forasteros, que volviesen á colocar en sus respectivos lugares el escudo y las láminas. Así aplicaba á Amleto el mismo engañoso ardid que éste había empleado en otro tiempo con respecto á los emisarios de Fengo.

Mientras esto pasaba, Amleto había advertido la sustracción del escudo, y tenía los ojos cerrados fingiendo que dormía. Esperaba que intentase un nuevo ardid el autor del ardid primero, por lo mismo que éste le había salido á medida de su deseo.

Así aconteció, en efecto, por tal modo que lo que Amleto había perdido durante el sueño verdadero, lo recobró en el sueño fingido. No falló su prevision. Al acercarse cautelosamente el espía que iba á poner en su lugar escudo y láminas, alzóse aquél repentinamente, lo sujetó y lo hizo encadenar. En seguida despertó á las personas de su comitiva, y se encaminó al palacio de la Reina. Después de saludarla en nombre de su suegro, le presentó las láminas escritas de éste, autorizadas con su sello. Las tomó la reina Hermethruda, y, después de leerlas, aplaudió con lisonjeras palabras los ingeniosos actos de Amleto, declarando que había éste impuesto á Fengo un castigo merecido, y que al llevar á feliz término, con habilidad extraordinaria, su plan de venganza contra un asesino incestuoso, y cobrar legalmente el imperio de quien le tendía continuos lazos, había aventajado en sagacidad al vulgo de los mortales. Añadió que le causaba asombro que un príncipe, cuyo entendimiento le hacia subir á más alto nivel que los demás hombres, pu liese cometer el yerro de casarse del modo que lo había hecho, aceptando una alianza ruin y deslucida. De siervos era la raza de su esposa, aunque la fortuna la hubiese encumbrado hasta el trono. Un hombre cuerdo no habría debido poner la mira al contraer matrimonio, en esplendor externo. Más acertada habría sido la elección buscando noble raza y esclareci la estirpe, sin dejarse cautivar por los hechizos de la hermosura, que son de índole pasajera y sólo sirven al halago de los sentidos.

«Hay una mujer, le dijo, cuya unión te conviene porque su cuna es igual á la tuya. Es digno objeto de tu amor, no sólo por su ilustre progenie, sino por el alto lugar que ocupa, y porque además ninguna otra puede competir con ella en riqueza y descendencia Real.»

A continuación le hizo notar que ella era reina, y hasta rey en cuanto su sexo lo consentía; que

aquel á quien ella juzgase merecedor de compar- tir su tálamo, subirá á su trono y será rey; que un cetro cuadraba á su alianza, y á su alianza un cetro (1), y que no era de desleñar oferta semejan- te de parte de una mujer que tenia por costumbre hacer que contestase el acero á los que pretendian su mano. Con tales razones intentaba Hermethru- da atraer la voluntad de Amleto, inducirle á enla- zarse con ella y á anteponer la estirpe á la her- mosura.

Terminadas sus explicaciones, se echó la Reina en los brazos de Amleto, y embelesado él con las palabras de aquella mujer hermosa y jóven, cor- respondió con deleite á sus dulces caricias. Estas bodas (2) fueron celebradas con un banquete, al cual asistieron amigos y caudillos. Poco despues Amleto regresó á Bretaña acompañado de la bella Hermethruda y de una hueste de escoceses esco- gidos, capaz de arrostrar en su defensa los mayo- res riesgos.

Salió á su encuentro la hija del Rey, su verda- dera esposa, la cual, si bien lamentaba el agravio que le hacía, prefiriendo á ella una concubina, juzgó que no debía sacrificar sus deberes conyuga- los al resentimiento de los celos. El amor no se habia apagado todavía en su corazón, y no pudo menos de advertirle de los ardores que contra él se tramaban, á fin de que pudiese evitar el cercano peligro.

Díjole «que llevaba en su seno una prenda de su ternura, y que esta razon era bastante para jus- tificar los miramientos que le dispensaba. Si Amle- to aborreció al corruptor de su madre, yo ama- ré á la amante de mi esposo. No habrá angustia que apacigüe, ni envidia que extinga el amor en que por tí me abraso, y no puedo dejar de revelar- te las tramas que se urden contra tu persona, y las asechanzas que amenazan tu vida. Has conver- tido en provecho tuyo, por medio de una diestra substitucion, el mensaje que te confié tu suegro, y fuerza es que estés prevenido á defenderte de sus ataques.»

Mostróla princesa en estas palabras que atendia más á los deberes de esposa que de á los hija. Llegó á la sazón el rey de Bretaña, y para cubrir con capa de amistad los hostiles proyectos que medi- taba, estrechó á su yerno en sus brazos, y le con- vidó á un banquete. Advertido ya de la perfidia, Amleto disimuló de la propia manera, y siguió al rey, porque deseaba obrar derechamente en todo, y prefería á rehuir vergonzosamente el peligro, arrostrarlo con habilidad y prudencia. Pero tuvo cuidado de ponerse una cota debajo del traje y de llevar consigo doscientos ginetes escoceses. Cuan- do llegó á caballo, al entrar por la puerta, que es- taba de par en par abierta, le dió el rey una em- bestida, y le habria atravesado con la lanza si la cota de malla oculta no hubiera parado el golpe. Recibió Amleto, sin embargo, una leve herida, y se retiró al paraje donde, por orden suya, le espe- raban los guerreros escoceses.

En seguida, con ánimo de disculpar su traicion, envió al rey aquel espía de la reina de Escocia á quien hizo prisionero, á fin de que presentase co- mo excusa las órdenes de Hermethruda de sus- traer furtivamente la misiva que á ella iba dirigida. Todo en balde. El rey se apresuró á seguirle en su retirada, y desbarató la mayor parte de su gente. Al día siguiente debía darse una batalla decisiva. No esperaba Amleto poder resistir, é ima- ginó aparentar que aumentaba el número de sus guerreros levantando á los muertos, cuyos cuer- pos sostenia, una parte de ellos con estacas, otra apoyándolos en las rocas cercanas. Hizo tambien colocar á algunos sobre sus caballos con todas sus armas, cual si estuviesen vivos y dispuestos en orden para la batalla. La fila de los muertos no era ménos numerosa que el núcleo de los vivos. Estu- pundo espectáculo constituian, en verdad, los muertos llevados al combate y en ademán de pe- lear. No fué el tal artificio infructuoso para su au- tor. Las marciales figuras de los muertos, ilumina- das por los esplendentes rayos del sol, tomaron la apariencia de una falange considerable. Por tal manera, vanos simulacros de difuntos reproducian el primitivo número de los soldados, y nadie po- dia presumir que el encuentro de la víspera hu- biese mermado su gente. Los britanos, aterrora- dos con tal perspectiva, evitaron huyendo la bata- lla, vencidos por los difuntos á quienes en vida derrotaron (3). No es fácil determinar si en esta victoria tuvo mayor parte el ardid ó la suerte.

(1) Juego de palabras, que al parecer indica que sería conveniente unir dos cetros.

(2) ¡Extrañas bodas!

(3) Hé aquí los propios términos con que refiere Saxo esta curiosa leyenda:

«Quem rex avidius fugientem insequi non moratus, maiore copiarum parte privavit: ita ut Amlethus die poste- ro salutem prelio defensurus; desperatis admodum resisten- di viribus ad augendam multitudinis speciem exanima so- ciorum corpora, partim subjectis stipitibus fulta, partim propinquis lapidibus affixa, alia viventium more equis im- posita, nullo armorum detracto perinde ac preliatura feriatim in aciem cuneumque digesserit. Nec rarius mortuorum cornu erat quam viventium globus. Stupenda siquidem illa facies erat: quum extincti raperentur ad prelia: defuncti decernere cogentur. Quae res auctori otiosa non fuit, quum ipse extinctorum imagines lacessentibus solis radiis inmen- si agminis speciem darent. Ita enim inania illa defunctorum simulacra pristinum militum numerum referebant: ut nihil

El rey intentó escaparse, pero fué muerto en la fuga por los dinamarqueses que le perseguian. Amleto, triunfante y con el copioso botin que re- cogió en Britania, regresó á su patria, llevando consigo á ambas esposas.

Rorico habia muerto durante aquel tiempo. Le habia sucedido Vigleto, el cual despojó á la madre de Amleto de los tesoros de la corona, mortificán- dola con un sinnúmero de pretensiones, y censu- rando que Amleto hubiese usurpado el trono de Yutlanda, al cual sólo el rey Lethreo tenia dere- cho. Amleto desplegó gran cordura en aquella ocasion. Dió á Vigleto la mejor parte del botin, con objeto de satisfacer sus reclamaciones con tan ri- cas dádivas. Vigleto, no obstante, andando el tiempo le combatió con pretexto de vengarse, y aún le venció en la guerra, convertido de enemi- go oculto en enemigo declarado. Desterró á Fiale- ro, gobernador de Escania, el cual se retiró, segun cuentan, á un lugar desconocido que llaman Un- densakre (4). Cuando Vigleto, apoyado por los guerreros de Ascania y de Selanda, provocó un rompimiento con Amleto, entró éste en gran per- plejidad sobre si debía arrostrar la mengua ó el peligro. No ignoraba que resistiendo exponia la vida, y evitando la batalla, caia en la infamia del cobarde. Despues de meditar acerca del asunto, preponderó en su ánimo el deseo de salvar su hon- ra, y su ardiente amor á la gloria le decidió á aven- turarse al riesgo de ser derrotado. No queria que el ruin intento de evitar los azares de la suerte anublase el esplendor de su renombre, y sabía que entre una muerte gloriosa y una vida sin honra media la misma distancia que entre la dignidad y la afrenta.

Fuera de esto, amaba con tal vehemencia á Hermethruda, que la idea de que quedase viuda le causaba sinsabor más amargo que la de su propia muerte; y así, antes de comenzar la guerra, se afanaba por prepararle un segundo matrimonio. Hermethruda, conmovida, le hizo la noble prome- sa de seguirle al campo de batalla, declarando que merecia desprecio la mujer que se negaba á morir con su esposo.

No fué ella, por cierto, fiel á estas exageradas palabras. Vencido Amleto y muerto cerca de Yu- tia á manos de Vigleto, el amor de Hermethru- da fué la recompensa del vencedor. Así burla el des- tino los juramentos de las mujeres: los desvanece el trascurso del tiempo, y los vaivenes de la suerte quebrantan la fé en sus almas inclinadas á los deleites. La mujer falta á su promesa con la mis- ma facilidad que promete; la cautivan los varios incentivos del placer; desea lo nuevo y olvida lo pasado; anhelosa se entrega á la satisfaccion de sus gustos.

Así acabó Amleto. Habria igualado en gloria á los dioses y sobrepujado las hazañas de Hércules, si su fortuna hubiese igualado á sus prendas.

Todavía existe junto á Yutia un campo glorifi- cado con su nombre y con su sepulcro (2).

EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Continuará).

## DE LOS USOS DEL PRONOMBRE ÉL,

EN SUS CASOS OBLÍCUOS SIN PREPOSICION. (3)

La confusion de los respectos nunca puede ser tan trascendental como la confusion de las perso- nas: las personas son las que más importa distin- guir en las terminaciones personales: lo principal arrastra lo accesorio: los respectos se distinguen fácilmente por el hilo de la oracion... y en una nota dice: «Este lo neutro castellano es: mucho duende: su naturaleza y oficio lógico y gramatical es no menos misterioso cuando pronombre que cuando nombre indicativo ó fijativo. Primor es, que echan ménos todas las lenguas hijas de la latina y aun la misma lengua madre.»

Al manifestar cuál es la doctrina y cuáles las reglas de la Academia, cuáles las de las Gramáti- cas de Martínez López, Flórez y Salvá y cuáles las de los filólogos Hermosilla y Gallardo, sobre los casos oblicuos de este pronombre, he anticipado

*ex eorum grege hesternae strage diminutum putares. Quo aspectu terribi Britanni pugnam praecurrere fuga a mortuis superati quos vivos opprimerant.* (VL fól. 32, 1, 2.)

(1) Undensakre quiere decir el Campo de Odino. Por donde conjetura M. L. Ettmüller que puede significar el otro mundo.

(2) Hé aquí la parte del texto de Saxo relativa á la muerte de Amleto:

«Nam quum Amlethus apud Jutiam a Vigleto acie inte- remptus fuisset (Hermethruda) ultro in victoris praedam, amplexumque concessit. Ita votum omne femineum fortune varietas abripit: temporum mutatio dissolvit: et mulie- bris animi fidem lubrico nizam vestigio fortuiti rerum casus extenuant: quae sicut ad pollicendum facilis, ita ad per- solvendum segnis: variis voluptatis irritamentis astringitur atque at recentia semper avidius expetenda veterum immemor: anhele praecipit cupiditate dissultat: Hic Amlethi exitus fuit: qui si parem naturae atque fortunae indulgentiam ex- pertus fuisset, aequasset fulgore superos, Herculeae virtutibus opera transcendisset. Insignis eius sepultura ac nomine campus apud Jutiam exstat.»

(3) Por una equivocacion que los que saben lo que es un periódico y la premura con que se hace su ajuste se explicarán fácilmente, esta segunda parte del artículo se publica despues y no antes que la tercera y última que inser- tamos en nuestro número del día 28.

mucho de lo que conduce á probar que las de la Academia son las que deben seguirse, no solo por razon de autoridad, sino tambien por razones de utilidad, y á manifestar tambien los fundamentos por los cuales califico de faltas en el uso de este pronombre las que indicaré y señalaré como tales; puntos ambos que me he propuesto desempeñar en este trabajo.

Sentado queda que el acusativo masculino sin- gular es el caso que forma la disension entre am- bas escuelas, y tambien he apuntado las razones que una y otra alegan en defensa de sus respecti- vas doctrinas: repetir ó añadir debo ahora que son mayores los inconvenientes de aplicar la termina- cion neutra lo al acusativo masculino, que los que resultan de aplicar el le al dativo y acusativo, por- que, como dice Gallardo, los respectos gramaticales se distinguen fácilmente por el hilo de la oracion: es, pues, muy fácil de conocer si el le es da- tivo ó acusativo; pero el lo usado indistintamente como acusativo masculino y como acusativo neu- tro, da lugar á muchas dudas y anfibologías, privando á nuestra lengua de una preciosa delicade- za que no tienen las demás hija de la latina, ni la misma madre, cual es: la de tener un pronombre exclusivo de tercera persona, que se refiere á un objeto ó compuesto de objetos indeterminados, v. g., lo que vd. ha sacado de ese armario, sirva- se vd. meterlo en aquella alacena. Funciona aquí el pronombre personal en su terminacion neutra, porque lo que se ha sacado del armario no tiene género ni número, como que ni se sabe lo que es.

Ejemplo de referirse el pronombre á toda una oracion precedente. «La cobardía y la ignorancia son comunmente la causa de nuestras desgracias, pero pocas veces lo confesamos;» el lo se refiere á, y comprende nada ménos que toda la oracion anterior:—que la cobardía y la ignorancia son comunmente la causa de nuestras desgracias.

Clemencin tambien, y en la nota que de él he citado al principio de este artículo, vislumbró las particularidades de la terminacion neutra de este pronombre «Nótese, dice, el uso del pronombre lo, al cual, en algun caso pudiera llamarse pro-verbis y pro-frase, género de riqueza peculiar de la len- gua castellana, del cual parece su madre la latina.»

A favor de la naturaleza de esta terminacion neutra pueden entenderse y explicarse aquellas frases y modismos que cita el mismo Clemencin en la propia nota: «Lo sabía que fué esta providencia se conoció por sus efectos.»—«Lo canalla y lo bri- bona que es tu mujer, es mucho.»—«A la vista está lo borrico ó lo borrica que tú eres;» aquí tene- mos los adjetivos substantivados en fuerza de la terminacion neutra del pronombre que los acom- paña.

Hermosilla, que como ya he dicho, es quien más se ha extendido en esta cuestion, dice que el lo usado como masculino priva á la lengua de cierta finura que la enriquece y la hace muy precisa en ciertos casos. No dice la causa de esta finura y precision, que á mi entender proviene de que un caso objetivo cual es el le, que determina el géne- ro y el número de su referido, no puede ménos de ser más preciso y decisivo ó sea más especificati- vo, que el caso lo; que por su naturaleza de neu- tro, para los leistas siempre, y para los loistas mu- chas veces, participa y lleva consigo la idea de lo indeterminado é indeciso, por lo que un escrito en que juegue exclusivamente el lo como masculino, en lugar de correr con soltura y facilidad, pare- cerá que se arrastra con pena y trabajo.

Para los que no tengan oportunidad de consul- tar á este autor, diré en pocas palabras, que invo- ca la analogía para que el caso objetivo lo corres- ponda al recto neutro ello, como el objetivo mas- culino le corresponde al recto masculino él, y co- mo el objetivo femenino la corresponde al recto femenino ella; dice que este pronombre debe se- guir tambien por analogía la ley de los demostra- tivos este, ese, aquel, en todos los cuales la ter- minacion del acusativo en o es neutra y corresponde á la neutra del recto terminada en o. Si con los demostrativos, dice Hermosilla, la terminacion o neutra nunca se refiere á un sustantivo masculino, y nadie hasta ahora, cuando le han presentado dos sombreros, por ejemplo, y le han preguntado ¿cuál elige Vd? ha respondido: elijo esto, sino este; ¿por qué cuando le preguntan ¿eligió Vd. ya sombrero? ha de responder—sí, ya lo elegí? ¿por qué en este pronombre la terminacion lo ha de ser masculina y no en los otros? ¿Dónde está la analogía? ¿Qué fundamento puede tener esta anomalía tan desco- munal?

Hermosilla no presentó, sin embargo, en abono del le un razon de bastante peso, y es: la anfibolo- gía que resulta en los casos bastante frecuen- tes, en que el pronombre personal se refiere á la proposicion que le precede y en que en las partes componentes de esta se halla un nombre masculi- no: el loista, en tal caso, no tiene medio para indi- car con su pronombre lo si se refiere á toda la pro- posicion precedente ó solo al nombre masculino incluso en ella, porque en ambos casos tiene que poner su lo; el leista sí distingue, porque si se refiere á toda la proposicion, pone lo; y si solo al nombre masculino, en ella contenido, pone le; lo cual, como se deja entender, da mucha claridad y precision al lenguaje.

Para hacer perceptible esta diferencia voy á presentar algun caso en que el pronombre pueda referirse á toda la proposicion que le precede ó á un hombre en ella contenido.

Supongamos que se encuentra este pasaje—

«muchas veces es más útil y se ejercita mejor la caridad con dar consejos, que con dar dinero al que lo ha menester:» este *lo* en la pluma de un loísta es ambiguo, pues no se sabe si se refiere á toda la oracion precedente—«muchas veces es más útil y se ejercita mejor la caridad con dar consejos que con dar dinero»—ó si se refiere solo al nombre *dinero*. En la pluma de un loísta ninguna ambigüedad ofrece, pues si ha puesto *lo*, como se presenta en el ejemplo, es porque quiere comprender toda la proposicion ú oraciones precedentes; si su ánimo hubiera sido referirse solo al dinero, hubiera puesto *le*: en la lectura se ofrecen y ocurren muchos ejemplos en que tiene lugar esta delicada distincion, enteramente desconocida en el sistema y práctica de los loístas.

No debe pasar sin advertencia una inconsecuencia de este sistema: siempre que el pronombre masculino está precedido de la reduplicacion *se* en oraciones de pasiva, tienen los loístas que decir, y en efecto dicen, *le* y *no lo*, v. g., *no habiendo ya frailes en este convento se le ha destinado para cuartel; se le ha destinado*, dicen, y *no se lo ha destinado*.

Dije, hablando del término medio propuesto por Salvá, de usar del *le* para acusativo de cosas animadas y del *lo* para las inanimadas, que esto sería mucho peor que cualquiera de los dos sistemas que ahora se disputan la preferencia; en efecto, no puede ménos de calificarse la tal idea con la frase usada en el lenguaje vulgar de *soltar un pito*, esto es, saltar con una idea que no tiene relacion con el punto de que se trata, siendo de admirar que tambien le propusiera D. Juan Nicasio Gallego, y que le recomiendo Clemencin en su tantas veces citada nota, diciendo: «El uso actual de las personas cultas pone comunmente *le* y *les* en los casos que corresponden á los dativos latinos *illi, illis*. En los que corresponden á los acusativos prefiere el *lo* cuando se habla de cosas inanimadas y alterna entre *le* y *lo* cuando se designan cosas animadas... La ventaja de este uso consistiría en que no pudiendo aplicarse el *le* sino á las personas ni el *lo* sino á las cosas, sería mucho más claro el discurso;» y yo digo que sería mucho más confuso. Salta á la vista la inconducencia del remedio que se propone, porque si el inconveniente de aplicar el *lo* al masculino y al neutro consiste en que, obrando así, nos quedamos sin terminacion neutra exclusiva para distinguir cuándo el acusativo se refiere á lo masculino y cuándo á lo neutro, y si lo neutro en nuestro idioma no consiste en que sea cosa animada ó inanimada, puesto que todas, tanto animadas como inanimadas, están comprendidas y clasificadas en nuestros géneros, bien sea por el sexo ó bien por la terminacion; no consiguiendo, repito, el ser masculinas ó neutras en que sean animadas ó inanimadas, sino en que sean determinadas ó indeterminadas, vagas, desconocidas, ¿á qué conduce la propuesta distincion entre lo animado y lo inanimado? Echesé la vista sobre los ejemplos que he presentado para señalar las funciones de la terminacion neutra *lo*, y se palpará la inconducencia.

Que con el tal remedio en lugar de quedar más claro el discurso quedaria mucho más confuso, es cosa bien fácil de conocerse, pues adoptándole tendríamos la terminacion *le* para el dativo singular de ambos géneros y para el acusativo singular masculino de cosa animada, quedando subsistente é intacta la objecion que hacen los loístas al uso de una sola terminacion para ambos casos, y tendríamos la terminacion *lo* para el acusativo singular de las cosas inanimadas; y para lo vago é indeterminado, es decir, para el género neutro, quedando tambien subsistente el inconveniente que á los loístas objetan los loístas, que es el de que con su sistema privan al neutro de su terminacion exclusiva: parece, pues, que los que tal medio proponen no conocen en qué consiste la dificultad, y para probar que él aumentaria la confusion, voy á presentar el cuadro de las terminaciones de este pronombre y de las funciones que ellas tienen que desempeñar.

Segun los preceptos establecidos por la Academia, las terminaciones y funciones del mencionado pronombre son las siguientes:

Terminaciones.	Funciones.
Le.	3 para el acusativo y dativo singular masculinos y para el dativo singular femenino.
Lo.	1 para el acusativo neutro.
La.	1 para el acusativo femenino singular.
Les.	2 para los dativos plurales del femenino y masculino.
Los.	1 para el acusativo plural masculino.
Las.	1 para el acusativo femenino plural.
6	9

Tenemos, pues, que las terminaciones son seis y sus funciones nueve, y esto lo mismo segun la Academia que segun los disidentes, los cuales no las aumentan ni disminuyen, transfiriendo ó quitando dos, una al *le*, y otra al *les*, para pasarlas al *la* y al *las*: Gallardo le da diez, concediendo al neutro caso indirecto del que yo he prescindido considerando meramente hipotético de poco ó ningun uso: al mismo Gallardo, para ejemplificar su doctrina, no le ocurrió más ejemplo que este, por

cierto tan violento, que puede decirse inadmisibile: «*Hablando de lo bello, se dice: yo lo amo, lo profesó amor.*» (1) Con el término medio se aumentaría á este pronombre una funcion, la de acusativo masculino singular de cosa inanimada, y por lo mismo se aumentaria el origen de la oscuridad, ambigüedad, y confusion que es el de ser más sus oficios que sus terminaciones.

He tenido la satisfaccion de encontrar apoyada mi opinion en la gramática de D. José Segundo Flórez, lo que podrá servir para excusarme de la nota de atrevido y aun de temerario, cuando condeno tambien tan abiertamente las de Salvá, Gallego y Clemencin; dice así: «Un gramático que hace gala de erudicion, pero cuyas doctrinas puestas en práctica, darian por resultado el lenguaje menos correcto y más ramplon que pudiera imaginarse (D. V. Salvá), (2) con el objeto de conciliar á los autores que usaron indistintamente el *le* y *lo* como masculino, ha querido fundar una regla para usarlos ambos á dos como masculinos, estableciendo esta distincion: que se ponga *le* cuando el masculino sea un objeto viviente, espiritual ó animal; y *lo*, cuando sea una cosa inanimada que carezca de sexo. Verdaderamente que no puede darse cosa ménos acertada que esta regla. ¿Qué utilidad puede traer el usar para unos masculinos *le* y para otros *lo*? ¿Puede traer esto otra cosa más que el aumentar la confusion, las dudas y los equívocos, sobre los que ya producen estos pronombres, por no haberse fijado desde el principio su género?»

«Y en qué se funda esta distincion? Supuesta ya la clasificacion de los objetos, aun los que no tienen sexo, en géneros, ¿dejará de ser tan masculino el nombre de una cosa inanimada como el de una animada?»

«Si la citada regla prevaleciese, no solo volveríamos atrás lo que ya se habia adelantado, puesto que la Academia y aun los demás autores de gramática generalmente han convenido en usarle como neutro, si no que quedaria aun en peor estado; pues chocaria más á la vista la alternativa de *le* y *lo* para un mismo género, que el declararle masculino para todos los casos.»

Paréceme, pues, indudable que la doctrina de la Academia, fijando la terminacion *le* para el objeto directo masculino, es la más sana y mejor fundada, y que solo la fuerza del hábito puede haber dado en las Andalucías, Extremadura y América tantos secuaces y defensores al *lo*.

Y terminada la discusion sobre este caso que es el más importante y disputado, pasemos, para proceder con orden, á la de los dativos de ambos números y géneros. La Academia quiere que sean *le* y *les*, aquel para el singular y este para el plural: respecto del género masculino nadie la contradice; pero respecto del femenino sí hay muchos que sostienen debe ser *la* en singular y *las* en el plural, alegando que no hay razon para aplicar al femenino la misma terminacion de que se hace uso para el masculino; y como esta opinion está muy apoyada en el uso de la corte, puede presentarse en su abono el de muchos de los mejores hablistas, pues tal era el uso de D. Leandro Moratin y de D. Tomás Iriarte, y tambien se encuentra en la ley agraria de Jovellanos. Hemos visto que esta misma era la opinion de Gallardo y Hermosilla, y que lo es de Flórez en su gramática, aunque incurriendo este en la más palmaria contradiccion, pues despues de haberse esforzado en probar y sostener que deben ser *la* y *las* y *no le* y *les* los dativos femeninos, termina el artículo que dedicó á tratar de los usos de este pronombre, con este párrafo: «Si desde el principio se hubiera tratado de fijar el uso de estos pronombres del modo más conforme á la razon y á la analogía de unos y otros, parece que deberian haberse fijado así: *lo, los* para el masculino; *la, las* para el femenino directos; *le, les* para el masculino y femeninos indirectos. De este modo quedaban arreglados conforme á su analogía, y distinguidos el indirecto (aunque con solo una terminacion para ambos géneros) del directo.»

Salvá que, en la cuestion anterior, contrarió los cánones de la Academia, en esta está de su par-

(1) El Sr. Bello, en su edicion de Madrid, pág. 60, ha ejemplificado mejor el caso dativo de nuestro pronombre neutro. «Se dice que el comercio extranjero civiliza; y aunque ello, en general, es cierto y vemos por todas partes pruebas de ello, no debemos entenderlo tan absolutamente ni darle una fé tan ciega que nos descuidemos en tomar precauciones para que ese comercio no nos corrompa y degrade. Ese *le* de la palabra *darle* es el dativo neutro de nuestro pronombre personal, pues se refiere á la oracion: «Se dice que el comercio extranjero civiliza.»

(2) A nuestro Salvá se han propuesto maltratarle todos los que, despues de él, escriben Gramáticas y Diccionarios; y sin embargo, su Gramática es una obra utilísima en manos de las personas entendidas, capaces de separar de los errores que contiene las muchas y preciosas observaciones que la laboriosidad de su autor recogió, y nos trasmite en ella. Comerciante al par que literato, quizás tuvo demasiado presentes en sus lucubraciones y trabajos filológicos los ricos mercados de América, y quiso acomodar aquéllos al gusto y paladar de éstos; pero á fé mia que aun cuando no sean callumnias mis sospechas, no serán su cabeza y su pluma las únicas que hayan padecido detrimento por efecto de la grasa del unto mexicano: nada más lastimoso y lamentable; pero nada, tampoco, más cierto y comun, que el ver las nobles y sublimes facultades del entendimiento subyugadas y subordinadas á las mecánicas exigencias del estómago.

te, y aduce en defensa del *le* y *les* para los dativos femeninos muy oportunas reflexiones, que pueden y merecen verse en la nota marcada con la letra F, al fin de su gramática, que concluye con el siguiente párrafo: «Me atreveré por fin á presentar á los señores que siguen una opinion diversa de la mia, ciertas locuciones, á fin de que vean si les ofrecen algun embarazo con arreglo á su sistema. ¿No les disuena que se diga: A ella la pareció, á ella la convino, á ella la estuvo bien; á ellas las pareció, á ellas las convino, á ellas las estuvo bien? ¿Osarian decir, acudieran las tropas si las hubiera llegado la órden, ó bien, así que supo que estaba allí la reina, se la presentó (se presentó á ella ó se la presentó) para pedir sus órdenes?»

J. M. DE BASSOCO.

UNA CARTA

AL DOCTOR EVARISTO CARRIEGO, REDACTOR DE «LAS PROVINCIAS».—BUENOS-AIRES.

Mi viejo compañero y amigo:

Acabo de recibir su preciosa carta.

La galante hospitalidad que de continuo me ofrece LA AMÉRICA, este antiguo é ilustrado campeón de la fraternidad entre la madre patria y las Repúblicas que presentó á los altares de la humanidad el génio audaz del inmortal Colón, me permite el placer de contestarle á Vd. en sus columnas.

¿Qué emocion tan grande, tan extraña, tan dulce la que al espíritu produce una de esas hojas deleznales de papel, que en silencio cruzan el Océano, trayéndonos el perfume de la patria, y el eco sincero de una amistad consecuente!

Usted no conoce esta emocion, querido Carriego, porque Vd. no la ha abandonado nunca, y porque no habiéndola puesto jamás entre la patria y el punto lejano á que su voluntad ó su destino le llevan un dia como peregrino, no puede comprender todo el encanto de recibir una carta que nos llega de tan larga distancia.

Es una especie de deleite inocente, que trae luz al alma, al espíritu fiestas de brillantes resplandores.

Antiguo amigo de España, Vd. tambien; compañero mio en la propaganda que hace tantos años vengo haciendo en la prensa para contribuir á estrechar los lazos que hoy nos ligan á la que fué madre de nuestra raza, Vd. me dice: «Veo con placer que Vd. se halla contento y satisfecho en España; que los españoles le tratan á Vd. con cariño, y que al encontrarse entre ellos, cree usted encontrarse en el seno de su propia familia, bajo el cielo de la patria amada.»

Sí, Carriego; es la verdad, y estoy tanto más satisfecho y podré decir orgulloso, cuanto que las valiosas é importantes relaciones que aquí tengo, no las debo á las recomendaciones de nadie, sino á la hidalguía del carácter español y á los escasos méritos que pueda haber tenido para encontrarlas.

Usted lo sabe: hace veinticinco años que somos como hermanos con Emilio Castelar.

El aquí, aun cuando políticamente se halle completamente perdido, sin partido y sin prestigio, es una verdadera potencia social, amigo de todos y por todos considerado.

En tales condiciones, su amistad podia haber sido para mí una llave que me abriese todas las puertas, una verdadera carta de ciudadanía para introducirme en la sociedad española.

Y bien: sepa usted, mi amigo, que durante el año que he vivido en Madrid, *no he pedido á Castelar una sola recomendacion para nadie, que no me ha presentado á una sola persona, y que la única incomodidad que le he dado, ha sido pedirle una targeta para asistir al Congreso á oírle su último y monumental discurso.*

Pero no vaya usted á suponer, ni ménos creer, que así ha sucedido porque Castelar haya dejado de ser el amigo consecuente de tantos años, ó uno de esos ingratos que despues de ardientes y reiteradas promesas de sinceridad, cometen un dia la villanía de volver la espalda á los amigos, asumiendo el papel de uno de los personajes de la preciosa comedia de Sardou.

No. Si para nada he utilizado su influencia, ha sido única y exclusivamente porque yo no he querido; porque no se la he pedido, y porque desde que llegué á esta encantadora ciudad, me propuse hacer camino por mí mismo, yo sólo, sin el auxilio ni la proteccion de nadie, á fin de poder probar un dia á mis compatriotas, lo que tantas veces les he asegurado por la prensa y en algunos discursos: que en España existen sinceras y profundas simpatías por los americanos, y que cualquiera de nosotros que aquí llegue, digno, se entiende, de ello, encuentra por do quier rostros amigos que le sonrian, y la misma cordial y afectuosa hospitalidad que allí brindamos á los que de cualquier punto del globo van á compartir con nosotros lo que podemos ofrecerles: el suelo, el hogar, la fortuna y el trabajo, que á todos nos engrandece en fraternal alianza.

Entonces, ¿cómo no quiere usted, querido Carriego, que me encuentre contento en España, feliz en el seno de esta sociedad franca, alegre y expansiva?

Mi buena fortuna me hace pronunciar algunas palabras en el *Paraninfo* de la Universidad al instalarse el *Congreso de Americanistas*, y el jefe del Estado y sus ministros me felicitan, y la prensa toda me tributa los más entusiastas aplausos.

Publico una serie de artículos en varios periódicos, y estos los acogen con la más afectuosa benevolencia.

Anuncia el órgano oficial que he sido reconocido en mi carácter de cónsul general, y con este motivo, la prensa toda, sin distinción de colores políticos, desde *El Globo*, órgano de Castelar, hasta *El Conservador*, del Sr. Cánovas, aplauden mi nombramiento con frases y palabras que importan para cualquier hombre título de gloria.

Doy algunas conferencias públicas y al día siguiente esa misma prensa saluda mi pobre palabra con un entusiasmo que pudiera envanecerme, si no viese en todos esos elogios, sólo tributados á los grandes oradores, gajes delicados de la dulce fraternidad con que aquí se brinda á los americanos.

Entonces, ¿cómo no vivir contento en España?

¿Cómo no considerarme feliz?

¿Cómo no estar, sobre todo, profundamente agradecido á los que sin haberme conocido antes, así me honran, y enaltecen, y agasajan?

Sí: en estas condiciones se puede vivir lejos de la patria; sobre todo, cuando, como yo, de ella me alejé voluntariamente.

Pero... hablemos un poco de ella.

Veo en su diario de usted, que me ha llegado al mismo tiempo que su preciosa carta, que ya se agita la cuestión de candidatos para futuro gobernador de Buenos Aires, y que uno de los más probables es Carlos A. D'Amico, actual ministro del Gobierno del eminente doctor Rocha.

¿Le apoyará usted en *Las Provincias*?

Conociendo su tacto y sano criterio para juzgar las situaciones políticas, y los hombres que en ellas deben figurar, casi me atrevería á contestar afirmativamente.

Estudiando los hechos de lejos, libre de la presión que á veces ejercen en el espíritu la pasión de la lucha, los compromisos contraídos y las afecciones personales, opino que la candidatura de D'Amico la imponen los sucesos y las conveniencias de las provincias.

El Gobierno del Dr. Rocha está siendo un Gobierno, de grandes iniciativas, de reformas, llevadas á cabo unas, proyectadas otras. En el tiempo que falta para concluir su mandato constitucional, no podrá concluir todo lo que tiene proyectado con aplauso de sus compatriotas.

Su ministro D'Amico le viene ayudando en esa tarea fecunda, hallándose completamente identificado con su plan general de gobierno, plan que no ha consistido en ir viviendo con el día, sino en echar los fundamentos de una reorganización completa en el orden político y administrativo de la provincia de Buenos Aires.

¿Quién mejor, entonces, que el mismo doctor D'Amico para continuar las obras empezadas con su concurso?

Esto, en cuanto á la conveniencia material de su candidatura.

Ahora, en cuanto al candidato en sí, ¿conviene?

¿Tiene talla?

¿Tiene títulos?

Me parece que no puede haber dos opiniones al respecto, sobre todo si es cierto que entre nosotros queremos hacer de la democracia una verdad, pagando culto á los verdaderos principios de la República.

¿Cuál es el origen de D'Amico?

El de uno de esos hijos del pueblo que se levantan y crecen por su propia fuerza.

Su padre fué un honrado panadero italiano, y él empezó su carrera siendo corrector de pruebas de *La Tribuna*, donde le coloqué por recomendación de un vecino suyo, Antonio Rodríguez.

Allí, á mi lado, como tantos otros hombres que han ido alcanzando altas posiciones, empezó sus estudios, revelando desde temprana edad, integridad y firmeza de carácter, honradez, amor al trabajo, y una de esas inteligencias claras, que según la frase de Julio Janin, todo pueden improvisarlo en un día.

El provecho con que cultivó esa inteligencia y el fruto positivo que le han dado sus estudios, lo dicen todas las posiciones que ha venido ocupando en la prensa, en el foro, en el Ministerio, y ahora como candidato para gobernador.

Llegado el caso, creo, pues, que usted debe prestar su apoyo á la candidatura del doctor D'Amico, que responde, ante todo, á las conveniencias de la provincia de Buenos Aires.

Pero me llama la atención una cosa:—la anticipación con que la prensa habla de la elección del futuro gobernador.

Hace apenas un año que el doctor Rocha se halla al frente del Gobierno. Por consiguiente, le faltan dos para concluir su período constitucional.

¿Hay conveniencia en anticipar tanto la lucha?

Usted conoce mis opiniones sobre este punto.

He creído siempre que toda lucha electoral anticipada, prematura, produce agitaciones en la opinión, que el patriotismo aconseja evitar en aras del reposo y tranquilidad sociales.

¿Por qué esta anticipación entonces?

¿La provocan los amigos del doctor D'Amico?

No los creo tan destituidos de buen sentido.

Entonces deben ser los que oponiéndose á su candidatura, creen que anticipando la lucha la podrán combatir con mejor éxito, robusteciendo el prestigio del candidato que levanten.

Dadas las condiciones actuales de los círculos políticos, y el prestigio que rodea al gobernador Rocha, me parece que éste sería también otro gravísimo error.

¿Qué ganarian anticipando la lucha?

¿Desprestigiar al doctor D'Amico?

En esto sucede como en los insultos: no insulta el que quiere, sino el que puede, como no desprecia el que desea hacerlo, sino el que puede hacerlo.

¿Es susceptible de descrédito el Gobierno de Rocha, de que D'Amico forma parte? Mientras continúe la marcha emprendida, sucederá todo lo contrario: ese prestigio seguirá aumentando y creciendo, en razón directa de los beneficios que haga al país; beneficios que se sienten de día en día, desde la ciudad á los últimos límites de la campaña.

Por consiguiente, la anticipación de la lucha electoral, no tiene objeto, dando prueba de una gran imprevisión los que la puedan provocar.

¿Está iniciada la lucha, *malgré tout*?

En tal caso, los sostenedores de D'Amico no deben vacilar, aceptándola allí donde la provoquen y planteen.

La actitud del doctor Rocha en esta emergencia, ni puede, ni debe ser dudosa. Sin ambages, sin reticencias, sin vacilaciones ni escrúpulos de monja, debe apoyar franca y resueltamente la candidatura del doctor D'Amico.

Van en ello su interés, el de la provincia y el de la consolidación de todas las obras del general Roca, á que tanto ha contribuido.

Los que están *afuera* viendo esta actitud de Rocha, gritarán: ¡Al escándalo!

Lo de siempre, pues, como diría Sarmiento, antes de las sobas que le está administrando Van Gelderen á manera de *duchas secas*.

¿Y cuándo no ha sucedido lo mismo?

Desde la caída de Rosas, todos los Gobiernos han hecho valer su influencia en las elecciones, y si en esta última Avellaneda no lo hizo en favor de Sarmiento, *que era su candidato, fué por miedo*, teniendo la conciencia de que sería impotente para combatir la candidatura Roca (1).

¿No dijo Tejedor que la mejor de las políticas era la de la intriga?

Entonces, ¿por qué no había de exclamar Rocha: *¡el mejor de los candidatos es D'Amico!*

La de Tejedor fué una de sus escentricidades.

Esta sería una explosión de franqueza *Rochista*, y si aquella causó mucha indignación, ésta ganaría no pocos prosélitos.

Pero á propósito.

Acabo de nombrar á Sarmiento.

Usted y yo le hemos combatido mucho; pero, ¿cree usted que sea justo que, á su edad, se le digan las *lindes* que le están prodigando por la prensa?

Como nadie, conozco sus locuras y rencores. A mí no me ha perdonado jamás las consecuencias de mi amistad á Lucio Mansilla, pretendiendo, con tal motivo, hacerme víctima de esos odios; pero, ¿acaso sus ochenta años no le dan derecho á esa consideración respetuosa que la vejez inspira siempre?

¿Acaso sus locuras, extravagancias, esa fatuidad que le colocan al nivel del héroe inmortal de Cervantes, y esa suprema suficiencia que le da el imperio de una soberbia insolente, son suficientes á borrar los grandes servicios por él prestados durante sesenta años, á la causa de la libertad del Plata?

No creo que haya argentinos que lo piensen.

¿Sigue cometiendo nuevas extravagancias y locuras? Dejarle, y que en estos momentos en que está ya con un pie en la tumba, baje á ella sereno y tranquilo, que al fin los hombres de su génio y de su talento, bien merecen que se les perdonen hasta los arraques atrabiliarios de un carácter díscolo y rencoroso.

Y basta de Sarmiento.

Me habla usted en su carta, querido Carriego, de los grandes progresos de Buenos Aires, de las empresas de todo género que surgen como por encanto, bajo los auspicios de una paz profundamente arraigada: de la marcha reparadora de los Gobiernos de Roca y Rocha, de la verdadera fiebre de adelantos que enciende todas las cabezas, del respeto al principio de autoridad, de la impotencia á que han quedado reducidos los pocos opositores de la pasada lucha, de la asiduidad, con que el doctor Yrigoyen se ha contraído á la cuestión de inmigración, estudiando los medios de aumentar la que de continuo se dirige á nuestra patria; de la fé con que el nuevo ministro de Instrucción pública, Wilde, ha iniciado sus tareas, dando adecuada é inteligente organización á los establecimientos nacionales de educación, y de la competencia remarcable que ha revelado el doctor Victorica al frente de los departamentos de guerra y marina.

Calcule Vd. el placer, el orgullo patrio con que leo todas estas noticias, transmitidas por Vd., cuya independencia conozco.

Hoy día ellas son perfectamente conocidas en España.

Antes de mi venida á ella, no sucedía lo mismo, pues ninguno de los agentes que aquí tenía el Gobierno, se ocupaba para nada del país.

Es un punto importante este, sobre el que llamo la atención del Gobierno, pues causa verdadera indignación que aquellos que han hecho grandes empeños para conseguir que se les nombre

(1) En un libro que estoy concluyendo, titulado *Los dramas inmundos de Buenos Aires*, he de hacer al respecto revelaciones documentadas, muy curiosas.

cónsules de la República, una vez que lo han logrado, no se han acordado más del país que representan, faltando así, no sólo á deberes de honradez y lealtad, sino á deberes que les impone el reglamento consular.

Y créalo Vd. mi amigo: para llevar emigración á la República, no se necesita más que lo que estoy haciendo: dar á conocer el país y sus hombres públicos, por medio de una propaganda activa, constante, en la que los hechos que se citen, sean apoyados por cifras y documentos, y *comprobantes* que lleven la convicción á todos los espíritus.

Es lo que hago, satisfecho del resultado de esta propaganda, *traducida en un aumento* en la emigración española que ha salido de aquí durante este último año, comparada con la cifra del anterior.

Hay todavía diarios que hablan mal de las Repúblicas americanas, del famoso *South America*, de los ingleses, confundiendo á todos en un mismo anatema, hablando de sus constantes revoluciones y de la inseguridad en que de continuo viven *los que tienen la desgracia* de emigrar á ellas.

Pero, en cuanto á la República argentina puedo asegurarle que esa propaganda no nos daña en lo más mínimo, pues á ella opongo la verdad, divulgando todas las ventajas que á un emigrante ofrece la República argentina: la feracidad de su suelo, la dulzura de su clima, la bondad genial de sus hijos, el cariño y la fraternidad con que á todos reciben, las facilidades del trabajo, lo bien que se remunera, la baratura de la vida, las garantías que se gozan á la sombra de las leyes más liberales del mundo, y en una palabra, publicando en la prensa, y asegurando en discursos, todo cuanto honradamente puede decirse en honor de nuestra patria y de los hombres que rigen sus destinos.

Hablando de esta propaganda me dice usted: «que si no me la agradece Dios, me la agradecerá el diablo.»

Aun cuando no lo hagan ni el uno ni el otro, la seguiré con el mismo entusiasmo, en nombre del patriotismo, aprovechando la situación ventajosa en que me colocan las importantes y valiosas relaciones que me he creado en este hermoso país.

Le saluda con el cariño de siempre su viejo colega y amigo,

HÉCTOR F. VARELA.

## CRÓNICA CIENTÍFICA.

Proyectos gigantescos, empresas que parecen superiores á las fuerzas humanas, atrevimientos que recuerdan la fábula mitológica de los Titanes desgajando montañas y amontonándolas unas sobre otras para poder escalar el Olimpo en el cual se ocultaba su enemigo. vibrando los rayos que lanzaba despues sobre su frente: tal es el resumen de la presente *Crónica científica*. En Grecia como en Italia, en Argelia como en la República Francesa, el génio y la decisión del hombre lo invaden todo, rasgando sus entrañas á la tierra; pidiendo sus secretos á la atmósfera, y con sus secretos sus leyes; creando mares en regiones que, áridas y secas hoy, agonizan torturadas por la sed; queriendo encontrar en el espacio el motor desconocido que ha de dirigir la frágil embarcación, abandonada á merced de todos los vientos, expuesta á tempestades más horribles, más espantosas, más siniestras que las mismas tempestades del Océano. Echemos sobre sus trabajos una rápida ojeada para poder apreciar bien su verdadera importancia; y al hacerlo, ensánchese nuestro corazón y sintámonos enorgullecidos de ser hombres.

EL NUEVO ISTMO DE CORINTO.—Diez nueve siglos hace que los romanos intentaron por vez primera la apertura del Istmo de Corinto, que, entonces como ahora, obstruía el comercio marítimo de aquella parte del Mediterráneo.

Hoy va á procederse resueltamente á la obra. El nuevo canal ocasionará una revolución completa en la navegación al Sud de Europa, y producirá una economía de tiempo, carbon y salarios, que unida á la disminución de las primas de seguros, compensará con exceso el peaje mínimo fijado á razón de 75 céntimos de franco por tonelada.

Es indiscutible que el canal de Corinto, al mismo tiempo que ofrecerá mayor seguridad á los buques, abreviará el viaje y aumentará el tráfico de los puertos del Mediterráneo en notable proporción.

La ejecución del canal, cuya longitud es de 6 1/3 kilómetros, no presentará dificultad alguna; no habrá que luchar, como en el Istmo de Suez, con las arenas móviles ni contra obstáculos naturales como el encauzamiento de un río y el paso de una cordillera como en Panamá.

El trazado aprobado y votado por el Congreso Universal de Geografía es casi el mismo que empezó á ejecutarse en tiempos de Nerón.

El emperador romano inauguró los trabajos con gran solemnidad y empleó en ellos 7.000 esclavos venidos de Palestina; pero la empresa fué luego abandonada por haber asegurado los ingenieros que el nivel del mar distaba mucho de ser igual en ambos lados del Istmo.

Hay todavía en el sitio donde se dió comienzo

á las obras una lápida con la siguiente inscripcion: «Neron es más grande que Júpiter.»

En 1855, Mr. Fernando de Lesseps, examinando sobre el terreno los pasos propuestos, concibió el proyecto de ejecutar el canal de Corinto, pero hubo de aplazar la realización de la idea para consagrarse exclusivamente al canal de Suez y más tarde al de Panamá.

El ilustre ingeniero no ha cesado un momento de tomar interés en esta empresa, y no sólo ha ayudado con sus luces y su reconocida experiencia al general Turr, concesionario, sino que patrocinó directamente el canal de Corinto, aceptando la presidencia honoraria del Consejo de Administración.

Abrir un canal marítimo sin contar con la personalidad de Lesseps, sería un hecho inconcebible.

El precio de la obra está fijado con precisión, pues dos grandes sociedades francesas la han tomado á precios alzados.

Las líneas marítimas existentes con su material de navegación y el comercio de los puertos del Mediterráneo, Adriático y Mar Negro aseguran al canal productos suficientes. Los buques, en vez de doblar el cabo Matapan, tomarán naturalmente la nueva ruta más corta, más segura y más económica.

Las grandes compañías de navegación, y especialmente *El Lloyd*, han aceptado la tarifa media de 75 céntimos por tonelada; pero los cálculos de ingresos han sido basados en seis millones de toneladas, á pesar de ser diez millones las que pasan actualmente por el Cabo Matapan.

Se ha calculado que seis millones de toneladas son suficientes para dejar un beneficio de 11 por 100 al capital.

Dados estos antecedentes sobre el nuevo istmo, no cojerán de sorpresa á nuestros lectores los detalles de la fiesta con que se solemnizó la inauguración oficial de los trabajos, que tuvo lugar el 4 de Mayo último.

El general Turr, que llegó algunos días antes, lo había preparado todo para la solemnidad, invitando con anticipación á los reyes de Grecia, así como al cuerpo diplomático, los ministros y gran número de altos personajes de la sociedad de Atenas.

La ciudad de Kalamaki, donde debia celebrarse la fiesta, está situada sobre el mismo istmo, en el fondo del Golfo Sárnico, y separada sólo del Pireo por unas 30 millas.

Desde por la mañana, SS. MM. y los oficiales de la corte se embarcaron en la fragata *Tellas*, que acompañada por otros dos navíos de la marina real, tomó la dirección de Kalamaki. Los ministros de Inglaterra, Francia y Rusia lo siguieron de cerca á bordo de buques de sus respectivos países, que habian anclado en el Pireo. Los demás invitados se acomodaron en un barco de vapor que el general Turr habia puesto á su disposición, mientras un sin número de curiosos tomaban por asalto otros pequeños buques de las compañías helénicas que hacían el trayecto á precios reducidos.

Esta flotilla, compuesta de diez barcos de vapor, se reunió en el puerto de Kalamaki, á eso de las doce de la mañana.

El tiempo era magnífico y aun algo caluroso. Las autoridades de Corinto, los alcaldes de los pueblos cercanos y gran número de habitantes de los alrededores estaban ya reunidos á lo largo del río. Los reyes desembarcaron al eco alegre de las salvas que hacían los buques que les habian conducido.

Recibidos en el desembarcadero por el general Turr, los empleados de la compañía y las autoridades civiles y militares de Corinto, se dirigieron al paraje en que debia tener lugar la inauguración, como á un kilómetro del río. Allí, bajo un dosel cubierto de follaje y engalanado con banderas y rodeado de la multitud de invitados y curiosos, el metropolitano de Atenas leyó las oraciones de costumbre; luego el general Turr presentó al rey una pequeña pala de plata, con la cual S. M. arrojó tres paletadas de tierra en una carretilla de encina, cuya rueda y brazos adornaban placas de plata. La reina, el príncipe Constantino, heredero del trono, el gran duque Constantino de Rusia, hermano de la reina, el presidente de la Cámara y el ministro de Instrucción pública hicieron otro tanto. Despues de lo cual, el jefe del Gabinete se apoderó de la carretilla, y adelantándose algunos pasos vertió al suelo su contenido.

Segun lo que dice Luciano en su diálogo titulado *Neron ó la apertura del Istmo*, el emperador romano, con una azada de oro que le presentó el gobernador de Grecia, empezó los trabajos hiriendo la tierra por tres veces, entre los aplausos y cantos patrióticos de la multitud. Sin duda, este relato ha inspirado el ceremonial adoptado en la actualidad. Concluida esta primera parte del programa, el general Turr condujo á los reyes hácia una columna de mármol adornada de una inscripcion que hace constar que el día 4 de Mayo de 1882, bajo el reinado y en presencia del rey Jorge, han empezado los trabajos para la apertura del Istmo, que bajo la inspeccion del general Turr se llevarán á cabo para el desarrollo de las comunicaciones y en interés y fraternidad de los pueblos.

Se habian preparado cuarenta minas á un kilómetro de distancia en el mismo sitio en que todavía se ven los restos de las obras inauguradas por Neron. La reina misma prendió fuego á estas minas. Grandes pedazos de roca, peñas de todos ta-

maños saltaron en el aire con gran estrépito entre nubes de polvo, cayendo luego con un ruido espantoso, que repercutieron los ecos de los alrededores. Despues, el general Turr ofreció á SS. MM. y á los invitados un almuerzo en un salon improvisado con este objeto, y terminado, dió lectura de un telégrama de Mr. Lessep, que acababa de recibir, y en el cual el célebre ingeniero francés felicitaba al rey por la inauguración de los trabajos y expresaba sus votos por la feliz conclusion de la obra.

Terminado el banquete, la familia real se embarcó de nuevo en medio de las salvas de artillería, y á la caída de la noche la pequeña flota volvia á hacer su entrada en el Pireo, resplandeciente de fuegos eléctricos, siendo saludado por los *hurra!* de los marineros de los buques de guerra, inclinados sobre las vergas y teniendo cada uno una antorcha en la mano; segun todas las correspondencias, estos marineros formaban el grupo más pintoresco que es posible imaginar.

Fiestas así son las que necesitan los pueblos para amarse, para llegar á comprender que no sólo con objeto de que luchen y se destruyan entre sí los ha enviado Dios á este hermoso planeta, en que la naturaleza se presenta tan hermosa, ofreciendo al hombre sus tesoros y el cielo tan brillante, presentándole sus maravillas. El día que los hombres se unan para el trabajo, en que la piqueta haga olvidar el fusil, los hombres volverán á ser hermanos y la tierra tornará á ser ese hermoso Paraíso de que nos hablan, en la infancia de la creación, las leyendas sagradas de todas las religiones.

**EL TÚNEL DE SAN GOTARDO.**—No es esta la única gran fiesta nacional que el mundo del trabajo ha conmemorado desde nuestra última *Crónica*. Como Grecia, Alemania, Italia y Suiza han vestido sus mejores galas y han confundido sus voces en una inmensa aclamación.

En 1846, hace ya treinta y seis años, un ingeniero italiano, Sr. Nicca, manifestó su proyecto de construir una vía férrea que uniese el lago de Constanza con el lago Mayor, atravesando los Alpes Suizos por el paso de Luckmanier. Reconocióse más tarde la conveniencia de elegir un punto más central, y la opinion se dividió entre dicho paso, el Simplon y el Gotardo, organizándose en 1853 la compañía de este último, que trece años más tarde, en 1866, era aceptada por el Gobierno italiano al mismo tiempo que por Prusia y el gran ducado de Baden. El 15 de Setiembre de 1869, los representantes de Prusia, de Baden y de Wurtemberg, de Italia y de Suiza firmaban en Berna, despues de una serie de conferencias en las cuales se habian empleado quince sesiones, un protocolo donde estos países se declaraban dispuestos á subvencionar en comun la apertura de un túnel á través del San Gotardo. A este protocolo siguió un tratado entre Suiza é Italia (15 de Octubre de 1869), al cual se adhirió el imperio alemán en 1881, subvencionando Suiza las obras con 20 millones de francos, Italia con 45 millones y Alemania con 20 millones.

La sociedad del Gotardo se constituyó en Lucerna el 6 de Diciembre de 1871, presidida por el doctor Alfredo Escher, de Zurich. La obra del gran túnel se confió á Luis Favre, de Ginebra, hombre notable que, por su mérito y por su génio se habia elevado desde humilde procurador á director de tan colosal empresa. Los trabajos debian durar ocho años; pero circunstancias diversas, asonadas entre los obreros, el incendio de Airolo, hundimientos persistentes, la muerte de Luis Favre, atacado de apoplejía en el gran túnel, y en fin, la reconstitucion financiera de la compañía, retardaron cerca de dos años la completa terminacion de la línea.

En 1876 se llegó al convencimiento de que el capital con que la compañía contaba era insuficiente, y fué preciso pedir nuevas subvenciones á los Estados que tenían un interés directo en el asunto. Italia y Alemania se comprometieron á procurar 10 millones cada una, Suiza 8 y la Compañía 12.

Pero como en esta ocasion una parte de la suma de Suiza resultaba á cargo de la Confederacion, comenzó de nuevo la lucha con más ardor que nunca entre los partidarios y los adversarios del Gotardo. Derrotados estos últimos en las Cámaras federales, pidieron que la cuestion se sometiera al pueblo. No se trataba ya de saber si la empresa terminaria; tratábase de averiguar si la Suiza, negando su concurso, abandonaria la dirección á los otros Estados interesados en el asunto. El pueblo suizo lo comprendió así, y el 19 de Enero de 1877 la subvencion fué ratificada por 278.731 votos contra 115.571. Un año más tarde, el 29 de Febrero de 1880, el gran túnel estaba terminado.

Habíase trabajado en él por espacio de siete años y cinco meses: empleando 500.000 kilogramos de dinamita, abriendo 320.000 pozos de minas, echando 1.650.000 barrenos, y trabajando, en fin, por término medio, 250 obreros cada día. El capital invertido en la línea del Gotardo se eleva á 238 millones de francos.

**MAR INTERIOR DE ARGELIA.**—Sigue el hombre en su empeño de modificar á su antojo las condiciones de la tierra, salvando con valor, y á costa de trabajos ímprobos, de sacrificios sin fin, las vallas que aparece oponer á su pensamiento la naturaleza. Háblase del túnel de la Mancha, se comienza la apertura del Istmo de Corinto, se celebra la inau-

guración del túnel del San Gotardo, se trata de abrir otro istmo en la península de Malaca; no es bastante. Hace falta más, y conmuévase la opinion en la vecina República, ante la idea de crear un mar interior en Africa.

El *Diario Oficial* de Francia publica una interesante Memoria del ministro de Negocios extranjeros, dirigida al presidente de la República, referente al proyecto del comandante Roudaire.

Este proyecto tiende á crear, en el Sur de la Argelia y de Túnez un mar interior en comunicacion con el Mediterráneo, por medio de un canal de 240 kilómetros de longitud, cuya desembocadura estará en el golfo de Gabés. El autor de la Memoria trata las diversas cuestiones que suscita la creación de este inmenso lago, diez y siete veces mayor que el de Génova. Hay gastos que aún no han podido presupuestarse, porque no se sabe en qué medida podrá utilizarse la corriente de las aguas del Mediterráneo para escavar y vaciar el canal: pero en cambio hay consecuencias probables de la creación de este mar interior en regiones hoy día desiertas y abrasadas por el sol. El informe dice que es permitido concebir una zona de frescura más ó ménos extensa alrededor de aquel mar interior y del canal, y por consecuencia, un beneficio notable para el cultivo.

Los iniciadores de la obra cuentan con este resultado para remunerarse, y piden como única subvencion la concesion de una faja considerable de terrenos, hoy día incultos. Cuentan tambien con las pesquerías y las salinas que se proponen establecer en el mar interior.

Algunas personas se han preguntado si, por consecuencia de la evaporación, el mar interior, incesantemente alimentado por el agua del Mediterráneo mucho más que por las lluvias, estará condenado á una creciente saturación de sal que haria imposible la vida de los peces. Estos temores no parecen fundados á los hombres competentes. M. de Lesseps, muy favorable á la empresa, ha citado el ejemplo de los lagos amargos, cuya salazon ha disminuido desde que se han puesto en comunicacion con el canal de Suez.

Hay, además, ventajas de orden político en favor del proyecto. El mar y el canal formarán un obstáculo casi infranqueable á las tribus nómadas del Sahara y de la regencia de Trípoli.

Lo cierto es que la nueva empresa abrirá una vía de primer orden para la exportacion de los productos de la Argelia y de Túnez. Los buques irán por aquella gran ruta marítima al seno mismo de los países productores, y no tardarán los ferrocarriles en poner en comunicacion todo el canal con la red de la Argelia.

Convencidos de su importancia, ya se ha formado en Francia una numerosa comision compuesta de cuarenta y ocho miembros (8 diputados, 8 senadores, 16 delegados de las Corporaciones sábias y 16 de los departamentos ministeriales) que bajo la presidencia del ministro estudiarán el proyecto Roudaire y emitirán sobre él un dictámen, que es de esperar sea en extremo favorable, á juzgar por los datos que se tienen de esta obra gigantesca.

**VIAJE AEREO.**—La sociedad aeronauta francesa estudia, en los momentos que escribimos estas líneas, una empresa de gran alcance científico: se propone hacer en globo la travesía del Mediterráneo, celebrando de este modo el centenario del día en que los hermanos Montgolfier lanzaron en presencia de los Estados del Vivaraís el primer globo conocido. La invencion hizo nacer entonces esperanzas que aún no se han realizado, aun cuando ha sido objeto de grandes mejoras, y sería muy interesante celebrar el Centenario con un viaje sin precedente, en el cual se emplearan todos los progresos conseguidos hasta el día. La travesía del Mediterráneo, sería en cierto modo una demostracion práctica del estado en que se halla la cuestion de la locomocion aérea, despues de un siglo de tentativas y de experimentos de todas clases. La sociedad francesa de aerostacion se cree segura del éxito, y si se demostrara la posibilidad de sostener un globo muchos días en el aire, sería preciso reconocer que si la ciencia aerostática no ha conseguido aún todo lo que de ella se espera, no ha quedado por lo ménos estacionaria. Hé aquí suariamente la economía del proyecto.

Se construirá un globo que pueda contener 5.000 metros cúbicos de gas y que posea una fuerza ascensional de 3.500 kilogramos. Este peso se repartirá de la siguiente manera:

	Kilos.
Globo principal y globos accesorios.....	900
Red, aro, barquilla y suspension.....	450
Aparatos de parada y freno aeronáutico.....	250
Lastre para el camino.....	1,000
Viajeros y aeronáutas (diez personas).....	750
Viveres y accesorios.....	150
<b>Total.....</b>	<b>3.500</b>

El globo cautivo de la Exposicion de 1878, en el cual reunió M. Giffard todos los adelantos imaginables, servirá de modelo para la construcción. La cubierta se hará con dos telas de seda de China engomadas con caucho y envueltas en un ligero tejido de algodón barnizado con aceite cocido; la válvula tendrá una adherencia perfecta y mecánica, de suerte que el globo no sufrirá pérdida alguna de gas; la red y las cuerdas, de cáñamo de Italia,

estarán impregnadas en una preparación hidrófuga con base de tanino, que las hará insensibles á las influencias atmosféricas. La barquilla de mimbre estará provista de un cinturón inflado de aire, para hacerla insubmersible en el caso de caer en el agua.

Un doble fenómeno se produce invariablemente en las ascensiones. En medio del día se dilata el gas bajo la influencia del calor, y es preciso dejarlo escapar para evitar una desgarradura de la cubierta; y por la tarde se condensa el gas bajo la influencia del enfriamiento de la atmósfera, y es preciso arrojar lastre para mantenerse en el aire. Se ha atendido, por lo tanto, á la necesidad de economizar todo lo posible el gas y el lastre, tan indispensable para prolongar el viaje. Se partirá, bien de Marsella ó bien de Niza, á mediodía, en el momento de la mayor dilatación del gas, y por la noche descenderá el globo á una distancia de algunos metros solamente del nivel del mar.

Entonces se pondrá en juego una invención reciente, que se llama el freno aeronáutico. Este freno es un cono de tela, construido de manera que pueda contener un metro cúbico de agua; echándolo al mar, desempeñará exactamente el papel de un ancla, y el globo, retenido por estos mil kilogramos de agua, añadidos á su carga, se convertirá en un globo cautivo. Así se podrá pasar la noche, y por la mañana, cuando el sol comience á dilatar el gas, volverá el globo á ascender, teniendo cuidado de llevar en el cono de tela cierta cantidad de agua, que servirá de lastre y economizará el lastre de arena que lleva la barquilla. Se cree que con estos procedimientos se podrá hacer durar el viaje tres ó cuatro días.

Puesto que el Mediterráneo es un lago, por grande que sea, caminando siempre en la misma dirección, se debe encontrar pronto tierra. De Marsella á Argel hay 750 kilómetros, y de Italia á España 1.200 próximamente; la velocidad media de las corrientes aéreas es de 40 á 50 kilómetros, y como no se encuentren corrientes contrarias ó calmas absolutas, en dos ó tres días, y quizás en uno, el globo lanzado en dirección del Mediterráneo, tiene la seguridad de tomar tierra en alguna parte.

Tal es el proyecto. Posible es que haya aún algunas probabilidades de perecer, pero los hombres que lo han concebido no se preocupan en manera alguna de esta eventualidad. El problema de la travesía del Mediterráneo ha quedado reducido á una cuestión de dinero.

Un globo de 5 000 metros cúbicos cuesta unos 40.000 francos, y la Sociedad francesa de aerostación no cuenta con fondos suficientes. Por este motivo se ha dirigido á la prensa, es decir, al público, y trata de organizar en el Trocadero una fiesta cuyos productos se destinarán á la empresa.

Los hombres que se interesen por la aerostación, las almas generosas á quienes seduzca la temeridad del proyecto, serán invitados á concurrir con su óbolo. Los aeronautas pagarán con sus personas, y el capitán designado para la travesía, M. Jovis, venderá con un paracaídas desde una altura de mil metros. Es un ejercicio muy fatigoso, porque el que lo ejecuta se balancea durante algunos minutos sobre el abismo; ¡pero qué importa este detalle cuando se trata del éxito de empresa tan gigantesca?

¡Todo por la aerostación! Tal es el lema adoptado por la sociedad francesa, que ha concebido el proyecto de atravesar el Mediterráneo.

MÁS SOBRE ESTACIONES METEOROLÓGICAS POLARES.— Dimos cuenta en nuestra última *Crónica* del proyectado establecimiento por parte de Alemania de algunas estaciones meteorológicas cerca del polo con objeto de obtener con ellas el número mayor de observaciones que sea posible.

Ya con anterioridad se había tratado en Francia de organizar un gran sistema de observaciones internacionales circumpolares para lo cual pensaron establecerse por un año en los puntos más próximos al polo donde sea posible invernar, en la isla de J. Mayen, entre Islandia y Spitzberg, en Spitzberg mismo, y por fin en Nueva Zembla, donde acaban los rusos de fundar un establecimiento permanente. Los observadores permanecerán todo el invierno en estas estaciones sin comunicación con el resto del mundo, y se cree que este año de observaciones seguidas, y hechas con un plan uniforme, será de grande utilidad práctica.

Este proyecto tiene, no obstante, impugnadores, y uno de ellos, el mas decidido, es un sabio francés, Mr. Faye, que en la Academia se ha opuesto á su realización ó, por lo ménos, ha expresado el deseo de que los esfuerzos de Francia se dirijan por otro lado, si se quieren sacar ventajas más positivas.

Los autores de los vastos proyectos en cuestión piensan, y esta es una razón determinante, que los hielos de las regiones polares son tal vez el regulador de nuestros climas. Mr. Faye afirma que el regulador de nuestro clima no está en el polo, sino en la zona ecuatorial, de donde parten para los dos hemisferios las tempestades y las borrascas que se propagan hasta nosotros. Por consiguiente, no es cerca del polo, segun Mr. Faye, donde hay que ir á estudiar las causas y la propagación de las grandes variaciones atmosféricas, sino entre el Ecuador y nosotros.

Mr. Faye cree, además, que es mucho exagerar las cosas, atribuir á los frios de los polos una influencia reguladora sobre los fenómenos meteo-

rológicos de nuestras comarcas. En el Ecuador se opera una congelación de vapor de agua mucho más activa que en los polos.

En las regiones ecuatoriales es donde el vapor de agua arrastrado en las capas inferiores, se condensa en agujas heladas formando esas nubes que se llaman *cirrus*, y que vienen extendiéndose por encima de nuestras zonas templadas, engendrando las lluvias, las tempestades, el granizo y la nieve. Mr. Faye, cita en apoyo de esta teoría, el hecho curioso de no presentarse nunca los *cirrus* en el cielo del Africa ecuatorial, por falta de agua. Por consiguiente, los ciclones que toman allí origen, dan tempestades secas, conocidas con los nombres de *kamsin*, *simoun*, ó *sirocco*.

Para probar que proceden del Ecuador y no de los polos, basta recordar las tempestades que nos anuncian desde América, mientras que los europeos no tendremos nunca ocasión de anunciar una á los americanos.

Para comprender bien lo que pasa es preciso figurarse la atmósfera como formada de capas de densidades diferentes superpuestas. El calor solar viene á turbar su equilibrio, pero ellas tienden sin cesar á recobrarle. De aquí el origen de las grandes corrientes atmosféricas, como la que va sin cesar de la América ecuatorial hácia la Europa templada. Cuando el calor solar dilata las capas inferiores del aire no se produce como muchos creen una aspiración vertical debajo del sol. Lo que se produce es una dilatación en conjunto de las capas de aire que descansan sobre la parte calentada del globo.

Desde este momento, las capas superiores, levantadas por cima de su nivel natural, se desbordan por todas partes, al principio con una velocidad muy débil pero que va acelerándose. En esta gran balsa de aire vierten de todos los lados y se dibujan corrientes cuya dirección se hace constante bajo la influencia del movimiento mismo de la tierra. Y como se producen á ocho ó diez mil metros de altura, no las perturbaban las montañas, ni ninguna de las condiciones de la superficie del globo. Son constantes. Su velocidad y su dirección dependen únicamente de la latitud.

Basta considerar el grandioso y casi geométrico conjunto, como le llama Mr. Faye, para comprender el valor de los anuncios de tempestades que vienen de los Estados Unidos. El centro de estas tempestades pasa generalmente por encima de nosotros para estallar en las costas de Inglaterra y de Noruega.

Las que llegan á Francia tienen su origen y su trayecto más al Sur. Vienen de las Azores. Si Francia quiere emprender una obra provechosa, útil á la ciencia y á sus puertos, allí es donde debe instalar una gran estación meteorológica.

P. RUIZ ALBISTUR.

#### UN DOCUMENTO NOTABLE.

Julio Calcaño, el insigne literato venezolano ha sido nombrado miembro correspondiente extranjero de la Real Academia Española.

Si alta y honorífica es la distinción con que ha favorecido á nuestro ilustrado amigo el primer instituto literario de España, digna de la Academia es la siguiente nota en que el elegido responde á su nombramiento, así por la belleza de la forma y lo castizo del estilo, como por la profundidad del concepto.

«Excelentísimo Señor:

Tengo á honra y dicha contestar al atento oficio, fecha do en Madrid á 17 de Marzo último, en que V. E. se digna comunicarme que á propuesta de los Excmos. Sres. D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, D. Tomás Rodríguez Rubí y D. Pedro Antonio de Alarcón, la Real Academia Española tuvo á bien nombrarme en Junta celebrada la noche del día 16, y mediante votación secreta, individuo de la Corporación en la clase de Correspondiente Extranjero.

Si el sentimiento de la gratitud fuese suficiente título para justificar la honra inmerecida que tan espontáneamente me hace el primer cuerpo literario de España, ninguno más meritorio que yo, porque ninguno más rendido y obligado por tan alta merced; empero, reflexionando en el elevado objeto de la Real Academia Española, convencido de mi insuficiencia y escasa valía, y abrumado por una distinción que hubiera sido temerario pretender en quien se confiesa sin títulos para obtenerla, yo tengo que atribuir esta mi inesperada fortuna, no á galardón de supuesta importancia, sino á beneficio con que Dios ha querido premiar mi humildad, y la Real Academia Española infundirme aliento y perseverancia en el estudio de las letras humanas.

Acaso también la ilustre corporación que tan sabiamente ha instituido las Academias correspondientes en la América española, con el fin laudable de trabajar por mantener de este lado de los mares la pureza del habla de Castilla, ha comprendido que tiene en mí un soldado más, si oscuro, decidido á combatir por la conservación del esplendor de las letras castellanas; y con la seguridad de que tan alta gracia me serviría de estímulo, no ha vacilado en agregarme al preclaro cuerpo que ha tenido en su seno hombres de fama universal, como Jovellanos y Melendez Valdés, Martínez de la Rosa y Hartzenbusch; y que hoy cuenta con sabios esclarecidos, poetas insignes y oradores eminentes, que constituyen esa pléyade que ilumina el cielo de la literatura española.

Yo me inclino con profundo respeto, Excmo. Señor; y en la honda conmoción que experimento, duélome sólo de no saber cómo manifestar mi gratitud por la benevolencia suma de la Real Academia Española.

Grave estudio, Excmo. Señor, el de las lenguas, inté-

pretos del pensamiento en el seno de las sociedades humanas. No es un arte: es una ciencia trascendental; y opino que así como la geología y las demás especulativas que con ésta se conexionan determinan las edades y las revoluciones del globo, demostrándonos matemáticamente que la ley del progreso es universal, el estudio de la lingüística podrá un día aclarar puntos oscuros de la historia de las naciones, determinando las revoluciones sociales y políticas, las irrupciones de los pueblos, los cambios de la civilización, la marcha, en suma, que ha venido siguiendo la humanidad desde su origen primitivo; porque si es evidente que el lenguaje sufre las modificaciones de las costumbres y del carácter de los pueblos, ya por efecto de prolongada sujeción á una potencia extranjera, ya por el trato comercial, ora por relaciones intelectuales, no lo es ménos que en su fondo se manifiesta siempre una esencia gramatical que, si no es una como alma suya, puede considerarse como el elemento de su organización.

El descubrimiento del sanscrito ha hecho que los doctos establezcan que todos los idiomas europeos tienen su origen en aquella lengua de la India, cuyas raíces monosílabas se encuentran en todos ellos; y dado este punto de partida, no será difícil que, cuando se conozca con perfección todas las lenguas de América, de Asia y de Africa, se llegue á sentar con claridad que la familia humana no tuvo á los principios más que una sola lengua y un sólo tronco, conforme á lo que nos enseñan las tradiciones bíblicas, corroboradas siempre por los estudios científicos, como para darnos testimonio de la divinidad de su origen.

El lenguaje castellano, con sus elementos fenicio ó egipcio, hebreo, céltico, árabe, godo, vasconce, griego y latino, reforzado con vocablos alemanes, franceses, ingleses é italianos, nos demuestra las vicisitudes experimentadas en largos siglos por esa gran nación; sus derrotas, sus grandes victorias, su creciente progreso y la virilidad con que se constituyó al fin y fué asombro del mundo por su inmenso poderío, su impetuosa intrepidez y sus glorias militares y literarias.

Así como esta lengua cambia los casos por el artículo, reforma las conjugaciones, érea auxiliares, transforma la pronunciación, toma aspiraciones, trueca letras, forma vocablos nuevos con raíces viejas, adquiere aquí un término y allí otro, y se constituye en la más adelantada de todas las que pertenecen á la familia neo-latina, como que es la que tiene reglas más fijas y sencillas de ortografía y de prosodia, mayor variedad, sonidos más puros, verdadera cadencia métrica, y nervio y majestad que tienen del carácter altivo de una nación guerrera; así es como se forman todas las lenguas en el comercio del mundo; pero es también así como se vician y perecen, por las intrusiones de elementos bárbaros, como decayó y pereció el latín mismo, que ya en el Bajo Imperio ni obedecía freno ni reconocía regla, viniendo á ser al fin una como sustentación intelectual de las personas doctas. Acaso aun para los humanistas más sabios ha quedado perdida la verdadera pronunciación del latín, y por tanto uno de los caracteres más notables de una lengua.

Para salvar de ruina semejante al idioma castellano y conservar su pureza en medio de la invasión de la literatura francesa, establecieron los hablistas españoles en 1713 la real Academia de la lengua, insigne corporación que ha contribuido poderosamente al adelantamiento y depuración del lenguaje con la publicación de la Gramática, el Diccionario, el Tratado de Ortografía, las Memorias y otros trabajos concienzudos.

Ardua era la lucha, como que bajo un régimen político que imposibilitaba la controversia en los distintos ramos del saber humano, y de consiguiente el desarrollo de la lengua, Felipe V, francés de nación, contribuía naturalmente á que se imitase la literatura francesa, tan funesta en aquel tiempo para España como lo había ya sido para los principales centros literarios del resto de Europa, y como lo será siempre por las condiciones especialísimas de su carácter generalmente reflector.

Era un contrasentido que la literatura francesa, que había encontrado en la española *Le Cid*, *L'Amour à la mode*, *Le Menteur*, *Le Diable Boiteux*, *Guzman d'Alfarache*, *La Princese d'Élide*, *Galatée* y *Gil Blas*, viniese á darle la ley á España; y así los hombres insignes y patriotas que componían el gran núcleo literario de Madrid hubieron de alcanzar al fin la anhelada victoria, con el apoyo de estadistas esclarecidos como Aranda, Campomanes y Florida Blanca.

A partir de esta época, ha venido verificándose en nuestras letras una verdadera revolución, más fructuosa y de mayor trascendencia que la efectuada en el siglo XVI; porque el movimiento actual, favorecido por los acontecimientos políticos, que tanta importancia tienen para el desarrollo de los pueblos, ha dado alas á la inspiración poética, ensanchado los conocimientos científicos y literarios, y creado campos nuevos en que la prosa adquiere variedad, soltura y gracia, sin perder, no obstante, de sus antiguas singularísimas cualidades castellanas, de vigor, grandeza y majestad.

Pertenece á la Real Academia Española gran parte de gloria en esta continuada batalla, como centro perspicuo del habla castellana; empero resérvale aún el destino más señalados triunfos en los campos de la América española, donde el contagio pernicioso, ocasionado por los idiomas extranjeros, á causa de las peculiaridades de su situación social, vicia aún el lenguaje de escritores notables y amenaza propagarse en algunos centros con perjuicio de nuestra hermosa lengua y desdoro del lustre y de la gloria de España, pobladora y civilizadora de este extenso continente.

Numerosos vocablos indígenas, como *cancha*, *canoas*, *carate*, *mangle*, han sido ya admitidos en el Diccionario de la Lengua; pero quedan innumerables que pueden ser aceptados, como *tanela*, *atol*, *tamal*; y á más, existen voces de uso corriente en la Península que en América tienen diverso significado, como el vocablo germanesco *colme*, que entre nosotros no tiene el de *garitero*, sino únicamente el de apuntador en el juego de billar; otras como *quincalla*, que lo tiene más extenso que el que se le dá en España; modismos peculiares, como *cambado*, *maneto*, *panela*, *combado*; y, por último, términos que deben ser condenados por improprios ó bárbaros, como *añublado* por *oscuro*, *perrerreque*, *rellevo*,

zurdo, yoltamal, y muchos más que rayan en peregrinos. Unense á las voces viciosas ó exóticas de este género, multitud de anglicismos y galicismos que pretenden pasar plaza de corrientes, como *subió por aparador*, *remarcable por notable*, *emocionar por commover*; y como si ello no fuese suficiente, frases completamente extrañas, como *golpes de baston* y *tirar la espada*, que son idiotismos inaceptables; construcciones absurdas, como *en este momento somos im-* puesto, que leo en un periódico centro americano; y en suma, abusos de lenguaje cuya enumeracion en este oficio seria fastidiosa é inoportuna, bien que de cierto conducen á establecer que la Real Academia Española no debe partir mano en la tarea patriótica con tanta sabiduría emprendida de fundar Academias correspondientes en las repúblicas americanas, en algunas de las cuales, como en el litoral de las del Centro, se habla con generalidad el inglés y se enseña el francés en las escuelas y colegios, acrecentándose así el riesgo, ya de suyo grave, por la heterogeneidad de las razas que pueblan estos países y su alejamiento comercial é intelectual de la madre patria.

Bien sabe el que esto escribe, que así como no es posible la formación de una lengua perfecta y universal, porque á más de las causas ya indicadas que concurren al desarrollo del lenguaje, éste tiene que corresponder al génio propio de la nación, determinado por el clima, los usos, las costumbres y las instituciones políticas, particularidades que lo hacen áspero y despacible en los países del Norte, y vivo, flexible y sonoro en las regiones meridionales, temerario seria pretender que los numerosos pueblos americanos, sometidos á influencias diversas, llegasen á hablar el idioma de la madre patria con la misma pureza, formando completa una agrupacion social; empero á lo ménos se obtendría que, como en las distintas provincias de España, se conservase libre de corrupcion en las clases inteligentes é ilustradas; y avigoran esta asercion Venezuela y Colombia, donde, por su mayor proximidad y relaciones más frecuentes con España, se habla y escribe el castellano acaso con más perfeccion que en las demás repúblicas de la América hispana.

Venezuela tiene hombres de letras entre quienes puede la Real Academia Española escoger los individuos que completen el número señalado para constituir la Academia Correspondiente de esta República; y entre ellos los hay muy meritorios, cuya nómina y circunstancias literarias omito, porque la insigne Corporacion española, que estudia el movimiento intelectual del mundo, sabe quiénes le dan fama y lustre de este lado de los mares, y del otro, á las letras castellanas.

La organizacion de la Academia Venezolana, que juzgo en camino de verificarse, contribuirá, sin duda, y no muy tarde, á que se establezca entre España y Venezuela un convenio que proteja los derechos de los autores, y que tan útil seria para ambas naciones, como hacedero es hoy que gobierna á Venezuela el distinguido estadista en quien apoyamos nuestros destinos, y á España un joven monarca llamado á grande suerte por sus claras virtudes.

A la realizacion de los laudables propósitos de la Real Academia Española, contribuirá con sus débiles fuerzas el humilde autor de este desaliñado escrito, siquiera sea para que desde los primeros instantes vea ella cuán conmovido y lleno de gratitud deja mi corazón, á poder de su benevolencia y generosidad.

No solo acepto rendidamente, excelentísimo señor, la honra que se me hace, sino que ruego con encarecimiento á V. E. se digne significar á la Real Academia, á todos y á cada uno de los individuos que la componen, al par que mi profundo respeto y mi entera adhesion, la sorpresa agradable, la gratitud vehemente, y la humildad que he recibido tan honrosa como inesperada merced, que, para mayor realce, si cupiera, fué apadrinada por tres grandes celebridades del mundo literario, como los excelentísimos señores Fernandez Guerra y Orbe, Rodriguez Rubí y Alarcon; y me es comunicada, por fortuna mia, en un autógrafo valioso.

Antes de terminar, cúmpleme avisar á V. E. recibo de los ejemplares de los Estatutos y Reglamento de la Real Academia, á que el atento oficio de V. E. se refiere; y no del diploma perteneciente al expresado cargo, por no haber llegado aún á mis manos.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Caracas 15 de Abril de 1882.

JULIO CALCAÑO.

Excmo. Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, secretario perpetuo de la Real Academia Española.

## LOS HOMBRES ÚTILES.

EL DOCTOR DARDO ROCHA.

Quando el doctor D. Dardo Rocha fué nombrado gobernador de la importante y riquísima provincia de Buenos Aires, en la República Argentina, este periódico, pagando tributo á su tradicion, hizo conocer de sus lectores al hombre verdaderamente eminente que hace un año subia á tomar la direccion de los negocios públicos de su patria.

Al bosquejar sus antecedentes, al poner de relieve sus múltiples calidades, y al estudiar su carácter, como hombre de Estado, con la serena imparcialidad que exige la índole de LA AMÉRICA, el autor de la biografía del doctor Rocha, entonces publicada, decia:

«Una vez en el poder, no tardará en revelar su febril actividad, y el país en cosechar los beneficios de una administracion que dejará huellas profundas en la historia de los progresos y de la civilizacion del Mundo Nuevo.»

Un año ha trascurrido, y estas profecías están cumplidas.

Un año de Gobierno apenas, y en él, Rocha, no sólo ha respondido á todas las esperanzas y cumplido todas sus promesas, cosa rara en estos tiempos, sino que ha ido mucho más allá de lo que se esperaba, haciendo en tan corto espacio la mejor

de las administraciones que haya conocido Buenos Aires.

Así lo proclama toda la prensa independiente de aquel país, y los hombres honrados que juzgan la marcha de los acontecimientos sin la pasion que ofusca y el despecho que ciega, y así lo confirma un documento que recibimos en el momento de entrar en prensa el número

Hablamos del mensaje que el gobernador Rocha ha dirigido á la legislatura al iniciar este año sus tareas.

Es un documento que bastaria para hacer la reputacion de cualquier hombre de Estado.

«El mensaje abarca el horizonte más vasto que puede exigirse á un Gobierno activo, consciente de su mision, entusiasta por el progreso y metódico en sus procedimientos; hé aquí los principales tópicos: relaciones con el Gobierno de la nación, poder judicial, penitenciaría en Sierra Chica, policia, supresion del cepto, municipalidades, justicia de paz, administracion de las ciudades, nuevos pueblos, colonias, caminos y puentes, nivelaciones y desagües, expropiacion y extension de tejidos, agricultura y ganadería, estudios en Australia, escuela de artes y oficios, marcas y guías, aguas corrientes y surgentes, edificios en la campaña, medidas higiénicas, empedrados, subvenciones, registro de la propiedad y registros especiales de contratos, planos parciales de los partidos, censo estadístico, exposiciones continentales y exposiciones rurales, pasaje de Vénus, capital, deuda pública, deuda de conversion, tierra pública, impuestos, presupuesto de 1881, contabilidad, obras del Riachuelo, Banco Hipotecario, Monte de Piedad y ferro carriles.

Como se vé, el largo indice que apuntamos, puede ser el tema de libros voluminosos si el propósito del gobernador hubiese sido dar esa forma ampulosa, revestir de vago ropaje á un documento que por su naturaleza y su fin debe ser lacónico, descarnado, claro; donde la verdad resalte sin coloridos y los hechos se exhiban en su mayor sencillez gráfica.

Estas prescripciones de estilo han sido rigurosamente guardadas, hasta el grado que el Mensaje que nos ocupa es un cuadro sintético, grabado en placa de acero, donde la multiplicidad de los objetos ventilados en su conjunto en un reducido espacio, no se confunden porque no proyectan sombras, se destacan prominentes y expectables.

Es el espíritu analítico del doctor Rocha que se refleja en estos detalles completos y perfectos, fáciles al cálculo como á la imaginacion, y que por sus analogías íntimas y sus relaciones reciprocas se armonizan formando los contornos de un gran pensamiento.

No ha quedado una sola faz de la política, una sola necesidad económica y administrativa, que no haya sido tocada con mano maestra, con criterio recto; problemas científicos sobre geografia, hidrografia, economia, arquitectura y aún astronomía, han sido debidamente resueltos, reflejando las diversas faces del fecundo talento del doctor Rocha, y ha comprendido en sus más mínimos secretos el difícil arte de gobernar, organizar, administrar y fomentar.

Esto, en cuanto al documento y su forma; en cuanto á lo que de él se desprende en favor del progreso, las cifras y los hechos son elocuentes: el valor de la tierra, la renta territorial y los demás impuestos han aumentado en proporcion insólita respecto á los años anteriores; los billetes del Banco han llegado á la par del oro sin proposicion oficial y por su propio prestigio; el crédito de la provincia de Buenos Aires ha obtenido la mayor apreciacion en los mercados de Europa, y su exportacion en lanas, cueros y carnes ha superado en mucho á la de otros pueblos de la más grande prosperidad. Se levantan planos para la creacion de ciudades, para la nivelacion de terrenos, formacion de puertos, apertura de caminos, canales de irrigacion.

Se dictan leyes sobre administracion de justicia, organizacion municipal, policia, consolidacion de deuda, cobro de impuestos, ampliacion de operaciones bancarias, prolongacion de líneas férreas, etc.»

Así juzga á primera vista dicho mensaje, uno de los diarios más importantes de Buenos Aires, cuya prensa, por la cantidad de los diarios y su extraordinario formato es, no sólo la primera de América, sino mucho más desarrollada que la prensa de varios Estados europeos.

De la lectura del Mensaje del doctor Rocha se desprende un hecho capital, que será la gloria eterna del doctor Rocha: que ha roto con la tradicion de los Gobiernos políticos y *politiqueros* para hacer un Gobierno de reformas fecundas é iniciativas progresistas.

Cada una de sus páginas revela esta verdad consoladora, en que debieran inspirarse nuestros Gobiernos, ya que el destino quiere que en estas grandes evoluciones de la humanidad, algunos de aquellos Estados de América, que apenas nacen á la vida, pueden ya darnos lecciones de cordura y prudencia.

Con más espacio y tiempo nos ocuparemos del Mensaje del doctor Rocha, á quien nos complacemos en felicitar por los bienes positivos que ha hecho á su patria en el año que lleva de Gobierno.

PÉREZ RUANO.

Nuestro compañero de redaccion, D. Héctor Florencio Varela, era amigo íntimo de Garibaldi, cuya muerte llora hoy la democracia de todos los pueblos.

En su gabinete de trabajo, adornado, por cierto, con retratos de algunos de los primeros personajes europeos y americanos, que le han sido dados por ellos mismos, figura un retrato de Garibaldi con una *dedicatoria*, que revela el inmenso cariño que á Varela tenia.

Quando estuvo en Italia le dió una carta concebida en estos términos:

«Roma 4 de Mayo de 1874.

A todos mis amigos de Italia:

Les recomiendo ardientemente (*Caldamente*) á mi amigo íntimo, Héctor F. Varela, benemérito ciudadano de las márgenes del Plata, honrado apóstol de la libertad, que se batió á mi lado en el *Volturno*, el 1.º de Octubre de 1860; é hijo del ilustre mártir Florencio Varela, mi hermano y compañero de armas, que tanto ilustró la América.

G. GARIBALDI.

Esta carta fué publicada en casi todos los diarios italianos de la época.

Ahora, al conocer Varela la muerte del gran hombre, les ha dirigido á sus hijos este telegrama:

«Madrid, Junio 3 (diez de la noche.)

A Menotti Garibaldi y al general Canzio.

Caprera.

Me llega la fatal noticia.

Si la democracia europea está de luto, las repúblicas del Plata, por cuya libertad José Garibaldi derramó sangre generosa, se hallarán en este momento agobiadas bajo el peso del inmenso dolor que á sus hijos habrá producido ya la noticia de la muerte del hombre inmortal que veneraban como al nuevo Cristo de la redencion de los pueblos oprimidos.

En nombre de mi amigo el general Roca, presidente de la República Argentina, que tenia ardiente culto por el héroe legendario de *San Antonio*, en nombre de mi patria, que sin cesar aclamaba en esas fiestas populares al que un día se llamó *hermano* y *compañero* de Florencio Varela, y en el mio, que tanto me glorificaba con su amistad, te pido á tí, querido Menotti, y á usted, noble Canzio, que acepten la expresion sincera del dolor profundo con que todos recibimos la fatal noticia, y el homenaje respetuoso que enlutados tributamos á su memoria, desde ahora custodiada ante la posteridad por el cariño de dos mundos.

HÉCTOR F. VARELA.

## LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

La Guardia civil de Antequera encontró en la estacion con don José Perez, jefe de la línea de Estepa, que despues de haber preso á la tia María y á los hijos del Tio Martin, se hallaba tambien en aquel punto para vigilar la huerta y prender al viejo.

Excusado parece decir que el celoso y diligente señor Perez, que habia descubierto ya el asilo en que tuvieron al joven Reina, celebró infinito aquel encuentro, que le ponía en las manos al mismo á quien con tan laudable y tenaz empeño buscaba.

Enterado, pues, del objeto de aquella expedicion, el señor Perez mandó inmediatamente una pareja al señor juez de Estepa, don Enrique Ruiz Crespo, para que le diese parte del suceso, y en seguida él con sus guardias se incorporó tambien al alcalde de Antequera y á su comitiva.

Precedidos por el Tio Martin, encamináronse todos á la huerta; pero habiendo buscado el viejo un azadon en donde creyó encontrarlo, no consiguió su intento, por cuyo motivo fué necesario enviar á Casariche por la mencionada herramienta.

Entre tanto, el Tio Martin, fumaba y conversaba con todos muy tranquilo y dispuesto á desenterrar por su propia mano á sus víctimas, como si se tratase de la operacion más sencilla y natural del mundo.

Pero aquella calma aparente, que tanto convenia á su propósito y al papel que se habia impuesto, era el último y más violento esfuerzo de la voluntad humana, pues que el Tio Martin en su interior experimentaba una lucha terrible y una emocion profunda.

Quando al fin volvió una pareja del pueblo con un azadon, un estremecimiento convulsivo recorrió el cuerpo del viejo, que apoderándose de la herramienta, comenzó á contar las eras ó cuadros sembrados de maíz y pimientos, hasta que llegando á uno, próximo al consabido peral, exclamó:

—¡Aquí están enterrados!

Y se puso á cavar con gran brío, á pesar de sus años.

Era ya muy entrada la noche y en torno del Tio Martin, veíase formado un círculo de hombres adustos y silenciosos, cuyos rostros iluminaba la luz de un farolillo, y los cuales aguardaban con ansiedad el resultado de aquella escavacion, que tan directamente podia influir en el descubrimiento de crímenes horrorosos.

El viejo, sin embargo, seguía cavando sin que ninguna señal demostrase el hallazgo de lo que se buscaba.

La tierra estaba dura, y el Tio Martin con la cabeza inclinada, jadeando y sudoroso, persistía en su faena, á pesar de haber cavado ya cerca de una vara.

Entonces el alcalde, señor Granados, le hizo notar que aquel terreno parecia no haber sido removido recientemente, y que sin duda se habia equivocado en el sitio.

—¿Me querrá usted decir á mí dónde están, cuando yo mismo los enterré? dijo el Tio Martin, soltando el azadon para descansar y pidiendo á los circunstantes con mucha calma tabaco para echar un cigarro.

El alcalde le alargó su petaca y el Tio Martin añadió sonriéndose:

—Ya será este mejor que el que fumamos los pobres.

Y en seguida se puso á liar su cigarro.

Aquella ostentacion de tranquilidad era completamente fingida.

El Tio Martin se estremecía á la idea de ver ante sus ojos los cadáveres de don Agapito y Alberto, y temiendo á este espectáculo aterrador é insoportable para el homicida, se habia puesto á cavar en donde él sabía perfectamente que no estaban enterrados.

Quando el viejo acabó de fumar, quiso proseguir su trabajo; pero entonces el alcalde y los demás que le acompañaban, comenzaron á poner en duda la exactitud de sus revelaciones.

Obligado entonces por la imperiosa necesidad, miró á las estrellas, y orientándose dió algunos pasos hácia un lado, y exclamó:



—¡Aquí sí que es!

El Tío Martín, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultar su horrenda turbación, comenzó á cavar en el nuevo sitio, y desde luego se advirtió por todos que aquel terreno estaba más flojo y removido.

Pero apenas el viejo había empezado de nuevo su tarea, cuando llegó el alcalde de Casariche, acompañado del secretario, el juez municipal y algunos vecinos, tratando de informarse de lo que allí se estaba haciendo, y enterado de ello, preguntó si se había avisado al juez del partido para que autorizase la exhumación, á lo que contestó el jefe de la línea de Estepa diciendo, que él le había enviado aviso y que no tardaría.

El Tío Martín, al oír aquel diálogo, y al ver á sus vecinos y al alcalde de Casariche, sintióse vivamente contrariado, lo cual, unido á la situación de su ánimo, le produjo una emoción tan viva, que fué necesario todo el dominio que sobre sí tenía, para que los presentes no la advirtiesen.

Así fué, que cuando volvió á su faena, que había interrumpido por algunos momentos, parecía muy fatigado; pero deseando disimular su turbación y abatimiento, dejó de cavar y afectando suma tranquilidad dijo:

—El día que los enterré tenía un azadon tan bueno, que sólo se necesitó un cuarto de hora.

Constreñido á continuar su trabajo, es decir, su más horroroso martirio, el Tío Martín prosiguió cavando, y al poco rato se percibió un olor fétido é insoportable, y entonces el viejo con aire de triunfo exclamó:

—¿Tenía yo razón ó no? ¡Ya se huele lo que se busca!

Las emanaciones pútridas eran tan fuertes é irresistibles, que hubo necesidad de suspender la operación, retirándose todos á gran distancia.

Durante este intervalo, se presentó el juez de Estepa, que al principio manifestó cierta extrañeza y áun disgusto de que hubiesen empezado aquel acto sin su presencia ó mandato; pero comprendiendo el buen deseo del alcalde de Antequera y la impaciencia de todos por terminar aquel lúgubre descubrimiento, no sólo hubo de sosegar, sino que dispuso que la exhumación se continuase, tan luego como se enteró de todo lo acaecido.

Al efecto, volvieron otra vez al sitio, donde ya la hediondez era ménos insufrible, y el Tío Martín emprendió de nuevo su trabajo, siempre repugnante; pero para él espantoso y aterrador, como si respirase los vapores del infierno.

Muy pronto se descubrió el pié de un hombre, y enseñó la cabeza de otro.

Entonces el Tío Martín suplicó que le relevasen en aquel trabajo tan penoso, y á la luz del farolillo pudo advertirse la mortal palidez que cubría su rostro.

Reemplázole, pues, un guardia civil, que quitándose la levita, comenzó á separar con gran cuidado la tierra que cubría los cadáveres, á fin de no desfigurarlos, ayudándole también en esta difícil y delicada operación varios vecinos del citado pueblo.

Durante este trabajo, llegó el jefe de la línea de Antequera, Sr. García, con una pareja de la Guardia civil, el cual se informó de todo cuanto había sucedido con motivo de las declaraciones del malvado viejo.

Al fin, no sin trabajo impropio y particular esmero, se consiguió descubrir, sin mutilarlos, ambos cadáveres, que se hallaban en efecto gualdrapados, como el Tío Martín decía, y ya queda referido.

Largas horas se invirtieron en esta enojosa y repulsiva tarea, para obtener el resultado apetecido, sin perjuicio de la integridad posible de aquellos restos humanos, ya en completa putrefacción, atendido el tiempo que hacía estaban enterrados, que eran ochenta y tres días.

Apénas habían sacado de la fosa los cadáveres, cuando se agolparon en torno de ellos para examinarlos, el juez de Estepa, un notario que le acompañaba, el alcalde de Antequera, el alcalde, juez municipal y secretario de Casariche, los jefes de las líneas de Estepa y Antequera, el jefe de la Guardia municipal de la misma población con algunos individuos de su fuerza, gran número de guardias civiles, algunos empleados de la estación y muchos vecinos del pueblo.

El Tío Martín entre tanto, estaba confuso y alarmado por el giro que pudiera tomar para él aquel ruidoso descubrimiento, al cual se había prestado en la confianza de que sus nuevos padrinos Granados y Ruiz le cumplirían sus promesas, protegiéndole contra todo evento y sacándole adelante de cualquier mal paso; pero áun cuando tales eran sus pensamientos, recelos y temores, el astuto viejo cuidaba de dar á su semblante, por más esfuerzos y violencia que le costase, una expresión tranquila, sosegada é inocente.

Mientras los numerosos circunstantes que presenciaban aquel horrendo espectáculo, hacían mil conjeturas y comentarios, á cual más diversos y extravagantes acerca de la causa y autores de aquel doble asesinato, y de quienes fuesen los muertos, sintieron de repente un tropel de caballos, y volviendo el rostro, pudieron ver todos una tropa de hasta seis jinetes, que con desaforada presura se adelantaban al galope hácia el atónito y numeroso grupo.

Los guardias civiles salieron al encuentro de aquella gente, mientras que los vecinos se alarmaron, imaginándose que tal vez sería una partida de bandoleros, que iba á desafiarse en campo abierto á la Guardia civil.

Con gran sorpresa, entre las tinieblas de la noche, los alarmados vecinos vieron aproximarse á los jinetes, en unión de la Guardia civil, hasta muy cerca del sitio en que se hallaban los cadáveres exhumados.

Allí, los seis desconocidos que tan vivamente llamaron la atención de todos, echaron pié á tierra y corrieron desalados, abriéndose paso por entre los concurrentes, hasta llegar donde estaban tendidos los cadáveres, ya fuera de la sepultura.

Entonces todos pudieron presenciar una escena extraordinaria y conmovedora.

Los recién llegados, á la luz del farol, pasearon alternativamente sus ansiosas miradas del uno al otro cadáver, hasta que luego, súbitamente, con desgarrador acento, lanzaron esta triple exclamación:

—¡Querido padre!

—¡Querido hermano!

—¡Querido tío!

Y un enternecimiento profundo contrajo sus rostros, y hondos gemidos se exhalaban de sus acongojados pechos.

Es imposible descubrir la expresión de dolor inconsolable que manifestaron en torno del cadáver de don Agapito, desfigurado á los ojos de todos; pero no á las miradas de sus tiernos hijos, de su amante hermano y de su cariñoso y diligente sobrino.

Todos los presentes miraban con simpatía y enternecimiento aquel desolado grupo de seis hombres de diferentes edades, diversas fisonomías y distintas expresiones de su dolor; aunque todos se confundían al llorar en su desgracia la pérdida de un sér tan bueno y para todos tan querido.

Entonces el más anciano, que era don Victorino Delgado, dirigió á los que le rodeaban algunas palabras de resignación y de consuelo.

—¡Bien decía mi madre! exclamó Francisco. ¡Su corazón leal no la engañaba!

—¡Tampoco engañaba su ensueño á mi pobre esposa! exclamó Zambrana.

—¡Ya no te verán más aquellas infelices, hermano de mi alma! exclamó don Victorino con los ojos llorosos y tenazmente fijos en el cadáver de su infeliz hermano.

—¡Qué infamia! gritó el buen Melero. ¡Esto clama al cielo! ¡Matar á un hombre despues de haberle sacado á su familia el precio de su rescate!

—¡Qué pena tan grande! exclamó Juan Delgado. ¡Padre de mi corazón!

—Vamos, no os aflijais así, dijo Estéban Zambrana, hermano del marido de Dolores, y que también había querido acompañarles á la huerta.

Entonces las autoridades allí reunidas y el jefe de la línea de Antequera, que era amigo de la familia, trataron de templar el justo dolor de los recién llegados, prodigándoles toda suerte de consuelos con mil juiciosas reflexiones.

Al fin consiguieron sosegarlos algun tanto; pero de pronto, los hijos de don Agapito divisaron al Tío Martín, y recordando la conversación habida con él debajo del peral y sobre la sepultura, y sus mañosas reticencias para negarse á revelar lo que tan perfectamente sabía, ardiendo en generosa indignación y sin ser dueños de contener su santa ira, se precipitaron instantáneamente sobre el malvado viejo para castigar su cinismo, su falsía y su atentado, pues un secreto é infalible instinto les decía á voces que aquel hombre era el cobarde asesino de su infortunado padre.

El Tío Martín, al verse tan brusca é inesperadamente acometido, corrió á refugiarse detrás de sus padrinos, es decir, de Granados y de Ruiz, que se interpusieron, así como las demás autoridades y la Guardia civil, para librar al viejo de una muerte segura.

—¡Ese infame lo ha tenido en su casa oculto! gritaba Francisco.

—¡Ese ha matado á mi padre! exclamó Juan con la seguridad misteriosa del presentimiento.

—¡Sí, sí, ese pícaro viejo es el asesino, y por eso se turbaba cuando habló conmigo! dijo Zambrana.

—¡Tunante! ¿Para esto te entregué yo el rescate? barbotó Melero.

—¡Por lo ménos es cómplice y encubridor de un crimen horroroso! añadió don Victorino.

—Merece que lo maten; es necesario que antes lo confiese todo, repuso Estéban Zambrana.

—¡Malvado! ¡Hipocritón! ¡Malas entrañas! ¡Pícaro viejo! exclamaron varias voces de los vecinos.

Los guardias permanecieron silenciosos, pero demostrando gran simpatía con la indignación y la pena de los acongojados hijos y parientes del muerto.

En tal situación, y respetando el justo dolor de los agraviados, y que éstos en un disculpable arrebato de indignación se precipitaban sobre el Tío Martín y le hacían pedazos, dispuso el juez que inmediatamente la Guardia civil se llevase al odioso viejo preso á la cárcel de Estepa.

Esta orden se cumplió enseguida no obstante las protestas, reconvenções y súplicas que el Tío Martín dirigió entonces á sus recientes padrinos, que de nada pudieron valerle, supuesto que el crimen descubierto se había perpetrado en la jurisdicción de Estepa, y por lo tanto, el juez de aquel partido estaba en su perfecto derecho al adoptar aquellas disposiciones.

También mandó que se hiciese la correspondiente autopsia de los cadáveres, que se les diera sagrada sepultura, y se extendiesen las oportunas diligencias de la exhumación y de todos los demás incidentes de aquel acto.

Por lo demás, los hijos y parientes de don Agapito fueron tratados por todas las autoridades y concurrentes con toda la consideración y respeto que se merecían su justo dolor é irreparable desgracia.

#### CAPÍTULO XLIX.

##### DONDE SE CUENTAN ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL TÍO MARTÍN.

El descubrimiento de aquella madriguera de crímenes y criminales que se llamaba la huerta del Tío Martín produjo la más profunda y extraordinaria sensación en aquella comarca.

Los vecinos de Casariche y de todos aquellos pueblos inmediatos no volvían en sí de su asombro, al considerar el profundo error en que vivían con respecto á las cualidades morales del Tío Martín, á quien todos habían tenido siempre por un hombre muy honrado y muy cristiano, sin más razón ni motivo que su asiduidad para asistir á misa y á todas las funciones religiosas que se celebraban en su pueblo.

¡Así muchos malvados suelen cubrir sus horriblos crímenes, bajo el velo de la más refinada hipocresía!

Entre tanto, el jóven Reina, que hasta entonces había estado cohibido por las amenazas de los malhechores y por los incantes anónimos que posteriormente recibía su padre, cobró ánimo y confianza, una vez sabida la prisión del Tío Martín, y entonces declaró ante el juez de Marchena todo cuanto le había ocurrido en su secuestro.

La Guardia civil, en vista de aquellos descubrimientos y declaraciones, desplegó una actividad extraordinaria para

confirmar la exactitud de cuantos datos se le habían suministrado, y con este motivo se hicieron numerosas prisiones.

Al mismo tiempo, el juez de Estepa siguió sin levantar mano, con una diligencia y celo dignos de todo elogio, la causa contra el Tío Martín, en la cual habían dado ya alguna luz las declaraciones de la tía María y de sus hijos.

La fama de aquel viejo y odioso héroe del crimen, se había difundido por Estepa y aun por los pueblos circunvecinos, de tal suerte, que muchas personas deseaban con ansia visitarlo y conocerlo.

Así, pues, algunas señoras de aquel pueblo, amigas de la esposa del juez, solicitaron con empeño el ver aquel monstruo, y en efecto, estando el juez y el escribano haciéndole un interrogatorio al Tío Martín, se asomaron á la puerta, como á hurtadillas, varias damas, cuya presencia una señorita de singular hermosura, con el objeto de conocer al famoso hortelano, cuya horrorosa historia había impresionado fuertemente al pueblo, y daba en aquellos días constante pábulo á todas las conversaciones.

Estaba el Tío Martín vuelto de espaldas cuando llegaron las dichas señoras; pero al ruido de sus pasos y de sus vestidos, tornó rápidamente la cabeza y pareció encantado y profundamente conmovido por aquella inesperada visita.

Ya se comprenderá el género de emoción que la presencia de aquellas señoras le produjo, fijándose especialmente en la más linda, cuyo rostro y talle contemplaba el arriscado y sensual viejo con la voluptuosa expresión de un sátiro.

Advertido el Tío Martín por el juez, de que aquellas señoras habían ido con el propósito de verlo, él se volvió hácia ellas, mirándolas muy á su sabor; y dando así lugar también á que ellas le examinaran de piés á cabeza.

Las referidas señoras no hubieron de recibir una impresión muy lisonjera, al contemplar la repugnante figura del viejo; pues que, apénas hubieron satisfecho su curiosidad, se alejaron rápidamente de aquel recinto.

Por su parte, el Tío Martín pareció algo contrariado por la desaparición de las hermosas damas, cuya presencia y vista le regocijaba sobremanera, á juzgar por el brillo de sus encandilados ojos.

No bien se hubieron alejado las señoras, cuando, dirigiéndose al juez, con un acento lleno de pasión y de fuego, le dijo:

—¡Si esa hermosa señorita se quedase aquí conmigo esta noche, renunciaba con gusto á mi libertad para toda la vida!

Y al pronunciar estas palabras, los ojos del Tío Martín brillaban como los de un gato en la oscuridad.

El juez no pudo ménos de admirarse de la enérgica vitalidad y de la vehemente pasión erótica que aquel viejo extraordinario revelaba en una edad en que la mayor parte de los hombres permanecen indiferentes á cierto linaje de apetitos y sensaciones.

Aquella energía vital se revelaba también en otros sentidos, supuesto que el verse preso y el temor de que los demás bandidos se riesen de su torpeza ó de su mala suerte, le incitaban con vehemencia indecible á procurar por todos los medios imaginables, que sus cómplices también fuesen apresados.

Y para conseguir este propósito, creyendo así prestar un servicio á la autoridad y mejorar su situación, le propuso al juez entre otras cosas, que si lo dejaba libre, él se comprometía á traerle en una canasta las cabezas de todos los bandidos de la comarca.

Preguntado por el juez respecto á los medios de que pensaba valerse para conseguir aquel intento, le respondió:

—Eso es muy fácil; me pone usted en libertad, yo me voy á mi huerta, como si nada hubiera pasado, y luego los convido á todos á comer y beber; en el vino les echo unos polvos, que yo sé, y cuando estén como troncos, les voy cortando el pescuezo uno por uno, y... en fin, lo dicho.

El juez, bien que muy sorprendido de aquella singular y feroz propuesta, manifestó que sus deberes no le permitían aceptarla.

—Si es que usted no se fía de mí, añadió el viejo, mande usted que venga aquí mi hijo Francisco, y yo le diré lo que tiene que hacer; aunque á decir verdad, yo me temo que el muchacho no tiene estómago bastante para hacer lo que se necesita en un trance como el que yo propongo.

La frescura y serenidad con que el Tío Martín hablaba de su sanguinario propósito, no dejó de impresionar repulsivamente al juez, el cual, por otra parte, comprendía la inutilidad é ineficacia de soltar al Tío Martín, no para que llevase á cabo el bárbaro degüello que proponía, sino para atraer á la huerta á los criminales, y allí sorprenderlos y apresarlos.

En efecto, el juez pensaba con razón, que los malhechores no acudirían al reclamo por la natural desconfianza que les inspiraría la soltura del Tío Martín; y en cuanto á su hijo, debo decir, que no secundó, no ya el pensamiento feroz de su padre, pero ni áun el propósito de reunir en la huerta á los criminales.

El marrullero viejo, defraudado en sus esperanzas de padrino por parte del alcalde y del jefe de la Guardia municipal de Antequera, buscaba ahora el apoyo y protección del juez de Estepa y del escribano que entendía en su causa, imaginándose locamente que á la sazón, como en otros tiempos, los buenos padrinos tenían poder é influjo suficiente para sacarlo adelante, libre y sin costas, haciendo que hasta los más horriblos crímenes quedasen completamente impunes.

Tal era la idea que el Tío Martín se formaba de la omnipotencia irresistible del padrino, y por lo tanto, creyendo que entonces le sucedería lo que á otros compañeros suyos les había ocurrido en otras ocasiones, persistió en el papel que había hecho en Antequera, es decir, en manifestarse dispuesto á declarar todo cuanto sabía; pero afectado siempre que él había sido víctima de la coacción inevitable que los malhechores ejercen de ordinario sobre los habitantes de los campos.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuad.)

Á BETHY (1).

Igual que yo me moriré mañana,  
viejo, olvidado, débil y tullido,  
igual has muerto tú.—La raza humana  
vino á rodar á donde tú has venido:  
y al dar el primer grito el primer día,  
no fué mayor que el tuyo, su gemido,  
ni mayor que la tuya su alegría.

El tiempo destruyó todo el misterio,  
que ayer aún te animaba y te movía.

Ese impulso que lleva al hombre sério,  
lo mismo que al infante bullicioso  
del maternal regazo al cementerio.

Y allí, siempre enemigo del reposo,  
se mueve, y se transforma, y se levanta  
con el gusano torpe y venenoso.

¿Qué fuerza es esa que en el ave canta,  
dentro del pecho de la Virgen llora  
y en la tronante tempestad espanta?

¿Esa que de mi amada me enamora?  
¿Esa que un día te lanzó á la tierra  
y con su polvo te confunde ahora?

¡Nadie lo sabe! La ignorancia aterra  
con que el nécio y el sábio van llevando  
ese misterio que la vida encierra.

Pero, no sé á qué estoy filosofando.  
Ya dejaste de ser: lo hemos sentido  
y no hemos de vivir siempre llorando.

Yo también, cuando muera, iré al olvido.  
Allí me dejarán, llenos de luto,  
todos aquellos séres que he querido.

Alguno, acaso, pagará tributo  
de suspiros y lágrimas; y luego...  
luego ya nada: ¡nada como al bruto!

Pero tú, más feliz, hallas sosiego.  
Dicen que al fin descansas; más yo, triste  
á nuevos arrebatos aun me entrego.

La carne vil, al ocio se resiste;  
y el espíritu surca lo infinito  
en busca del dolor ¡que siempre existe!

¿A dónde, en quién levantará su grito?  
¿Qué nuevo sér se agitará mañana  
con esta misma fuerza que me agito?

¿Caerá en la fosa la materia vana,  
y oíré al mismo tiempo, de mi aldea,  
doblar por mí, la funeral campana?

¿Será posible que mi tumba vea,  
sintiendo que, aun en mí, más no sé dónde,  
arde constante el fuego de la idea?

¿Sabré el problema que la vida esconde?  
¿Contemplaré, por fin, y frente á frente,  
ese sér, que á mi voz llama y responde?

La hermosa imagen que grabó en mi mente  
débil rayo de sol del mes de Enero,  
¿la veré todavía claramente?

¿Querré también lo mismo que ahora quiero?  
¿O rodará mi amor ante la fría  
paleta del feroz sepulturero?

Léjos, muy léjos vá mi fantasía;  
pero no sé qué voz me grita fuerte,  
que aun iré yo más léjos todavía.

Tú, en cambio, Bethy, al desplomarte inerte  
dejando atrás tus dichas y aficciones,  
hallas la dulce calma de la muerte.

La razón no te daba sus razones;  
y por eso más libre latiría  
tu corazón que nuestros corazones.

Ménos triste habrá sido tu agonía;  
más nécio tu dolor, y por lo tanto,  
más tranquila tu muerte que la mía.

Mañana... ¡quién lo sabe!... ¡Yo me espanto!  
¿Quién sabe si mi sueño más querido  
vendrá á turbar tu melodioso canto!

¡Tal vez vaya tu aliento en el gemido  
de tortolilla amante y pudorosa!  
¡Tal vez seas capullo enrojecido!

¡Tal vez pequeña y blanca mariposa!  
Y yo... ¡Dios mío!... ¡qué seré mañana!...  
¡Ah! mañana... lo que hoy... cualquiera cosa,  
átomo de una eterna caravana.

CONSTANTINO GIL.

BEATRIZ (2).

LA NOVICIA.

Era una perla la preciosa niña  
de modestia, virtud y de ternura;  
el Tajo en su riquísima campiña  
no tuvo flor más linda ni más pura.

(1) Hermosa perra de Terranova, de  
la propiedad de doña Josefa Palma de  
Romea.

(2) Publicamos este fragmento de la le-  
yenda *Beatriz*, que dedica al poeta D. An-  
tonio F. Grilo nuestro querido amigo Don  
José Güell y Renté.

Era esbelta, gentil, fina de talle,  
abundoso cabello y como el oro;  
y cual la palma que domina el valle,  
de la austera hermandad era el tesoro.

Su dulcísima voz embelesaba  
cual la del ave que cantando espera;  
su angélica sonrisa recordaba  
una rama de almendro en primavera.

Y lloraba infeliz, siempre escondida  
en su pobre rincón abandonada;  
como en el fondo de la mar perdida  
la perla entre sus conchas encerrada.

Medrosas se agitaban de su lado  
desde la superiora á la portera:  
y el capuchino en cánones burlado,  
y el que de pronto sin pensar la viera.

Siempre su sábio confesor decía,  
«que aquella niña cándida y hermosa  
el demonio en el cuerpo retenía  
y era la perdición de Santa Rosa.»

El viejo al tribunal de la justicia  
contó evidencias, sin soñar agüeros:  
—«Hay, dijo, en Santa Rosa una novicia  
presa cruel de los demonios fieros.»

Vive en las sombras de la noche oscura,  
ódia la hermosa luz de la mañana:  
rompe, maldice, y blasfemando jura,  
perdido el germen de la fé cristiana.

Ocultas tentaciones y pecados,  
quiere engañar con su malicia al cielo;  
los ojos tiene sin cesar clavados  
hipócritas y torvos en el suelo.

No llora, ni se queja, ni suspira,  
ni confiesa jamás, ni pide nada,  
esos sus ojos son, pero no mira;  
esa su boca, sí, pero está helada.

Falsa y astuta, nunca se sonroja;  
es muy difícil atinar su intento,  
como el agua del mar que borra y moja  
lo escrito en las arenas de su asiento.

Llora cuando se duerme, y si despierta,  
llora también como sirena astuta:  
el alma os deja destrozada y yerta  
las torvas líneas de su cara enjuta.

Goza en la sombra con el mal ageno;  
vegeta en las tinieblas sepultada,  
revolviendo su espíritu en el cieno  
de su torpe malicia endemoniada.»

Calló el fraile, quizás amedrentado,  
hecha la historia de la pobre niña;  
como destroza al pájaro espantado,  
con sus garras, el ave de rapiña.

Oyó la Inquisición la voz severa  
del viejo confesor de Santa Rosa,  
el tribunal que silencioso espera  
la vió en su fondo, oscura y tenebrosa.

Los frailes pensativos se quedaron,  
y nada en su prudencia respondieron,  
y luego silenciosos se miraron  
y en la siniestra sala se metieron.

¡Ay del que allí para su mal llegaba!  
¡Ay del que á su defensa allí venía!  
¡Y del que bien ó mal se le acusaba,  
y en la terrible sala se le oía!...

Una tarde, en que opaco el firmamento  
de espesas nubes ostentaba el manto,  
de Santa Rosa se acercó al convento,  
el negro coche del Oficio Santo.

Del interior, fatídicos bajaron  
un fraile y dos sayones en hilera;  
los viejos aldabones resonaron  
y les abrió, temblando, la portera.

Perdiéronse en los patios, como hurones  
en los oscuros huecos de la tierra,  
para dar en los húmedos terrones  
á sus tímidos huéspedes la guerra.

Oscuro estaba el claustro, oscuro el cielo,  
las monjas en el coro, y encerrada  
la novicia en su celda, sin consuelo,  
ante la Virgen Santa arrodillada.

«¡Abra á la Inquisición!» dijo llamando  
á la cerrada celda el capuchino,  
y el eco sordo se perdió rodando  
del largo corredor por el camino.

«Sígame, hermana,» murmuraba el viejo,  
iluminado el pálido semblante  
por el escaso y fúnebre reflejo  
que dá un farol, su llama agonizante...

Y la novicia se envolvió en su velo,  
y entre la luz del moribundo día,  
con el miedo en el alma, invocó al cielo  
pidiéndole favor en su agonía.

Y como sigue el blanco corderillo  
al que con sus caricias lo amamanta  
para clavarle luego su cuchillo  
sin piedad en la tímida garganta,

así al fraile siguió la desdichada  
por el claustro sin luces del convento;  
iba temblando, pálida, espantada,  
cual débil lirio que sacude el viento.

Y entró en el negro coche como muerta,  
y junto al fraile se sentó aterida,  
abierta del temor la estrecha puerta,  
pronta á escaparse en su terror la vida.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

EN UN CEMENTERIO.

Á MI AMIGO DEL ALMA ISIDORO TORRES  
MONTANO.

Ya estoy aquí... Mi espíritu agitado  
busca en la sombra del sepulcro helado  
el resplandor del cielo.

Ya estoy aquí... Postrado,  
por la mano implacable del destino,  
vengo á llorar mi duelo  
sobre el polvo aterido de la vida...

¡El alma dolorida  
busca siempre entre tumbas su camino!  
La luz de la esperanza  
en sombra se convierte,  
si el corazón á resistir no alcanza  
el rudo golpe de contraria suerte.

¿Quién ¡ay! podrá en mi alma,  
insensible al placer, borrar la duda,  
y despertar la bienhechora calma,  
sosten de la virtud?—Sólo la muerte.

La muerte... ¡Bah! Procura  
mi pensamiento remontarse al cielo;  
y á contener su vuelo  
siempre encuentra una estrecha sepultura.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

SEGUIDILLAS GITANAS.

¡Madrecita del alma;  
madre querida;  
si yo mis penas no te contase  
me moriría!

Siempre llorando  
la vida pasas;  
se agota el llanto, pero las penas  
nunca se acaban.

Por este desierto  
con mis penas marchó;  
sin luz que me guíe, pues hasta tus ojos  
me niegan sus rayos.

Pasar por mi lado  
te miré ya muerta;  
y en aquel instante nacieron mis dichas,  
murieron mis penas.

Todas las dichas  
mueren veloces;  
como los ecos, como las auras,  
como las flores.

Hay penas que pasan  
y penas que duran;  
la de verse en el mundo sin madre  
no se acaba nunca.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

TRISTEZAS.

Tristes son las mañanas  
tristes las tarde,  
tristes están los montes,  
tristes los valles;  
que las primeras  
tristes sombras de otoño  
cubren la tierra.

Ya los árboles tristes  
hoja tras hoja  
van entregando al viento  
su verde pompa.

Bajo las ramas  
corriendo tristemente  
solloza el agua.

Allá por las lejanas  
desiertas cumbres,  
su manto de tristeza  
tienden las nubes.

Por las profundas  
vertientes de las sierras  
baja la lluvia.

Triste está tu semblante,  
tristes tus ojos,  
tristes son tus sonrisas,  
triste está todo.

Triste está el cielo,  
y triste está, muy triste,  
mi pensamiento.

Cuelgan de las desnudas  
ramas flexibles  
los nidos solitarios,  
mudos y tristes.  
Las hojas secas  
arrastra triste el aire  
gimiendo en ellas.

Pálidamente brillan  
por el espacio  
del sol ya moribundo  
los tristes rayos:  
la noche suelta  
los enlutados velos  
de su tristeza.

Tristes son las mañanas,  
tristes las tardes,  
tristes están los montes,  
tristes los valles;  
tristes tus ojos,  
tristes mis pensamientos,  
triste está todo.

JOSÉ SELGAS.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

(COMEDIA DE CALDERON.)

Es una noche de terrores llena  
que envuelve al mundo en tenebroso manto,  
y en que la muda imagen del espanto  
camina errante, á la piedad agena.

El crimen con el crimen se encadena,  
brota de la extension lluvia de llanto,  
y, como un eco del infierno, en tanto,  
la ronca voz del huracán resuena.

Y allá, en las nubes, sobre el alto monte  
—que parece un gigante hecho pedazos  
que cubren con su masa el horizonte—  
sobre un mar de magníficos destellos,  
la cruz del Redentor que abre sus brazos,  
y que recibe al pecador en ellos.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

CANTO DEL MARINO.

Ya asoma en Oriente la fúlgida aurora,  
tiñendo las nubes de vivo arrebol;  
ya lanza sus trinos el ave canora,  
ya vibra sus rayos magnífico el sol.

Los mares se animan al beso del día,  
las ondas palpitan con vaga inquietud,  
se llena el espacio de luz y alegría;  
¡salud á los orbes; al mundo salud!

Colúmpiase el barco; los montes de espuma  
intrépido hiende con ansia voraz;  
su mole soberbia que al piélagro abruma  
parece un gigante medroso y audaz.

Volemos en alas del rápido viento,  
la planta fijemos en otra region;  
no enfrene la nave su empuje violento,  
y el alma quebrante su estrecha prision.

Dejemos lejanos los pueblos de Europa;  
vayamos á Oriente; de Cuba al confin;  
el viejo marino sentado en la popa  
del barco, vislumbra del mundo hasta el fin.

Allí encontraremos más luz y más vida,  
allí nuevos usos, veremos do quier;  
que allí sus dolores el ánima olvida  
y apura la copa de dulce placer...

La ardiente criolla suspensa en la hamaca,  
templára hechicera del hado el rigor;  
que en ella sus formas celestes destaca  
su cuerpo divino que incita al amor...

Hollandando más tarde los senos del Asia,  
los ávidos ojos verán el harén,  
y en él á la hermosa mujer de Circasia,  
de rojo turbante ceñida la sien...

¿Quién sabe! ¡quién sabe! Tal vez el destino  
reservanos días de gloria inmortal...  
ó acaso en sus ondas el mar cristalino  
nos guarda la muerte sañuda y fatal...

¡Adios, cara pátria! La nave se aleja,  
de gentes y pueblos extraños en pos;  
el náuta que osado tus límites deja  
te manda un suspiro por último adios!

P. LANGLE.

EL SOL Y LA LUNA.

FÁBULA.

La luna, sin luz propia,  
por reflejar á Febo,  
en la callada noche  
su blanca luz difunde por el cielo.

Y aun así los poetas  
admiran sus destellos  
y su belleza cantan  
inspirados por dulces sentimientos.

—¡Malhayan los plagiarios!  
exclama al oír esto  
un escritor de coplas  
tenido entre los suyos por un genio.

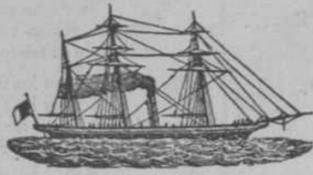
Y el otro le contesta  
con solemne desprecio:  
—La crítica merece  
el que imita lo malo y no lo bueno.

Pero nunca fué blanco  
de injustos vituperios  
aquel que, *sin plagiar, sigue la escuela  
de autores reputados por maestros.*

RAMIRO BLANCO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO  
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.  
Cano, 1.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5, de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que os correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.
--	--	--	--

Série A.

758	7571 á 80	9615	96141 á 50
978	9771 " 80	9625	96241 " 50
1035	10341 " 50	9627	96261 " 70
1350	13491 " 500	10066	100651 " 60
1679	16781 " 90	12296	122951 " 60
1692	16911 " 20	12842	128411 " 20
2205	22051 " 60	12978	12971 " 80
2506	25051 " 60	13124	131231 " 40
2518	25171 " 80	13506	135051 " 60
2997	29961 " 70	13584	135831 " 40
3295	32941 " 50	13988	139871 " 80
3579	35781 " 90	14541	145401 " 10
4073	40721 " 30	14978	149771 " 80
4685	46841 " 50	14994	149931 " 40
5823	58221 " 30	15435	154341 " 50
5992	59911 " 20	15583	155821 " 30
6632	66311 " 20	16031	160301 " 10
6670	66691 " 700	16668	166671 " 80
6906	69051 " 60	16740	167391 " 400
7561	75601 " 10	17077	170761 " 70
8309	83081 " 90	17236	172351 " 60
8735	87351 " 60	17431	174301 " 10
9006	90051 " 60	17576	175751 " 60
9220	92191 " 20		

Série B.

242	2411 " 20	5975	59741 " 50
1403	14021 " 30	6042	60411 " 20
2548	25471 " 80	6531	65301 " 10
2590	25891 " 900	6692	66911 " 20
2830	28291 " 300	6731	67301 " 10
3097	30961 " 70	6910	69091 " 100
3279	32781 " 90	7312	73111 " 20
4493	44921 " 30	8087	80861 " 70
4670	46691 " 700	8200	81991 " 20000
4772	47711 " 20	8349	83481 " 90
4887	48861 " 70	8958	89571 " 80
4985	49841 " 50	9141	91401 " 10
5766	57651 " 60	9270	92691 " 700
5891	58901 " 10	9959	99581 " 90

Série C.

1402	14011 " 20	5308	53071 " 80
1507	15061 " 70	6074	60731 " 40
1616	16151 " 60	6238	62371 " 80
1922	19211 " 20	6493	64921 " 30
1949	19481 " 90	6826	68251 " 60
2270	22691 " 700	6881	68801 " 10
2466	24651 " 60	7440	74391 " 400
3012	30111 " 20	7626	76251 " 60
3212	32111 " 20	8333	83321 " 30
3608	36071 " 80	9343	93421 " 30
3885	38841 " 50	9526	95251 " 60
4381	43801 " 10	9712	97111 " 20
4931	49301 " 10	10404	104031 " 40
5250	52491 " 500	10609	106081 " 90

Série D.

41	401 " 10	688	6871 " 80
210	2091 " 100	933	9321 " 30
356	3551 " 60	1374	13731 " 40
542	5411 " 20	2284	22831 " 40

Série E.

74	731 " 40	905	9041 " 50
173	1721 " 30	1329	13281 " 90
871	8701 " 10		

Madrid 1.º de Junio de 1882.—V.º B.º.—Por el gobernador, Ciudad.—El vice-secretario, Vicente Santamaría.

D. RAMON DE CAMPOAMOR  
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS  
Y  
CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Mayo de 1882.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	50.168.899'18	
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	5.687.844'15	76.619.445'33
Efectos á cobrar hoy.....	20.762.702	
Efectivo en las sucursales.....	53.464.737'98	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	13.856.549'29	71.711.287'27
Idem en poder de conductores.....	4.390.000	
Cartera de Madrid.....	148.830.732'60	
Idem de sucursales.....	577.642.188'12	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	110.308.418'16	
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	384.638'71	4.954.348'24
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	108.178.650	
Diversos.....	2.579.169'91	
	952.378.145'74	

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	142.202.775	
Idem id. en sucursales.....	183.512.075	325.714.850
Depósitos en efectivo en Madrid.....	29.435.274'12	
Idem en id. en las sucursales.....	17.360.493'32	
Cuentas corrientes en Madrid.....	153.999.307'77	
Idem id. en sucursales.....	60.010.261'85	
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	11.500.266'99	
Dividendos.....	2.724.412'28	
Ganancias y Realizadas.....	28.284.133'68	
pérdidas.) No realizadas.....	745.117'94	29.029.251'62
Amortizacion é intereses de billetes hipotecarios.....	1.081.637'65	
Amortizacion é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.....	2.445.547'65	
Tesoro público: por amortizacion é intereses de la Deuda al 4 por 100.....	13.282.801'08	
Tesoro público, su cuenta por resultas de la emision de Deuda al 4 por 100.....	77.976.753'95	
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	106.740.006'55	
Reembolso en efectivo de valores llamados á convertir.	8.197.045'91	
Amortizacion é intereses de la Deuda al 4 por 100...	2.880.235	
	952.378.145'74	

Madrid 31 de Mayo de 1882.—El Interventor general, Benito Fariña.—V.º B.º.—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traduccion española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA.

Verificado el sorteo de los títulos provisionales de la Deuda amortizable al 4 por 100, correspondiente al trimestre que vence en 1.º de Julio próximo, se pueden presentar los amortizados para su señalamiento al Banco ha acordado que los que tenen cobro, bajo facturas especiales que se facilitarán en esta Caja desde el día 12 del actual.

En igual forma se presentarán para el cobro de intereses, no admitiéndose en depósito, los títulos que efectos amortizados ó los cupones, se previamente no se hayan presentado para este objeto.

Madrid 3 de Junio de 1882.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE CASTILLA.

Autorizada por la Direccion general de la Deuda la presentacion en la misma, desde el dia 2 de Junio próximo, de los cupones del actual semestre, la Administracion de este Banco ha acordado que los que tenen valores de todas clases en sus cajas como depósitos voluntarios ó en garantía de préstamos y no pidan antes del 5 de dicho mes de Junio que se les conserven en rama los efectos amortizados ó los cupones, se cortarán éstos, y unos y otros se presentarán al cobro por las oficinas del Banco.

Tambien ha acordado la Administracion.

tracion que los valores convertibles en renta perpétua de 4 por 100, con arreglo á la ley de 29 del corriente, cuyos depositantes no manifiesten por escrito á este Banco antes del expresado dia 5 de Junio que desean realizar por sí la operacion, se presenten por este Banco para su conversion en la expresada renta perpétua de 4 por 100, reemplazando con los títulos provisionales que se reciben los actuales depósitos ó garantías y poniendo los residuos á disposicion de los depositantes, todo ello gratuitamente.

Madrid 31 de Mayo de 1882.—Por acuerdo de la Administracion, el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE  
El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

BANCO HISPANO COLONIAL.

ANUNCIO.

Celebrado en este dia, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sorteo de amortizacion de 6.000 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, segun lo dispuesto en el art. 7.º del Real decreto de 12 de Junio de 1880, han resultado favorecidas las bolas números 928, 686, 32, 842, 322, 671, 492, 592.

En su consecuencia, quedan amortizados en el primer millar los números 32, 322, 492, 592, 671, 686, 842, 928; en el segundo millar los números 1.032, 1.322, 1.492, 1.592, 1.671, 1.686, 1.842, 1.928; y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emision.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el dia 1.º de Julio próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupon que vence en dicho dia, presentando los valores y suscribiendo las facturas que se facilitarán en las oficinas del Banco, Ancha, 3, Barcelona; en Madrid, en el Banco hipotecario de España; en las provincias, en casa de los corresponsales ya designados en cada plaza; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos; y en Londres, en casa de los señores Uthoff y compañía.

Barcelona, 1.º de Junio de 1882.—El vice-gerente, P. Aleu Arantes.